

HORROR OSCURAS

Detective McHale 3



L. Farinelli

Horas oscuras

Detective McHale 3

L. Farinelli

Diseño de portada: L. Farinelli

Edición: L. Farinelli/Betty Carrillo Z.

© L. Farinelli, 2020

Sucre, Venezuela

E-mail: lessfarinelli@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/L.Farinelli>

Twitter: [@farinelli_1](https://twitter.com/farinelli_1)

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito del titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Los derechos de las canciones mencionadas aquí, pertenecen totalmente a sus autores.

Índice

[Nota de la autora](#)

[Argumento](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Libros publicados](#)

Nota de la autora

Como amante del género de la novela negra, quise crear una historia con sus características. De este profundo deseo nació la detective Madison McHale; quise desde un principio que el personaje fuera duro y, aunque a muchas de las lectoras les sorprendió e, incluso, les resultó demasiado fuerte que lanzara una patada a cada paso que daba, yo amé a este personaje desde que le puse nombre. Con Madison cumplí este sueño de hacer una “novela negra”, aunque sé que me falta mucho para llenar al cien por ciento esa categoría, este fue un inicio y créanme que lo disfruté al máximo.

Con “Horas oscuras”, finalizo la historia de la detective McHale, un personaje que llevaré en un lugar muy especial de mi corazón, al igual que a Zoe. Les agradezco infinitamente a todas las lectoras que me hicieron llegar sus opiniones de las dos primeras parte (aunque algunas querían sacrificarme por el final de “Alma oscura”); espero que esta tercera parte que les presento las disfruten tanto como yo escribiéndola.

Argumento

Madison descubrió quién es *El disecado* y ahora está en una carrera contra el tiempo; Zoe fue secuestrada por el escurridizo y cruel asesino, así que la detective tendrá que poner a prueba todo su instinto para encontrarlo antes que la mujer que ama se convierta en su próxima víctima.

La sagaz detective contará con la ayuda de Andrew y el capitán Benson, pero, ¿será suficiente? ¿Encontrará a tiempo el nuevo escondite de Ferguson?

Gracias, una palabra tan sencilla,
pero tan grandiosa, significativa y vasta cuando sale del corazón.

Así es mi “gracias” para ti.

Gracias por mostrarme el camino que no encontraba.

Gracias por hacerme una mejor “escritora”

(si es que lo soy de algún modo).

Gracias por amar mis personajes.

Y es que son tantas y tantas cosas las que tengo que agradecerte...

Gracias por cada una de esas tantas cosas.

Y...

Gracias por todo, desde mi corazón.

Capítulo 1

Cuarenta minutos, aproximadamente, antes del secuestro...

Zoe entró al ascensor todavía riendo por la broma de su jefe; “*Club de fans*”, bufó para sus adentros en el momento en que las puertas se cerraban y amplió su sonrisa negando con la cabeza. Cuando el ascensor se puso en movimiento se arregló el cuello de la camisa aunque no supo porqué. De la nada, Madison llenó sus pensamientos y sintió una opresión en su pecho, una necesidad de verla, de correr a sus brazos y sentir que estaba bien, que se encontraba a salvo; la frenética búsqueda de la chica secuestrada, Kelsey Sander, la mantenía al límite y eso causaba estragos en la detective.

La pelirroja fijó la vista en sus ojos verdes, que le devolvían la mirada en el reflejo del espejo de la pared del fondo del ascensor.

—Madison —susurró el nombre de su amante como si de un secreto se tratara. La opresión en su pecho aumentó un tanto más. Aspiró aire procurando que la desagradable sensación desapareciera.

Zoe deseó con todas sus fuerzas poder deshacer la distancia que la separaba de Madison en ese momento y abrazarla. A su mente vino la imagen de aquel trozo de carne que horas antes la detective había recibido en su casa. Ella recordó la tela manchada de sangre; un escalofrío la recorrió. Ahora cerró los ojos, pensar que Madison tenía que enfrentar esos horrores le hacía sentir náuseas. Cuánto peligro corría persiguiendo asesinos tan implacables que no les importaba acabar con una vida. Asesinos que jugaban con la vida de inocentes como lanzar monedas al aire.

De nuevo los ojos verdes se miraron en el espejo. No cualquiera podía imaginar el horror que vivía la chica que la detective buscaba desesperadamente. Al pensar en ello, Mike, el hermano de Madison, vino también a su mente. Ella misma había vivido en carne propia ese horror. En segundos recordó el momento en que, meses atrás, vio a Mike levantarse de la silla de ruedas a la que se suponía estaba postrado. En aquel instante ella vio con espanto la viva imagen de la maldad. Vio con sus propios ojos el lado más oscuro de un ser humano.

El timbre del ascensor sonó y devolvió a la realidad a Zoe. Las puertas se abrieron y un par de chicas que le sonrieron, entraron, marcaron el número del piso al que bajaban y continuaron hablando entre ellas. La pelirroja trató de serenarse, los recuerdos de aquellos horribles momentos en los que fue prisionera de Mike afloraron en su ser un intenso temor que se anidó inesperadamente en su pecho. Su corazón latía fuerte y sus pensamientos solo la llevaban con Madison. Un fuerte instinto le pedía que detuviera su andar; miró el panel superior del ascensor. Piso 6. Ella se dirigía al estacionamiento. Frunció el entrecejo y tragó saliva para apaciguar la presión en su pecho. En el piso 4 el ascensor se detuvo, las puertas se abrieron y las chicas salieron.

De nuevo sola en el ascensor, el descenso continuó. A Zoe regresó la sensación de su cuerpo cuando Mike le inyectó la droga que la paralizó cuando la secuestró. Su cuerpo, en ese momento, lanzaba pequeños atisbos de esa sensación que ansiaba olvidar como nada en el mundo. Aquellas horas fueron las más horribles de su vida. Horas que deseaba nunca haber vivido. Horas oscuras llenas de puro horror.

Zoe sacudió la cabeza y trató de espantar todos los recuerdos, todas las sensaciones que invadían su ser. Su corazón no dejaba de latir fuerte, pero debía concentrarse en su trabajo. Era lo mejor. Para tomar un nuevo aire, respiró profundo, una vez más ajustó el cuello de su camisa, aunque no era necesario, y esperó pacientemente a que las puertas del ascensor se abrieran.

Al salir, Zoe le sonrió a la mujer que limpiaba un panel de puertas de cristal del edificio; esta le devolvió el gesto y ella se dirigió al área de visitantes del estacionamiento. Por puro instinto buscó el auto de Madison y sonrió al divisarlo, pequeño como era, entre otros que lo superaban por mucho.

La pelirroja siguió avanzando y buscó con la mirada un auto en el área que pudiera ser el del cliente que iba a entregarle los documentos. En el lugar para visitantes divisó tres autos, pero solo uno tenía el motor encendido, así que debía ser ese. Su corazón aumentó la fuerza de sus latidos y Zoe frunció de nuevo el entrecejo al notarlo, pero se concentró en respirar pausadamente para disminuir el ritmo, no quería parecer nerviosa ante el cliente. Sus pasos resonaban en el lugar mientras avanzaba hacia el auto negro.

Cuando se encontraba a tres metros, aproximadamente, la puerta del conductor se abrió y Zoe pudo ver por encima del techo del auto a un hombre asomarse. Era alto y elegante. Sus cabellos estaban perfectamente peinados y le sonrió mientras rodeaba el auto hacia el baúl.

—Hola —la saludó al tiempo que se abotonaba la chaqueta del traje que vestía.

A Zoe le pareció que el hombre tenía un cierto parecido a Ryan Reynolds, solo que con la nariz aguileña; su gesto era duro y su mirada fría. El hombre no le agradó en lo absoluto, a pesar de su sonrisa que pretendía ser amable.

—Hola —le respondió ella cuando estuvo junto al auto.

—Seguramente los estoy poniendo en aprietos —comenzó a decir él mientras abría el baúl—, pero es que el abogado que contraté es un desastre y solo he malgastado mi dinero.

Zoe vio en el baúl tres cajas en las que se suelen guardar los expedientes de los casos. Esperaba que las cajas no se encontraran llenas por completo y, en especial, que no tuviera que subir las tres.

—No se preocupe —le dijo Zoe sonriendo—. Si Jeff aceptó revisar su caso, es porque puede hacerse cargo. Es de los mejores de Richmond.

—Eso es lo que me dijeron —respondió el hombre sonriéndole también.

De pronto el silencio llegó y Zoe tuvo la sensación imperante de alejarse de ahí. El hombre tenía la mano izquierda hundida en el bolsillo del pantalón, mientras que con la otra jugueteaba con un pequeño manojito de llaves. Solo la miraba fríamente y le sonreía enigmáticamente. Zoe se removió incómoda.

—Bien —dijo forzando la sonrisa—, debo regresar. Si me da el expediente, se lo entregaré a Jeff.

El hombre sonrió.

—Por supuesto, a eso viniste —le dijo al tiempo que se rascaba la barbilla con una de las llaves—. Es la caja del medio —señaló con la cabeza—. Disculpa que no lo lleve yo mismo, es que tengo poco tiempo.

—No se preocupe —le respondió Zoe y se acercó al auto para alcanzar la caja, pero en el momento en que puso las manos en la caja, un pensamiento la atravesó. Nunca antes en su vida había visto a ese hombre, era un cliente nuevo, ¿cómo sabía que había una pelirroja en el bufete?

Zoe no pudo ahondar más en el cuestionamiento. Inesperadamente, una mano con un trapo le cubrió la boca y su respiración se cortó cuando un intenso olor la asfixió. Su cuerpo fue

aprisionado y empujado hacia el baúl. Los ojos le escocieron, apenas pudo mantenerlos abiertos cuando trató de comprender lo que pasaba. Un gemido producto del miedo brotó y murió en su garganta. Su cuerpo comenzaba a paralizarse por el miedo y el aturdimiento que le causaba lo que contenía el trapo que le impedía respirar.

De pronto los segundos se hicieron eternos para Zoe. Mike volvió a su mente, el horror hundió las garras en su ser inyectando su putrefacto veneno aunque ella intentaba liberarse de las manos que la aprisionaban. Otro gemido se ahogó, mientras se negaba a creer que aquello estuviera sucediendo de nuevo.

“¡Mad!”

Ella cerró los ojos fuertemente y luchó a pesar de que su corazón era presa del terror. Ya su cuerpo estaba dentro del baúl, pero aun así, apoyó una rodilla en el fondo y empujó al mismo tiempo que sus uñas se hundieron en la piel de la mano que le aprisionaba la boca.

“¡Mad!”

Zoe sintió que la garganta le ardió intensamente cuando trató de gritar una vez más, pero todo su esfuerzo se quedaba ahogado por el trapo y la mano. Intentó contrarrestar el peso del cuerpo que la dominaba.

“¡Mad!”

Zoe sintió su cuerpo ceder al aturdimiento; el esfuerzo que hacía por liberarse le arrebatava a cada segundo el ímpetu. Poco a poco la inconciencia la fue abrigando.

“¡Mad!”

Los ojos de Madison fue la última imagen que su mente fue capaz de dibujar antes de perderse en la oscuridad absoluta.

Todo había pasado en cuestión de segundos. Rápido y limpio como a él le gustaba.

Ferguson echó un vistazo alrededor para asegurarse que no hubiese testigo. Devolvió a su lugar un mechón de sus cabellos que se alborotó por el esfuerzo. Miró a Zoe completamente inconsciente; completamente a su merced. Una maliciosa sonrisa curvó su boca, pero no tenía tiempo que perder. Los planes se torcían rápidamente, lo había aprendido tan solo unos minutos antes cuando Madison apareció en su casa, junto a su hermana Brooke, para echarlo todo a perder.

Apenas pudo pensar en su hermana en ese momento. Buscó en unas de las cajas y sacó lo que necesitaba; solo se concentró en amordazar bien a Zoe, no iba a correr el riesgo de que despertara y comenzara a gritar. A continuación, le ató los pies y las manos a la espalda. Tras terminar con esa tarea, tomó de la caja una rosa seca y cerró el baúl. Se arregló el traje antes de echar a andar hacia el auto de Madison, lo había visto en cuanto entró al estacionamiento. Dio un nuevo vistazo por el lugar; solo vio a una mujer que limpiaba unas puertas, pero estaba ajena a todo lo que pasaba a su alrededor.

Con una sonrisa, besó los pétalos de la rosa seca antes de detenerse junto al Volkswagen Escarabajo y aprisionar la flor con el parabrisas. “*Esta será una buena sorpresa para McHale*”, pensó para sí. Los blancos dientes de Ferguson se dejaron ver cuando se dio la vuelta y comenzó a alejarse del Volkswagen.

—Vas a pagar, maldita —masculló entre dientes.

Capítulo 2

3:00 pm. Una hora secuestrada...

Los ojos de Madison estaban fijos en la flor seca que hacía realidad su mayor temor tras ver varias fotografías de Zoe en la casa en la que se mantuvo oculto Ferguson. En ese momento sentía que el suelo se abría debajo de sus pies y la oscuridad la absorbía. Sus ojos, casi desorbitados, estaban puestos en la flor que ya no mostrabas rastros de color; no había un atisbo de la belleza que en algún momento le dio vida.

Madison apenas respiraba. Todo dentro de ella era una tempestad; sus pensamientos, sus emociones, su sangre, corrían por sus venas impulsada por la furia... y el miedo. Dio unos pasos hasta acercarse más a su auto. Su corazón latía fuerte y rápido en su pecho, como nunca antes, cuando sacó la rosa seca del parabrisas.

La flor estaba aplastada, como si hubiese pasado mucho tiempo debajo de algo pesado o tal vez entre las hojas de un libro. El tallo era largo, no tenía espinas, pero sí tres hojas dispersas por él. Madison rozó los pétalos secos de la rosa con los dedos antes de encerrarlos en su puño que apretó fuertemente durante unos segundos. Los pétalos secos se deshicieron y el tallo cayó al suelo, a los pies de la detective.

Madison apoyó el antebrazo izquierdo en el borde del techo del Volkswagen. Sus labios se aprisionaron contra el dorso de su muñeca, mientras en su otro puño continuaba la rosa hecha ya añicos. El dolor y el miedo eran tan intensos que tuvo que combatirlo con más dolor. Sus dientes se clavaron en su carne y apretó fuerte. Sus ojos estaban en algún punto del estacionamiento, pero Madison no veía nada. Solo la imagen de Zoe, apenas unas horas antes, en la cocina, lo llenaba todo. Un nudo en su garganta incrementó el dolor que sentía en el cuello. Su respiración se cortó. Deseó poder devolver las horas. Volver a aquella sonrisa y a esos ojos verdes que adoraba. ¿Cómo era posible que estuviera pasando?

De pronto, una mano en su hombro la hizo aflojar la mordida en su muñeca. Andrew había permanecido a cierta distancia de su compañera, le daba espacio para que procesara la realidad en la que se encontraba en ese momento. Todo indicaba que Zoe había sido secuestrada por Ferguson y el solo pensar eso salpicaba todo de miedo, de desasosiego. Madison estaba soportando el golpe con rudeza, él sabía que no se quebraría y que, probablemente, en cualquier instante explotaría lo peor de su carácter. En poco tiempo había visto como la pelirroja se adueñó de la vida y del corazón de la detective. Y Madison la amaba, él lo sabía. Pero al verla morderse, tuvo que traerla a la realidad para que no se perdiera en la oscuridad que la acechaba.

Madison sintió el ardor en su carne cuando asintió para indicarle a su amigo que estaba bien. La mano se apartó de su hombro. A lo lejos, como sucede en las películas, comenzó a oírse las sirenas de las patrullas. Poco a poco se fueron acercando hasta que ella ya no tuvo dudas de que Benson había traído a la caballería, pero llegaban tarde. Demasiado tarde, como llegó ella.

Los pasos comenzaron a resonar por todo el estacionamiento, pero Madison no se movió, continuó recostada de su auto, con los pétalos de la rosa en el puño, como si eso de alguna manera pudiera acercarla a Zoe.

Andrew se apresuró a alcanzar a Benson que ordenó a los patrulleros que no se acercaran a la

escena. La mirada del detective le dijo todo al capitán cuando se acercó.

—¿La tiene? —le preguntó aunque ya sabía la respuesta.

Andrew asintió.

—Dejó una rosa en el parabrisas del auto de Mad. Se burla de nosotros —comentó el detective con los dientes apretados por la impotencia que sentía.

Benson observó a Madison. Ella se encontraba de espaldas a él, pero podía ver que estaba furiosa, la rigidez de su cuerpo se lo decía. No era la primera vez que la veía así; sin embargo, ahora era diferente. Su cuerpo estaba rígido, solo que la detective no lanzaba patadas ni golpeaba nada como solía ser su carácter habitual. En ese momento permanecía quieta, contra el auto, como si nada estuviera pasando. Solo sus puños temblaban por la fuerza con que los mantenía cerrados.

Tanto Benson con Andrew contemplaron a la detective con preocupación.

—Si Ferguson le hace algo a Zoe, Madison lo va a matar —dijo Andrew—. De eso no tengo dudas, capitán.

Benson solo respiró profundo temiendo por su detective. Él sabía perfectamente que Andrew tenía razón, así que debía hacer lo posible por encontrar a Ferguson antes que Madison. El problema era que ella era la única que podía dar con él. La situación no presagiaba nada bueno.

—Iré a hablar con ella —dijo el capitán.

Andrew lo detuvo.

—No. Dele un poco más de tiempo —le pidió. Benson asintió. Ambos continuaron guardando la distancia—. Debemos revisar cómo Ferguson logró acercarse a Zoe para secuestrarla.

—Me encargaré de que interroguen a los de su oficina —le aseguró el capitán.

Mientras tanto, los pensamientos de Madison comenzaron a escapar del miedo, de los cientos de escenarios en que veía a Zoe siendo víctima de Ferguson. Tenía que encontrarla y salvarla. Si bien tuvo oportunidad de salvarla de Mike, el forense era un despiadado asesino en serie que durante muchos años había sabido mantenerse bien oculto, así que iba a necesitar de todo su instinto para dar con él.

Finalmente, Madison se separó del auto y la mano que apesaba la rosa seca se abrió dejando que los restos de los pétalos cayeran casi hechos polvo y se esparcieran por el suelo arrastrados por el aire. Ella respiró profundo. El dolor en su pecho era implacable porque estaba acompañado por el miedo de perder a Zoe. El dolor en su garganta la atormentaba. El dolor en la muñeca la mantenía en la realidad a la que necesitaba aferrarse.

Cuando Madison se giró, Andrew se encontró con una imagen que nunca antes había visto en su compañera. Los ojos de la detective brillaban con una mezcla de dureza, furia contenida y dolor. Su mandíbula se mantenía apretada y sus labios formaban una línea recta. La marca roja, alrededor de su cuello, que ya se amorataba, solo añadía más lobreguez a la imagen de la detective.

Madison se encaminó con decisión hacia el lugar donde se encontraban Andrew y Benson.

—Debemos ir a casa de Susan —sentenció la detective antes de llegar hasta ellos.

Andrew vio su gesto de dolor cuando habló. Su voz ronca le dio indicios de que la garganta de su compañera continuaba inflamándose, definitivamente tenía que asistir al hospital.

—Mad, debes revisarte mejor la garganta. Escucha como hablas, ya casi no tienes voz —le dijo.

La dura mirada de Madison se centró en su compañero.

—No... tengo tiempo... que perder —le dijo apenas moviendo los labios como si le diera una advertencia.

Andrew asintió, pero no iba a dar marcha atrás tan fácilmente.

—¿Estás respirando bien? —le preguntó disparándole a quemarropa. Con Madison siempre tenía que usar artillería pesada.

La detective vio que la atención en Benson cayó en ella, pero mantuvo el enfrentamiento visual con su compañero.

—Sí —mintió.

—Tu garganta se está inflamando —le rebatió él—. Y eso afecta tus vías respiratorias. ¡Trataron de ahorcarte, maldita sea! Tiene que verte un médico.

—McHale, ve al hospital —le ordenó Benson con un tono que no admitía discusión.

—Estoy bien —le aseguró la detective, pero maldijo para sus adentro cuando su voz sonó más apagada—. Tenemos que ir con Susan —insistió—. Ella nos puede dar una pista de dónde está Ferguson.

—Y apenas podrás interrogarla si sigues resollando así —alegó Andrew.

Lo cierto era que a Madison le costaba cada vez más respirar, pero los segundos contaban para encontrar a tiempo a Zoe.

—Enviaré un par de patrullas a casa de la esposa de Ferguson —intervino Benson—. Me aseguraré que la mantengan allí hasta que vayas.

El aire comenzaba a faltarle cada vez más a la detective, por eso asintió resignada aunque estaba lejos de sentirse contenta por ello. Andrew no dudó, la tomó por el brazo instándola a caminar, pero ella se deshizo de su agarre y, en lugar de dirigirse a una de las patrullas, se dio la vuelta y echó a andar hacia su auto.

—McHale, necesitamos ese auto para buscar evidencias —objetó Benson.

Pero como siempre, Madison ignoró sus palabras. Se dirigió a paso firme hacia su auto, mientras sacaba la otra llave que tenía del Volkswagen del bolsillo del pantalón. A Andrew no le quedó otro remedio que seguirla aunque dudó que su compañera quisiera abrirle la puerta, así que se apresuró y puso la mano en la manivela dispuesto a no soltarla. Con desgana, Madison le quitó el seguro a la puerta del copiloto y su compañero se acomodó en el asiento rápidamente.

—Sé que quieres golpearme —le dijo Andrew cuando el auto se dirigió a la salida del estacionamiento—, pero no puedo dejarte tranquila si continuas respirando así.

Madison no dijo nada, solo hundió el acelerador hasta que ya no dio más cuando salió a la calle.

Capítulo 3

Madison guardaba silencio. En su mente no había nada más que ganas de destrozarse todo a su paso, lo peor de su carácter estaba en plena ebullición en su interior, pero sabía que dejarse llevar por lo que sentía solo lograría nublar sus pensamientos y, en ese momento, necesitaba claridad para encontrar a Ferguson. Ya lo conocía demasiado bien y sabía que no se la iba a poner fácil. Y también sabía que si tenía a Zoe, si la estuvo espiando, era porque tenía planeado algo y eso le congelaba no solo la sangre, el alma.

Madison cerró los ojos y soltó el aire que estaba conteniendo en el instante en que detuvo el auto en un lugar del estacionamiento del hospital.

—Vamos a encontrarla —le dijo Andrew que había permanecido también callado durante el trayecto. Su compañera necesitaba espacio y él se lo estaba concediendo.

La detective abrió los ojos y, sin mirarlo, asintió. Luego apagó el motor, pero no hizo ningún movimiento. Solo se quedó contemplando la entrada del hospital que parecía estar en revolución por las decenas de periodistas apostados cerca de la entrada de la sala de emergencias.

—Tenemos que seguir un plan —dijo Madison, su voz estaba cada vez más ronca y la garganta le dolía como el infierno—. Primero hablaremos con su esposa.

—Luego tenemos que volver a esa casa. Era su escondite, así que es probable que encontremos algo allí.

Ella asintió concordando con su razonamiento.

—¿Viste las fotos de Mike? —le preguntó a su compañero al tiempo que recordaba el montón de fotografías que cubrían las paredes de esa habitación que parecía el santuario de Ferguson.

Esta vez fue Andrew el que asintió.

—Esto es una locura, Mad. ¿Crees que Ferguson sabía que era Mike quien estaba matando a las chicas?

—No he podido pensar mucho en ello, pero es lo que comienzo a creer —finalmente sus ojos marrones se posaron en su compañero—. Y tal vez Mike sabía que Ferguson también era un asesino.

Las palabras golpearon al detective. Se quedó en silencio por unos segundos, absorbiéndolas, procesando en su mente lo que sabían hasta ese momento. Era demasiado. Las fotografías en esa casa. Que Ferguson hubiese llevado el caso de las amantes de Madison asesinadas le resultaba perfecto a Mike para no apuntarlo como un sospechoso; suponiendo que el forense sabía que era él quien las estaba asesinando. Y que también fuera él el encargado de llevar el caso de las jóvenes secuestradas y asesinadas durante años en Richmond. Que fuera un sangriento asesino en serie. Que Brooke, su compañera, resultara ser su hermana y que, de alguna manera, intentara protegerlo.

—No puedo creer todo esto —dijo Andrew con los dientes apretados.

Ambos, de pronto, se quedaron en silencio, pensando en todo lo que había pasado en tan pocas horas. Pasaron casi dos minutos cuando finalmente Madison se puso en movimiento, abrió la puerta del auto y descendió. Andrew la siguió.

La entrada del hospital era una locura. Más de una decena de camionetas de estaciones de radio y tv se encontraban apostados frente al edificio a la espera de alguna novedad sobre el estado de

Kelsey Sander, la chica que Patrick Ferguson secuestró días antes y, que gracias a la detective McHale, había sido rescatada. También la muerte de Brooke Brady causó conmoción en los noticieros; la muerte de un agente de la ley siempre despertaba desconcierto. Y lo sería más cuando se supiera que era la hija del alcalde de Richmond. Noticia para la primera plana. Los periodistas se darían un banquete durante días; y lo peor era que la situación parecía estar lejos de llegar a su fin. El secuestro de Zoe ponía en jaque de nuevo a todo el Departamento de Policías de Richmond, pero sobre todo, a la detective McHale.

Madison y Andrew se prepararon para enfrentar el asedio de los periodistas, todos sabían que ellos llevaban el caso. Aquellas imágenes parecían sacadas de una película. Algunas patrullas de la policía bloqueaban las camionetas, procurando que no invadieran la zona de emergencia; y los oficiales formaban una especie de cadena que mantenía a los periodistas a raya. En ese momento los reporteros estaban distraídos y las cámaras apagadas, pero en cuanto uno de ellos notó la presencia de los detectives, dio la voz de alerta y como un enjambre fueron hacia ellos.

Todos hablaban a la vez lanzando sus preguntas mientras Madison y Andrew se abrían paso entre ellos sin decir una palabra. Los flashes cegaban a la detective, seguramente al día siguiente habría muchas imágenes de ella en los periódicos; las marcas en su cuello era el tipo de noticias que les gustaba aprovechar para llenar páginas y vender.

Algunos oficiales se adelantaron para contener a los periodistas y en poco tiempo Madison y Andrew ya estaban dentro de la sala de emergencias. En ese momento ellos no sabían qué pasaba a ciencia cierta, lo único que tenían confirmado era que Kelsey se encontraba en el hospital bajo custodia policial.

Andrew fue quien condujo a su compañera hacia la estación de enfermeras y solicitó atención médica. En cuanto se supo que Madison había estado involucrada en el rescate de la joven secuestrada, se le dio la mayor prioridad.

La detective no se sintió nada contenta cuando fue llevada a una sala y se vio rodeada de enfermeras y el doctor comenzó a examinar su garganta. Las marcas en su cuello estaban ya amoratadas; los gestos de desconcierto de las enfermeras no le agradaba en lo absoluto a la detective.

—¿Cómo está tu respiración? —le preguntó el doctor.

Madison echó un vistazo a Andrew que se mantenía cerca y atento.

—Me cuesta respirar un poco —respondió con algo de resistencia. Su voz rasposa indicaba lo inflamada que tenía la garganta.

—Para descartar una fractura o fisura en los cartílagos de la laringe vamos a sacar unas radiografías...

—No —lo interrumpió Madison de inmediato—. No voy a quedarme mucho tiempo aquí. Solo deme algo que desinflame la garganta, es lo único que necesito.

—Si los cartílagos están lesionados, sus vías respiratorias pueden verse muy comprometidas —alegó el hombre de bata blanca.

—Solo deme algo para la garganta.

El médico miró a Andrew en busca de apoyo.

—Mad, estás respirando mal —insistió su compañero.

—Tendrá que usar un collarín cervical semirígido —intervino de nuevo el doctor—. Su estado indica que los cartílagos pueden estar comprometidos, así que necesito prevenir que un mal movimiento empeore sus lesiones. Puede terminar con el sistema respiratorio colapsado.

—No voy a ponerme nada en el cuello —se resistió la detective—. Mi garganta solo está

inflamada.

—Necesita el collarín, entiéndalo. Le pondré un antiinflamatorio como pide, pero el collarín es imperioso. Mucho —le recalcó el médico—. Y también precisa unos minutos de oxigenación.

—Estamos perdiendo tiempo aquí si no lo haces —le señaló su compañero—. Y tienes que encontrar a Zoe.

Andrew sabía cómo captar su atención. El doctor y las enfermeras fueron mudos testigos del enfrentamiento de sus miradas, pero fue la detective quien finalmente tuvo que ceder. Tras rodar los ojos, Madison asintió. De inmediato el doctor dio las indicaciones y las enfermeras se pusieron en movimiento. En pocos minutos la detective tenía el cuello cubierto con el collarín para inmovilizarlo, había recibido un pinchazo para administrarle el antiinflamatorio y le fue puesta una mascarilla con el oxígeno. Andrew se hubiese reído por la pose de niña enfadada de su compañera si no se encontraran en una situación tan delicada.

—Quiero ver a Kelsey —le dijo Madison a Andrew.

A pesar de la voz rasposa y la mascarilla, él la entendió perfectamente.

—Iremos a verla en cuanto terminemos aquí —respondió—. El forense aún está en la escena con Brooke —le informó. Por teléfono, Benson lo mantenía al tanto de lo que sucedía en el escondite de Ferguson—. El alcalde está muy furioso. Va a querer algunas cabezas.

Madison bufó.

—Lamentaría la muerte de su hija si no hubiese tratado de matarme.

—Todavía no puedo creerlo —comentó él—. Brooke parecía tan profesional. A pesar del poco tiempo, llegué a confiar en ella.

Madison se apartó la mascarilla.

—Ferguson es un psicópata, sabe muy bien cómo manipular a las personas, Andy —le dijo con un tono neutro—. Al final ella también fue una víctima de su alma oscura, de su mente retorcida.

Andrew no dijo nada, solo se acercó a su compañera y le repuso la mascarilla. Recibió una mirada poco agradable, pero él la ignoró. Poco después una enfermera se encargó de retirar la mascarilla y la dejó ir. La detective no perdió tiempo, solicitó permiso para ver a Kelsey.

Instantes después, Madison entró a la habitación de la joven seguida de Andrew. Natasha, la madre de Kelsey, que estaba junto a la cama en la que permanecía su hija, la miró algo sorprendida al verla con el collarín, pero luego sonrió y se lanzó a los brazos de la detective llevada por la emoción.

—¡Mad!

Capítulo 4

Madison se vio envuelta por los brazos de la mujer que alguna vez fue su amante, y por la que había comenzado toda la situación que ahora enfrentaba. Recordó como si hubiese sucedido un segundo atrás cuando Natasha apareció frente a su auto, con una mirada llena de miedo y desesperada. Creía que su hija estaba desaparecida y no se había equivocado. Lo que nunca imaginó la rubia fue que su hija se encontraba en manos del asesino en serie más sangriento y escurridizo de Richmond. El forense, Patrick Ferguson. El mismo que ahora tenía a Zoe.

Madison tuvo que respirar profundo para contenerse. Miró a la joven en la cama. Kelsey estaba más delgada y pálida que en la fotografía que tenían de ella en el muro donde reunieron toda la información del caso de *El disecado*. No sabía si era porque estaban en una habitación de hospital o por la ropa blanca que llevaba la joven, pero Kelsey se veía tan frágil como las alas de una mariposa. No había manera de imaginarla secuestrada, en las garras de un loco asesino. La chica tenía un gesto dulce, su rostro era delicado como la de un ángel... y la miraba fijamente.

Finalmente la detective tomó a Natasha por los brazos y la alejó un poco.

—Mad, gracias. Gracias por encontrarla —le dijo la rubia y volvió a abrazarla.

Esta vez Madison no permitió que el abrazo se extendiera mucho, volvió a separar a la mujer de su cuerpo.

—No tienes que darme las gracias —le dijo con el tono más suave que encontró en su ser, aunque la voz ronca lo hizo sonar un poco rudo—. Es mi trabajo.

Natasha fijó la mirada en el collarín.

—¿Qué te pasó?

—No es nada —respondió—. Solo es por precaución. Ya sabes cuánto exageran los médicos.

La rubia no pareció muy convencida con la explicación, pero le sonrió y asintió. Entonces Madison miró a Kelsey, se apartó de Natasha y se adentró en la habitación. Andrew cerró la puerta y saludó a la rubia con una leve reverencia.

—¿Eres McHale? —le preguntó Kelsey cuando se acercó a la cama.

—Sí —le respondió—. Me alegra que estés bien.

—Cuando me sacaban de ese lugar todos decían que la detective McHale me había encontrado. Quería conocerte.

—Tu madre me pidió que te buscara —le dijo, luego miró a Natasha—. Ella estaba muy preocupada por ti.

Kelsey miró a su madre y le sonrió, pero luego volvió su atención a la detective.

—Gracias por encontrarme.

La voz de la joven sonó afectada. Madison notó cómo el labio inferior le tembló y como sus ojos azules se humedecieron. Kelsey bajó la mirada. Fue entonces cuando la detective vio que parte de su mano izquierda estaba vendada y que ella la cubría con la otra como si tratara de esconderlo. Recordó entonces las dos falanges que Ferguson les había enviado. Maldijo para sus adentro y deseó poder tenerlo enfrente para hacerlo pagar por tanto horror.

Con el pecho oprimido por el miedo, el desconcierto y la rabia, Madison se acercó a la cama y cubrió con cuidado las manos de la chica. Los ojos azules de Kelsey se posaron en los marrones.

—No tienes que darme las gracias, Kelsey —le dijo con la mayor entereza que pudo—. Sé que

lo que viviste no es fácil de olvidar —miró su mano cubriendo las de la joven—, pero no quiero que lo que te sucedió determine el rumbo de tu vida. Ya estás a salvo y te queda mucho por vivir. Deja entrar en tu vida todo lo bueno, y sé feliz.

Las lágrimas escaparon sin remedio de los ojos de Kelsey, sus labios temblaron y un sollozo escapó de su garganta. Madison se sentó en la orilla de la cama y la abrazó. La joven se aferró a ella como si fuera un salvavidas en medio de una tormenta.

Andrew vio a su compañera abrazar a la joven que había salvado de las manos de Ferguson y supo cuánto miedo sentía por Zoe. Madison, sin dejar de abrazar a la joven, giró la cabeza todo cuanto se lo permitió el collarín que llevaba y lo miró. No eran necesarias las palabras, ella iba a encontrar a Zoe aunque se le fuera la vida en ello. Él solo asintió con determinación, se mantendría a su lado en cada momento.

Natasha también contemplaba la escena emocionada. Las lágrimas humedecían su rostro, pero no dejaba de sentir alivio por tener a su hija de vuelta. Finalmente Madison se separó poco a poco de la joven y la miró a los ojos.

—Kelsey, sé que es un momento difícil para ti —le dijo con delicadeza—, pero necesito que hablemos del tiempo que estuviste cautiva.

La joven asintió al tiempo que se secaba el rostro con la mano sana.

—Por supuesto —aceptó con la voz aún entrecortada.

Madison le dio unos segundos más para que se tranquilizara.

—Cuéntame sobre ello —le pidió.

Kelsey miró a su madre. Natasha asintió, entonces la joven respiró profundo y bajó la mirada otra vez a sus manos.

—Cuando desperté en ese lugar todo estaba oscuro —comenzó—. No sabía qué había pasado, pero luego lo recordé. Supe que había sido secuestrada, aunque no entendía porqué. Mis padres no tienen dinero —dijo encogiéndose de hombros—. No supe cuánto tiempo pasó hasta que él llegó. No pude verlo. Solo dejó comida y se fue.

—¿Qué te dijo? —le preguntó Andrew.

Kelsey miró al compañero de Madison como si por primera vez se diera cuenta de que él estaba ahí también.

—Nada. Él casi nunca pronunciaba palabra —Andrew asintió ante su respuesta—. Por mucho que yo le hablaba, le preguntaba, le rogaba. Entraba a dejar comida, se quedaba unos minutos, no sé cuántos y luego se iba. Solo cuando me llevaba a esa sala... —de pronto la voz de la chica se cortó.

—Tranquila —le pidió Madison volviendo a cubrir sus manos para que la sintiera a su lado.

Kelsey tragó varias veces para apaciguar el nudo en su garganta que le provocaba recordar el horror que vivió cada que Ferguson la mutilaba.

—Cuando él me llevaba a aquella sala decía que el dolor era vida —repitió las crueles palabras de su captor—. Y hoy, antes de que me rescataran, fue a la habitación oscura y me habló de nuestro primer encuentro.

Madison frunció el entrecejo.

—¿Cuál... primer encuentro? —le preguntó a la joven.

Kelsey guardó silencio por unos segundos.

—Él me contó de la primera vez que me vio...

La joven les relató todo lo que le había dicho Ferguson sobre la primera vez que la vio; cómo la siguió y la expió hasta que intentó secuestrarla una noche, pero ella logró escapar. Fue cuando le

hizo las marcas en el rostro, recordó Madison. Sin embargo, obsesión del forense era tan fuerte que esperó pacientemente a tener otra oportunidad.

—Maldito —masculló Natasha con rabia—. Es un maldito.

Madison procesaba todo en su mente, pero no encontraba luz en ningún resquicio. Todo a su alrededor estaba a oscuras.

—¿No te dijo nada más? ¿Nunca te habló de algún lugar? ¿De un amigo? —le preguntó sin poder evitar la ansiedad en su rasposa voz.

—No. Solo eso. Él era muy... silencioso.

Madison cerró los ojos unos segundos ante su respuesta. La frustración la golpeaba sin piedad.

—Tiene a otra chica, ¿no es cierto?

La pregunta de Kelsey sorprendió a Madison tanto como a Andrew. Fue él quien habló esta vez.

—¿Cómo lo sabes?

Kelsey lo miró.

—Los policías hablaban de eso también. Que otra chica estaba en peligro —explicó y sus ojos azules buscaron la mirada de la detective.

Madison solo asintió en respuesta.

—¡Oh, Dios mío! —musitó Natasha y se llevó las manos a la boca con un gesto de horror.

—¿Es tu amiga? —le preguntó Kelsey a Madison.

El silencio y la tensión llenaron la habitación por unos breves momentos.

—Es su novia —le respondió Andrew.

Los ojos de la joven se posaron en él un segundo y luego volaron a la mujer junto a ella. De nuevo Natasha musitó las palabras de sorpresa, mientras Madison luchaba por llevar un poco de aire a sus pulmones.

La detective se sorprendió cuando una de sus manos fue cubierta por otra más pequeña, pero muy cálida.

—Encuétrala —le pidió Kelsey con la mirada llena de valentía.

Los ojos marrones se clavaron en los azules de la joven y se contemplaron por unos largos segundos, como si se estuviesen hablando a través de un lenguaje mudo.

—Lo haré —le dijo Madison con determinación, aunque el miedo hundía despiadadamente las garras en su alma entera—. ¿Has hecho ya alguna declaración?

—No.

—La prensa está afuera y no se va a ir hasta que hables. Te pido por favor que no menciones que hay otra chica secuestrada. Eso interferiría con la investigación.

—Está bien —aceptó Kelsey—. ¿La amas?

Madison contuvo la respiración antes de responder.

—Ella es mi vida entera —le confesó.

Capítulo 5

4:00 pm. Dos horas secuestrada...

Madison y Andrew tuvieron que salir por las puertas traseras del hospital porque en el tiempo que permanecieron ahí, la cantidad de periodistas en la entrada se multiplicó. El capitán Benson tuvo que enviar más oficiales para resguardar la entrada. Hasta que los médicos confirmaran que Kelsey se encontraba en perfecto estado de salud, permanecería ahí; luego sería trasladada a una casa de seguridad hasta que Ferguson fuera arrestado.

Los detectives lograron después llegar sin mayores contratiempos al Volkswagen. Fue Andrew quien ocupó el lugar del conductor por la lesión en el cuello de su compañera; él puso en marcha el motor y se alejó del hospital lo más rápido que pudo. Su destino, la casa de la esposa de Ferguson.

—Ella tiene que conocer a sus amigos, los lugares que frecuenta —comentó Madison cuando cruzaban en una calle.

—Cuando hablamos con ella no sabía mucho —le recordó Andrew.

—Pues ahora va a tener que saber algo.

En ese momento el teléfono de Madison comenzó a sonar. Rápidamente lo sacó del bolsillo de su pantalón.

—Es el capitán —anunció tras mirar la pantalla. Contestó la llamada y puso el altavoz—. ¿Capitán?

—¿Dónde están?

—Vamos de camino a casa de Susan Ferguson —respondió la detective.

—¿Qué tal tu cuello?

Madison frunció los labios.

—Está inmovilizado.

Hubo una pausa en el teléfono. Madison hubiese cruzado una mirada con su compañero si el collarín no le inmovilizara el cuello, así que tuvo que conformarse con mirar al frente. Después de todo, el dolor en la garganta no cedía ni una pizca.

—*El alcalde te quiere fuera de las calles* —le informó Benson con un tono de voz tenso.

De nuevo hubo un breve silencio.

—No voy a hacerme a un lado, capitán —respondió la detective reflejando la misma tensión.

—*Él está hablando con mis superiores. Ya les dije que la muerte de Brady está bajo investigación, pero pronto van a saber que la chica secuestrada tiene una relación contigo. Eso será un problema.*

Madison sabía cuál era el protocolo. Ningún agente de la ley podía investigar un caso en el que tuviese algún tipo de interés, así que la presión subiría a su máximo nivel.

—No me apartaré, señor —insistió con la misma determinación.

El silencio en el teléfono le dio una tregua a la detective.

—*¿Crees que obtendrás algo con la esposa de Ferguson?* —le preguntó el capitán cambiando el tema.

—No estoy segura, pero debo interrogarla —le respondió.

—*Están por retirar el cuerpo de Brady de la escena. Los forenses recogieron todas las evidencias que pudieron, pero ordené que dejaran las fotografías tal como las encontramos. No se movió nada. Quiero que las veas.*

Aquello era un voto de confianza del capitán y Madison lo agradeció en silencio.

—Iremos a la escena después de hablar con Susan —le aseguró.

—*También necesito una declaración de lo que sucedió, McHale. Van a querer reconstruir los hechos.*

—La tendrá, señor.

—*Un oficial interrogó al jefe de tu chica. El abogado recibió una llamada. Le pidieron atender un caso; se supone que el cliente llevaría el expediente. Él envió a Zoe porque el cliente pidió expresamente que fuera la pelirroja.*

Madison cerró los ojos ante esa información. Que Zoe fuera secuestrada fue algo que pudo evitarse si en aquella oficina no hubiesen sido tan descuidados. Un escalofrío la recorrió al ver en su mente a Zoe llegando al estacionamiento y luego siendo atacada por el forense. “¡Maldito!”.

—¿Tienen el número del que llamó? —le preguntó Andrew.

Benson continuó con el informe.

—*Sí. Lo hizo desde un lugar público. Allí no hay nada* —les informó—. *El teléfono de Zoe se mantiene apagado, pero en caso de que lo enciendan, tendremos su ubicación de inmediato.*

—Él no va a cometer ese error —le señaló Madison, aunque supuso que su jefe ya lo sabía.

—*Es probable, pero lo mantendremos en el radar. Los esperaré aquí* —le dijo y, un segundo después, la línea enmudeció.

Madison guardó silencio. El sol comenzaba a bajar, en unas pocas horas la oscuridad lo absorbería todo. Cerró los ojos con la imagen de Zoe ante sí. “*Voy a encontrarte*”, le dijo en sus pensamientos. El dolor que sentía en el cuello la estaba ayudando a no perder la perspectiva, pero comenzaba a molestarle. En especial el collarín que ahora limitaba un poco los movimientos de su cabeza.

—Ferguson siempre se mantuvo a un paso delante de nosotros porque era quien movía los hilos del juego —comentó Andrew—. Ahora perdió un poco el control.

—Eso nos da algo de ventaja esta vez —aceptó su compañera—, pero tenemos que adentrarnos un poco más en su mente para descubrir el sitio donde tiene a Zoe. Debe ser un lugar donde se sienta muy seguro...

—Le pediré a Tom que amplíe la búsqueda de los Perry.

—Y de los Porter. Si Ferguson utilizó el apellido de soltera de su madre una vez, tal vez encontremos algo más con eso.

Andrew asintió.

—De acuerdo —él hizo una breve pausa—. ¿Y qué tal la casa de sus padres?

Madison desechó la idea de inmediato.

—Él sabe que estuve allí. Sería el primer sitio donde lo buscaríamos.

Andrew torció la boca.

—Ordenaré que unos oficiales inspeccionen el lugar de todos modos.

—Está bien.

El silencio llenó el interior del auto hasta que pocos minutos después llegaron a la casa de Susan Ferguson. Ambos detectives descendieron del Volkswagen, de inmediato vieron a la patrulla que Benson había enviado mientras se dirigían a la entrada de la casa. Fue Andrew quien tocó a la puerta. No pasó mucho tiempo cuando oyeron unos pasos y la puerta se abrió un poco.

Madison se encontró con la mirada temerosa de la esposa del forense que buscaban en todo Richmond y más allá.

—Susan, necesitamos hacerte unas preguntas —le dijo Madison.

La rubia la miró de arriba abajo manteniendo aún la puerta entreabierta.

—¿Qué te pasó? —le preguntó ella en cambio.

Madison le hubiese respondido que su esposo y su hermana intentaron matarla, pero eso solo lograría que Susan se cerrara por completo.

—Un pequeño accidente —le respondió finalmente—. ¿Podemos pasar?

Ahora Susan dirigió una mirada a Andrew, pero poco después asintió y terminó de abrir la puerta. Los detectives se apresuraron a entrar antes que la mujer se arrepintiera.

—¿Es sobre Patrick de nuevo?

—Sí —le respondió Andrew.

Susan asintió con pesar y les señaló los sofás invitándolos a sentarse. Madison la vio abrazarse como si tuviera frío, mientras tomaba asiento frente a ellos.

—Susan, sé que te hemos hecho esta pregunta antes, pero necesito que hagas memoria —le dijo Madison para captar su atención y que supiera que la situación era delicada—. Es muy importante que intentes recordar. ¿Ferguson tenía algún amigo que frecuentara?

—No —respondió la rubia con seguridad.

—¿Algún colega?

Susan bufó.

—Patrick no soportaba a sus colegas. Decía que lo odiaban, que le tenían envidia porque él era el mejor.

—De acuerdo —asintió Madison—. Como pareja, ¿nunca tuvieron amigos? ¿O conocidos que invitaran a cenar con frecuencia?

—No.

—¿Te mencionó alguna vez a alguien? A quien sea, Susan. Aunque te parezca al azar.

Esta vez la rubia bajó la mirada al suelo intentado recordar. Tanto Madison como Andrew la observaban atentos. De pronto los ojos de Susan volaron a los de la detective.

—Una vez me dijo que debía visitar a un inválido —le dijo.

Los ojos de Madison se encontraron con los de su compañero. “Mike”. Tenía que ser Mike.

—¿Qué te dijo? —le preguntó la detective con el corazón latiéndole fuerte.

Susan frunció el entrecejo recordando.

—Me dijo que tenía que visitar a un pobre inválido que lo ayudaría en algo.

—¿Te dijo en qué?

—No. Pero creo que Patrick pasaba tiempo con esa persona. Cuando se dignaba a decirme dónde había estado, me daba a entender que con el inválido. Aunque nunca lo dijo directamente, él era muy evasivo. Era reservado con sus cosas.

Esas negativas frustraban a Madison. Todo con Ferguson parecía un camino sin salida.

—¿Hace cuánto de eso? —le preguntó.

—Poco más de dos años tal vez. Es la única vez que me hizo referencia sobre algo de su vida social —dijo la rubia encogiéndose de hombros.

Madison pensó en ello. Mike se había operado por última vez hacía poco más de dos años, tal vez fue allí cuando comenzó a recuperarse y de alguna manera Ferguson contactó con él, pero, ¿cómo? ¿Le habló Mike al forense sobre sus planes de asesinar a sus ex amantes y eso hizo que ambos se hicieran... amigos? No tenía manera de saberlo. Cada vez surgían más preguntas sin

respuestas.

—¿Sabes dónde se reunían?

—No.

—¡Maldita sea, Susan! ¡¿Qué clase de matrimonio tenías?! —le reclamó Madison y de inmediato se arrepintió, el dolor en su garganta provocó que sus ojos se humedecieran. Lo disimuló apartando la mirada a un rincón de la sala durante unos segundos.

Andrew y Susan la miraron sorprendidos por su arrebato. Hasta ese momento Madison había mantenido su frustración bajo control.

Andrew se levantó y se acercó a su compañera.

—Es hora de irnos —le dijo.

Madison tuvo que hacer un gran esfuerzo por calmarse, pero no apartó los ojos de Susan que ahora parecía muy apenada. Finalmente se puso de pie aceptando las palabras de su compañero.

—Será mejor que te vayas a otro lugar por unos días —le dijo a Susan—. Las cosas se van a poner feas.

La rubia la miró sorprendida.

—¿De qué hablas?

Madison ignoró la pregunta, se dirigió a la puerta y salió de la casa. Fue Andrew quien le contestó:

—Estamos buscando a Ferguson. Los periodistas no tardarán a averiguar lo que pasa y vendrán aquí. Vete a otro lugar.

Madison ya se encontraba en su auto cuando Andrew salió de la casa del forense.

Capítulo 6

Zoe sentía su cuerpo completamente laxo. Su conciencia salía poco a poco de la espesa oscuridad que la envolvía. En ese momento era incapaz de comprender lo que pasaba, solo percibía su cuerpo sobre algo acolchado.

Sus pensamientos comenzaron lentamente a ordenarse, no intentó moverse. Se sentía solo como un pedazo de carne, sin huesos ni tejidos. Era un ser amorfo que flotaba en la oscuridad, pero su mente desataba una batalla por espantar la inconsciencia. Algo en su interior le decía que no estaba bien, que era acechaba. Un gemido escapó de su garganta. Finalmente comprendió que respiraba calmada y pausadamente, como si se encontrara en el lugar más pacífico del mundo. El aire era limpio, pero percibía un olor que le descomponía el estómago. Ese olor fue lo primero que notó; lo segundo fue que su estómago se resentía a causa de ese olor que sabía conocía, pero no terminaba de determinar de dónde. O tal vez su mente mantenía el recuerdo apartado para protegerla de su realidad.

Zoe sentía los ojos pesados como una tonelada de acero, pero logró abrirlos a medias un par de segundos quizás. Solo pudo ver sus propias piernas dobladas. Estaba sobre algo plano y un poco acolchado, una camilla tal vez; se encontraba de lado y en posición fetal, tenía el brazo izquierdo aplastado por su propio cuerpo. Sus pensamientos fueron abriéndose paso por entre las tinieblas. Los dedos de sus manos se movieron por puro instinto, entonces comprendió que sus brazos los tenía tras la espalda. Cuando intentó mover un brazo, no pudo. Sintió algo alrededor de sus muñecas y entonces los flashes llegaron a su mente como rayos que recorren el cielo en medio de una tormenta, iluminándolo todo.

Recordó la mano aprisionando su boca, el cuerpo que la empujaba en el baúl del auto y su último pensamiento, “*Mad*”. Su corazón comenzó a latir fuerte y su cuerpo se tensó. Abrió los ojos casi desorbitados y sus gemidos quedaron ahogados en su garganta. La mordaza que tenía en la boca se la aprisionaba muy fuerte. Las muñecas se resintieron cuando retorció las manos en un intento por liberarse. Las lágrimas bañaron su rostro en segundos y de pronto no llegaba suficiente aire a sus pulmones. “*¡Mad!. Mad, ¿dónde estás?*” Los sollozos se intensificaron, mientras Zoe miraba desesperadamente a su alrededor. Cerró los ojos con fuerza negando con la cabeza. “*¡No, no puedo estar aquí!*”, gritó en su mente.

Los sollozos quedaban ahogados por la mordaza y el nudo en su garganta amenazaba con terminar de quitarle el aire. “*Mad, ¿sabes que ya no estoy? Por Dios, que lo sepas ya. Por favor, sálvame. Por favor, por favor*”, rogó.

—Respira con calma.

Desesperada, Zoe buscó a quien le habló, pero no vio a nadie. Sin embargo, ahora sabía que no se encontraba sola. No había sido su imaginación. Estaba tan aterrada que su cuerpo reaccionaba acelerando los latidos de su corazón y su respiración. De pronto se sintió mareada y su vista se nubló por las incontables lágrimas que bañaban sus ojos. Gimió cuando creyó que caería de nuevo en la inconsciencia, pero unas manos se posaron sobre su cuerpo. El hombre que le habló comenzó a acariciarle el pelo, con un gesto de consuelo que buscaba calmarla. La otra mano permanecía sobre su cadera.

—Debes respirar lentamente o vas a desmayarte —le dijo el hombre mientras continuaba

acariciando su cabeza como lo haría un padre a su hija.

Pero el terror se había apoderado de su cuerpo y no hubo nada que Zoe pudiera hacer. La oscuridad la arrastró hacia sus dominios.

Ferguson negó con la cabeza al verla inconsciente de nuevo. Era una reacción natural, ya lo había visto muchas veces. Algunas de las chicas que secuestró antes también se desmayaron cuando despertaron la primera vez y cayeron en cuenta de su realidad, por lo que ya sabía qué hacer. Por el momento, solo tenía que asegurarse de que la pelirroja estuviera bien atada, así que le soltó las manos y la cambió de posición poniéndola boca arriba. Entonces, con toda la calma de mundo, buscó las bandas que la camilla a los lados para cuando los pacientes no se estaban tranquilos. Él se aseguró que las manos quedaran bien sujetas a los lados para que no pudiera siquiera retorcerlas. Luego fue el turno de los pies y, finalmente, la cabeza. Le pasó una banda por la frente y otra por el cuello.

Ferguson contempló su obra. Sí, sería muy difícil que la pelirroja escapara mientras él se ausentaba.

Capítulo 7

5:00 pm. Tres horas secuestrada...

De pronto la sombra de Mike estaba en todas partes. Había fotografías de él y Ferguson en la casa donde este se mantuvo escondido; al parecer se frecuentaban, por lo que les había dicho Susan. ¿Pero cuándo se reunían? Era la pregunta que rondaba los pensamientos de Madison mientras se dirigía, junto a Andrew, hacia la casa donde el forense mantuvo secuestrada a Kelsey. Ella siempre había visitado a Mike y nunca se encontró allí con otra persona que no fuera Mariah. Definitivamente tenía que revisar con detalles aquellas fotografías.

El Volkswagen entró en la extraña urbanización que parecía habitada por fantasmas. En esas casas nunca se veía a alguien como en otros lugares. Vaya montón de locos que debían vivir allí. En cuanto el auto cruzó en la calle donde quedaban las casas escondites de Ferguson, Madison vio tres patrullas y los autos chocados; ya la camioneta del forense no estaba ahí, lo que le confirmó que el cuerpo de Brooke ya había sido retirado de la escena. Los técnicos probablemente también habían terminado su trabajo de recolección de evidencias, pero debían estar aún en las casas. Lo que sí agradeció ella es que no hubiesen periodistas pululando por el lugar, al menos habían hecho un buen trabajo manteniendo esa información en secreto, pues ya comenzaba a cansarse del acecho de la prensa. Y faltaba mucho para que la persecución acabara.

Andrew detuvo el auto en la acera de enfrente, ya que las patrullas cercaban el lugar. La cinta amarilla que delimitaba la escena de un crimen abarcaba las dos casas. Cuando Madison descendió de su auto recordó en segundos todo lo que había pasado ahí tan solo unas horas antes. Vio a Ferguson llegar, luego chocar contra su auto cuando intentaba escapar; vio a Brooke correr hacia la casa, el pasillo oscuro, el alambre en su cuello y después la sangre de su compañera derramándose. Todo había sucedido demasiado rápido, pero si lo pensaba ahora con frialdad, hubiese actuado de la misma manera. Si ella no le hubiera disparado a Brooke, probablemente fuera ella la que estuviera en la morgue ahora mismo. “*Y probablemente Zoe no estuviera en manos de Ferguson*”, ese pensamiento le oprimió las entrañas y le laceró el corazón.

Madison sacudió la cabeza para apartar los oscuros pensamientos y el dolor que sentía. Fue ella la que siguió a Andrew hacia la casa de la izquierda. Un oficial resguardaba la entrada y les permitió acceder sin problemas. A la detective no le pasaba desapercibida la curiosidad con que los oficiales y patrulleros la miraban, pero los ignoró y entró a la casa.

Benson se encontraba en medio de la sala conversando con dos de los técnicos forenses que permanecían en el lugar. El capitán se giró al oír los pasos; sus ojos revelaron su sorpresa al ver a Madison con el cuello inmovilizado; verla así de lesionada no era algo habitual para él, pero rápidamente se recuperó. Sabía lo fuerte que era la detective.

—Capitán —lo saludó Andrew.

Benson se apartó del pequeño grupo y respondió al saludo con un movimiento de cabeza, mientras llevaba a sus detectives a otro rincón de la sala. Madison se preparó para cualquier cosa.

—Esto se está convirtiendo en un show mediático —les dijo con absoluta seriedad y preocupación.

—¿El alcalde? —le preguntó Andrew.

—El alcalde, mis jefes, los periodistas. Todo el mundo —respondió Benson—. Estoy tratando que todavía no salga a la luz que uno de nuestros forenses es el asesino en serie que hemos buscado por años.

Madison veía la presión que recaía en los hombros del capitán en las gotas de sudor que perlaban su frente.

—Lo encontramos, es lo que debería importar —masculló.

Benson la miró.

—Necesito tu declaración ya, McHale. Y quiero que me expliques con detalles lo que sucedió aquí. Sobre todo la muerte de Brady.

—Sí, señor.

—Sé que pretendes inspeccionar este lugar, pero quieren tu cabeza, así que necesito protegerte. Y la única manera de hacerlo es que el procedimiento que seguiste corresponda con las evidencias recolectadas por los técnicos.

Madison entendía perfectamente las palabras del capitán, pero sentía que perdía un tiempo valioso en la búsqueda de Zoe. Echó un vistazo a los técnicos que los observaban a su vez a la espera de las órdenes del capitán.

—De acuerdo. ¿Cómo lo haremos?

Benson finalmente les hizo señas a los técnicos para que se acercaran. Cuando lo hicieron, comenzó a dar las instrucciones.

—Como no tenemos tiempo que perder, no voy a pedirte que lo escribas. Vamos a grabarlo —le dijo—. Uno de los chicos se encargará de ello. Iniciemos desde el principio, McHale.

La detective asintió más con los ojos que con la cabeza. A pesar de la inmovilización del cuello, le dolía cada pequeño movimiento que hacía.

—Vamos afuera —indicó ella simplemente.

El pequeño grupo encabezado por Madison, seguida por Benson, Andrew y tres técnicos forenses, salieron de la casa.

—Comienza a grabar —ordenó Benson al técnico que llevaba la cámara.

El hombre asintió y levantó el dispositivo apuntando a Madison. Ella inició la descripción de los hechos. Les describió que después del choque, señaló los autos frente a la acera, siguió a Brooke que entró a la casa de la derecha. El grupo entró al lugar y la detective los dirigió por el pasillo donde se topó con la trampa que Ferguson había preparado. El técnico se aseguró de hacer una buena toma de la trampa.

—Estaba como a tres metros del suelo cuando logré apoyar los pies en las paredes —indicó señalando el lugar arriba sin levantar la cabeza—. Brooke hablaba con Ferguson. Sacó su arma, ella no estaba de acuerdo con que yo terminara así. Supongo que ahorcada —razonó—. Ella sacó su arma. Entendí que iba a matarme, pero sabía que se dejaba llevar por Ferguson. Cuando logré apoyarme en las paredes, saqué mi arma de la tobillera, le apunté a Ferguson. Él se percató. La empujó para protegerse en el momento que disparé.

—¿Es tu arma de reglamento? —le preguntó el capitán.

—No, perdí mi arma cuando la trampa comenzó a elevarme. Pero la que llevo en la tobillera está registrada y tengo los permisos correspondientes.

Benson asintió y miró a los técnicos cuestionándolos sobre la declaración que acababa de hacer la detective.

—Necesitamos el arma —le dijo uno de ellos.

—McHale —la voz del capitán sonó como un eco macabro en el pasillo.

Madison quiso protestar, pero finalmente no lo hizo. Se agachó, sacó el arma de la tobillera, extrajo el cartucho y dejó caer todo en la bolsa para evidencias que le tendió el técnico.

—Continuemos —le pidió Benson.

—Ferguson huyó y yo le disparé al mecanismo que halaba el alambre que me ahorcaba. Al caer tardé un poco en recuperarme, luego lo seguí por el pasillo —señaló.

—Vamos —le pidió Benson.

La detective encabezó de nuevo el grupo siguiendo sus pasos en la persecución de Ferguson. En poco tiempo se encontraban en la otra casa.

—Cuando salí de aquí, ya Ferguson no estaba.

—De acuerdo. ¿Tienen alguna pregunta? —se dirigió el capitán a los técnicos.

—No, señor.

—Bien —el capitán asintió hacia los técnicos y estos se alejaron dispuestos a dejar finalmente la escena. Benson volvió la atención a sus detectives—. Pueden comenzar aquí —les dijo—. Yo debo ir con los jefes, pero manténganme informado. No hagan nada sin consultármelo, ¿entendido?

—Sí, señor —contestaron los detectives al unísono, pero Madison sin demasiada convicción.

—McHale, ¿quedan claras mis órdenes? —insistió el capitán con una mirada de advertencia.

—Sí, señor —respondió sosteniéndosela.

Benson consideró la respuestas unos segundos, luego respiró profundo y se acercó más a la detective con una actitud menos autoritaria.

—Madison, no puedo imaginar cómo te sientes por tu chica —le dijo con un tono suave—. Quiero que sepas que tengo todos nuestros recursos buscando a Ferguson. Los puntos de control están alertas. Estamos buscando en hoteles, en lugares deshabitados, todo Richmond se encuentra cercado. Incluso el teléfono de Zoe está intervenido, eso ya lo sabes. Lo encontraremos. Y sé que tú lo conoces mejor que nadie, así que confío en que hallarás algo que nos lleve a él.

Madison no podía creer que su capitán le hablara de esa manera. En algunas ocasiones él había tomado una actitud preocupada por su poca prudencia, pero en ese momento estaba rebasando por mucho ese papel. Benson no le hablaba como capitán, sino como un amigo. Como un padre.

—Gracias, señor —le dijo Madison con toda la entereza que encontró en su ser.

Benson le puso una mano en el hombro y se lo apretó con fuerza, luego miró a Andrew, le hizo una ligera reverencia, se dio la vuelta y salió de la casa a paso firme.

Ambos detectives se quedaron viendo la puerta por donde salió el capitán.

—Si no fuera porque estamos en una situación crítica, aseguraría que Benson armó todo un show de cámara escondida —comentó Andrew.

—Yo también lo creería —le dijo ella.

—¿Por dónde comenzamos?

Madison giró su cuerpo hacia el pasillo a su derecha.

—Por esa maldita habitación —respondió refiriéndose al santuario de Ferguson.

Capítulo 8

La habitación no era muy amplia; Madison calculó que tal vez medía tres por dos metros. Tenía una ventana en el fondo que estaba cubierta por una cortina gruesa de color negro. La habitación tenía todo el aspecto de ser un lugar para revelar fotografías como las que se suelen presentar en las películas, solo que las luces no eran rojas, sino blancas. Ahí la iluminación era perfecta.

A un lado, había una mesa tan larga que abarcaba todo el largo de la habitación; iba de una pared a otra y era tan ancha como la mitad del espacio. Y esa mesa se encontraba, casi por completo, cubierta de fotografías de revelado instantáneo, con el clásico borde blanco. Y en la pared de la que estaba pagada la mesa también había muchas fotografías adheridas. Madison pensó que tal vez había miles de fotografías en ese lugar y se hallaban desperdigadas sin un orden; al menos eso parecía. Además de las fotografías, sobre la mesa había un montón de pequeños estuches donde se guardan los rollos fotográficos de las cámaras analógicas; un par cámaras que parecían muy antiguas y, al menos, una analógica y dos instantáneas. De pronto Ferguson parecía ser alguien amante de la fotografía.

Madison miraba todo sin tocar nada, todavía no se atrevía. Solo analizaba lo que veía el forense cuando se encontraba en esa habitación. Sus ojos no tenían prisa, iban recorriendo cuadro a cuadro la mesa. Mirando una fotografía tras otras. Las imágenes mostraban distintos rostros, algunos se repetían, otros no; aunque la detective no estaba tan segura. Habría que clasificar las fotografías para determinar cuánto interés mostraba el forense por una u otra persona, pero ahora solo le concernía las que aparecía él y Mike.

Además de rostros desconocidos para Madison, también había personas que conocía porque aquellas fotografías parecían tomadas por todo Richmond. Reconoció el rostro de otros forenses, de algunos oficiales y detectives. Benson aparecía en una afuera del Departamento de Policías, miraba a cualquier lugar. Había muchas fotografías de jóvenes caminando por el campus de la universidad o la biblioteca. Con cada imagen el estómago de Madison se retorció más.

De pronto los ojos marrones de la detective se toparon con la imagen de Sofía Adams, la mujer que había sido más constante en su vida amorosa antes de que Mike la asesinara. Sofía estaba frente al pequeño café del que fue dueña. Era de noche y también miraba distraídamente a un lugar diferente a donde se encontraba la cámara apuntándole.

—También es un voyerista —comentó Madison con los dientes apretados.

Andrew seguía sus pasos, y se movía tan lentamente como ella, observando las fotografías.

—No se puede esperar menos de un psicópata como él —murmuró su compañero.

—Mucho del perfil de *El disecado* está errado.

Andrew no dijo nada, solo continuó mirando. Madison detuvo su andar cuando vio la primera fotografía de Zoe. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no tomarla. La pelirroja se encontraba mirando el escaparate de una tienda; la detective no pudo determinar la calle. Ferguson parecía estar en todos lados.

—¿Cómo crees que Mike conoció a Ferguson?

La pregunta del millón de dólares.

—Es lo que quisiera saber —le respondió Madison.

Después de la primera fotografía de Zoe, la siguieron tres más. Una de ellas era de la pelirroja

entrando en la casa de Madison. La furia rugió en su pecho como el león en medio de la selva reclamando su territorio. Quiso barrer la mesa y mandar todo al demonio, pero no, ahí era el único lugar donde podría encontrar una pista del nuevo escondite de Ferguson.

—¿Has visto una fotografía tuya?

La pregunta la tomó por sorpresa. De pronto sus ojos abarcaron el resto del espacio que le faltaba por inspeccionar y parte de la pared. De la detective McHale parecía que no había una sola imagen.

—Supongo que no le simpatizaba —murmuró ella en respuesta.

—Es probable —concordó su compañero.

La inspección visual continuó. Pero ahora solo algunas fotografías eran de interés para los detectives, y esas eran en las que aparecía Zoe, Mike, Mariah y el mismo Ferguson.

—Creo que debemos reunir las y tratar de determinar los lugares donde fueron tomadas — señaló Madison—. Son muchas, pero no hay nada más que podamos hacer con todo esto.

—De acuerdo —concordó Andrew.

Finalmente ambos comenzaron a recoger las fotografías en las que aparecían las cuatro personas que les interesaban, procurando no saltarse ninguna. Andrew recogía dos fotografías en las que aparecían Mike y Mariah cuando notó algo debajo de las imágenes. Apartó las que no les interesaban y se encontró con un par de cd's en sus estuches. En los bordes tenían una inscripción. En el primer cd leyó, "primera reunión"; en el otro, "cuarta reunión". Ambos estaban fechados cerca de dos años atrás.

—Mira esto —le dijo a Madison tendiéndole los cd's.

Ella los tomó y leyó.

—¿Reunión de forenses? —trató de deducir. Su voz sonó más raposa.

—No lo sé, pero les echaré un vistazo.

Andrew escurbió otro tanto y encontró cinco cd's más. En el último leyó, "primer asesinato". La piel del detective se erizó.

—¡Mad!

Cuando su compañera lo miró le mostró el cd. Madison leyó y sus ojos se ampliaron por la sorpresa.

—Veamos de qué se trata —le dijo.

Ambos reunieron todas las fotografías de su interés y salieron de la habitación. Fue Andrew quien se encargó de buscar un reproductor de cd. Había uno en la mesa del televisor, así que se apresuró a encender los aparatos, mientras Madison se sentaba en el único sillón de la sala. Los corazones de los detectives latían fuertemente. Andrew puso el cd en la bandeja y pareció que tardó un siglo en deslizarse en la ranura.

Con el mando a distancia el detective pulsó el botón para que la reproducción iniciara. Segundos después en la pantalla del tv comenzaron a verse unas imágenes algo distorsionadas, como si la cámara estuviera dentro de un lugar oscuro e inestable. Las voces se oyeron nítidamente. Madison reconoció de inmediato la voz de su hermano y la de Ferguson. También le pareció oír la voz de una mujer, pero no estuvo segura.

Finalmente las imágenes se vieron bien. Frente a Ferguson, que parecía que llevaba la cámara en el bolsillo de la camisa, apareció Mike sonriente. Estaba de pie y caminaba delante del forense hacia el sofá, luego se sentó y con un gesto con la mano invitó a Ferguson a hacer lo mismo. En el fondo se vio a Mariah en la cocina, parecía que preparaba café. Estaban en la casa de su hermano.

—¡Malditos! —masculló Madison.

—Él sabía que Mike podía caminar.

—Primer asesinato —repitió la detective lo que había leído en la caratula del cd—. ¿Te das cuenta de qué se trata?

Andrew la miró confundido, pero luego volvió la atención a la pantalla y su mente fue capaz de dilucidar lo que su compañera le decía.

—¿Mike le hablará del asesinato de Dana? —la cuestionó con un tono de desconcierto.

—Eso creo.

En la pantalla continuaban pasando las imágenes. Mike seguía sonriendo jovialmente como nunca antes Madison lo vio. Mariah apareció en la sala y les sirvió café, luego se sentó al lado de Mike.

—*¿Y tuviste mucho trabajo ayer?* —le preguntó Mike al forense sonriendo después de darle un sorbo a su café.

La risa de Ferguson se oyó.

—*Sí. Debo decir que lo hiciste muy bien.*

Mike rio.

—*Gracias.*

—*Y debo decir que lo de las iniciales me gustó* —continuó el forense—. *Tu hermanita se afectó bastante cuando le dije que las emes en el cuerpo de esa mujer podrían significar Madison McHale.*

Mike soltó una carcajada.

—*¿En serio?*

—*Sí.*

—*Como me hubiese gustado estar allí para verlo* —dijo Mike torciendo el gesto, pero sin dejar de sonreír complacido.

Inesperadamente la imagen se congeló.

—Mad, no creo que sea buena idea que veas esto —le dijo Andrew que había pausado la reproducción.

Por dentro las entrañas de Madison hervían. Las imágenes que veía la estaban conduciendo a un mundo oscuro. En su mente todo iba a mil. Lo que acaba de ver parecía sacado de una mala película de terror. ¿Qué mente siniestra hacía aquello? ¿Qué clase de monstruo era su hermano? ¿Cuándo se convirtió en un asesino? ¿Perder a Jazmín fue razón suficiente para convertirse en uno?

Madison se cubrió la boca con las manos, mientras en su mente enfrentaba una batalla contra la rabia que sentía y la impotencia, el desconcierto. De pronto su respiración comenzó a agitarse, la garganta le dolía y el collarín que le rodeaba el cuello la estaba volviendo loca.

—Mad, pediré una ambulancia —le dijo Andrew.

Su compañera lo detuvo levantando la mano.

—No es necesario —le aseguró—. Solo debo calmarme.

Andrew la observó atento. Madison cerró los ojos y se concentró en respirar. Poco a poco el oxígeno fue llegando con más normalidad a sus pulmones.

—Mad, yo puedo ver esto. Tú revisa las fotografías, así ganamos un poco de tiempo.

La detective lo pensó, luego negó con un gesto.

—No. Necesito saber para comprender toda esta locura, Andy.

Su compañero no pudo contradecirla. Con una mirada le dijo que la entendía y de nuevo puso en marcha la reproducción.

Las imágenes pasaban unas tras otras. Las risas de los dos hombres se dejaban oír frecuentemente, pero fueron las palabras de Mike las que le dieron un poco de luz a Madison de dónde él había sacado su idea de vengarse de ella.

—Yo solo me alegro que me hayas abierto los ojos, amigo —le dijo Mike a Ferguson—. Si no hubiese sido por ti, yo seguiría ciego. Sin entender que mi propia hermana es la culpable de todo mi dolor. De toda mi desgracia.

Capítulo 9

6:00 pm. Cuatro horas secuestrada...

Madison terminó con el estómago descompuesto después de ver la grabación que contenía el cd que Andrew había hallado. Ver a su hermano hablar sobre la muerte de Dana, la forma en que entró a su casa ayudado por Mariah, cómo la mató, era demasiado.

Madison se levantó del sillón y apuró el paso hacia el baño. El sabor de la bilis subió a su garganta y tuvo que hacer varias inspiraciones para no terminar vomitando, su garganta no lo soportaría. Cuando finalmente la desagradable sensación disminuyó, se lavó la boca y luego la cara. Con las manos apoyadas en el lavabo y el rostro humedecido se miró al espejo; lo único que quería en ese momento era olvidar lo que había visto. Ya era suficiente haber vivido, meses atrás, el horror de ver cómo mujeres que fueron sus amantes eran asesinadas y luego descubrir que el homicida era su hermano.

Su mente en ese instante era un torbellino y en la cúspide estaba Zoe.

—Zoe —susurró el nombre de la mujer que amaba—, ¿dónde estás?

En su pecho la opresión se convirtió en dolor. Tuvo que cerrar los ojos para que la humedad en sus ojos se mantuviera a raya. A su mente llegaron imágenes de la pelirroja. En especial las de una tarde cuando simplemente las dos se quedaron en casa, en la cama, desnudas consumiéndose en besos, desgastando sus labios, descubriendo la suavidad de cada poro de sus pieles. Amándose, simplemente amándose.

La respiración de la detective se agitó cuando, una vez más, la rabia en su pecho rugió. La sangre en sus venas era una marejada enfurecida al imaginar a Zoe cerca de Ferguson. Ahora fue el miedo el que entumeció su cuerpo; recordó la mano vendada de Kelsey en el hospital. Casi todo su dedo meñique había sido cercenado. En la oscuridad de sus pensamientos vio el brillo de un escalpelo blandiéndose contra... sacudió la cabeza, no fue capaz de terminar su pensamiento.

—¡No! —exclamó. Su corazón latía con fuerza. Ella abrió los ojos y volvió a mirarse en el espejo—. No voy a permitirlo —dijo con determinación.

La detective se pasó las manos por la cara, luego se peinó los cabellos un poco con los dedos y salió del baño.

—¿Estás bien? —le preguntó Andrew al verla aparecer en la sala.

—Sí.

El detective la observó durante unos segundos.

—Ordené que nos trajeran algo de comida —le informó.

—No tengo hambre. Continuemos con el siguiente cd.

—Mad, encárgate de las fotos. No tienes porqué ver eso.

Por primera vez en su carrera y desde que eran compañeros, Madison estaba muy tentada a aceptar su oferta.

—Andy, este es nuestro trabajo —alegó.

—Lo sé, no digo lo contrario. Pero hay mucho que hacer aquí.

—¡Eso lo sé!

Andrew no quería enfrentarse a su compañera, al contrario, necesitaba que se mantuviera tranquila y centrada. Ya era todo un milagro que no estuviera dinamitando la ciudad buscando a

Ferguson.

—Revisa las fotografías —insistió el detective con un tono conciliador.

—No me hables así.

—No te hablo de ningún modo.

—¡Maldita sea, Andrew!

Madison le dio la espalda y se alejó un poco, necesitaba poner en orden sus pensamientos. En el fondo sabía que su compañero tenía razón, ver el contenido de esos cd's no le haría bien. Finalmente respiró profundo y volvió a darse la vuelta.

Andrew miró los ojos de su compañera arder, pero supo que ella había aceptado sus palabras.

—Quédate aquí —le pidió él—, iré por una computadora portátil para ver el resto de los cd's.

Madison asintió y luego lo vio salir de la casa. A continuación, tomó las fotografías que quedaron relegadas a un lado cuando los cd's llamaron su atención. En la sala solo había un mullido sillón y la mesa del tv; como pudo, ella se ocupó de quitar el aparato de sobre la mesa y la acercó al sillón. Ahí tendría suficiente espacio para ordenar las fotografías.

Andrew tardó en regresar y, cuando lo hizo, traía una bolsa en una mano y una computadora en la otra. Lo seguía un oficial que llevaba las bebidas.

—Mad, hay una cocina por ahí —le dijo Andrew señalando un pasillo.

—Te dije que no tengo hambre —insistió.

—Ven a comer.

Andrew ignoró la inapetencia de su compañera, sabía que ella necesitaba comer y también que debía obligarla a hacerlo. Madison no supo porqué, pero en ese momento recordó cuando Andrew la obligó a comer una hamburguesa en el hospital el día que conoció a Zoe. El día que, gracias a sus arrebatos, la pelirroja terminó con un brazo enyesado. Sin darse cuenta, sonrió. En ese instante Andrew reapareció en el pasillo.

—Ven a comer.

Madison rodó los ojos, pero se levantó del sillón y lo siguió a la cocina. La verdad era que estar en esa casa no le resultaba nada agradable a la detective. Recorrer los pasillos, inspeccionar las habitaciones, pisar el mismo suelo que Ferguson recorrió, le hacía sentirse asqueada. Percibía el aire espeso, podrido. Pero debía permanecer ahí, al menos hasta que terminara de revisar las fotografías y de inspeccionar cada rincón de ese lugar y de la otra casa.

Cuando Madison le dio el primer mordisco a la hamburguesa, agradeció que Andrew insistiera en que comiera. Su estómago y cuerpo en ese momento le gritaban que necesitaba de cada bocado, aunque cuando tragaba, la garganta parecía que se le desgarraba. Ambos detectives estaban parados frente a una diminuta encimera que había en la cocina.

—¿Cómo vas a proceder con las fotografías? —le preguntó Andrew tras tragar un enorme bocado.

Madison tomó un poco de gaseosa antes de responder.

—Voy a clasificarlas por personas. Lo que quiero es tratar de determinar los lugares donde se reunían los tres. Tal vez eso nos dé una pista.

—Es prometedor —el silencio los acompañó mientras comían—. En el vídeo están en casa de Mike, pero seguramente tenían otro lugar.

Madison asintió concordando con su razonamiento. En pocos minutos las hamburguesas y las bebidas fueron historia, y ambos detectives volvieron a la sala. Ella ya estaba acomodada en el sillón cuando el teléfono de Andrew comenzó a sonar.

—Es Benson —le anunció a su compañera y luego contestó la llamada—. ¿Capitán?

—*Steinfeld, el teléfono de Zoe está encendido.*

Los ojos de Andrew volaron a los de Madison que se puso de pie casi de un salto y lo siguió cuando él echó a andar apresurado hacia la puerta.

—¿Tienen una dirección? —le preguntó al capitán mientras le hacía señas a unos de los oficiales para que le diera las llaves de una de las patrullas, sabía perfectamente que en el auto de su compañera no llegarían tan rápido a donde quiera que tuvieran que ir.

—*Estamos en ello* —le respondió Benson—. *Tendremos la ubicación en unos segundos.*

El oficial le lanzó las llaves al detective y este las tomó en el aire sin apartar el teléfono de su oreja y corrió hacia el auto que le señaló. Madison lo seguía de cerca y, tan solo dos segundos después que Andrew se acomodó en el asiento del piloto, ella ya estaba ocupando el del copiloto. El motor fue encendido y el auto se puso en marcha.

—*¡Lo tenemos!* —anunció Benson, pero luego solo hubo silencio.

Andrew cruzó en una calle y piso el acelerador. El silencio de Benson le preocupó, sabía que continuaba en la línea porque podía escuchar mucho ruido de fondo.

—¿Capitán?

—*Steinfeld, el sistema ubica el teléfono en la casa de Mad* —contestó el capitán con un tono de absoluto desconcierto.

Los neumáticos quemaron el asfalto cuando Andrew pisó el freno hasta el fondo. Madison tuvo que poner las manos en el tablero para no terminar golpeándose contra el cristal frontal. La inercia del movimiento la hizo hacer tanta fuerza que le lastimó el cuello. Un fuerte gruñido escapó de su garganta de inmediato.

—¡Lo siento! —fue lo único que Andrew alcanzó a decir. La información que le acababa de dar Benson no auguraba nada bueno. “*Dios, que no sea lo que creo*”, pidió al cielo.

—¿Qué demonios pasa? —le preguntó Madison todavía gruñendo por el dolor, sus manos las tenía sobre el collarín que le inmovilizaba el cuello y su rostro estaba fruncido.

—¿*Qué sucede?* —quiso saber Benson a su vez.

—Señor, ¿esa información está confirmada?

—*Sí, detective. Será mejor que nos preparemos para cualquier cosa...*

Andrew sabía, por las palabras del capitán, que él también pensó que Ferguson había hecho unas de las suyas. Que probablemente en la casa de Madison encontrarían algo de Zoe... algo más que su teléfono. Volvió a mirar a su compañera.

—*Ya estamos en camino* —le informó Benson.

—Nosotros también.

Finalmente Andrew bajó el teléfono, pero el tono tenso en su voz le decía a Madison que algo muy malo pasaba.

—Andrew, ¿qué demonios pasa?

—Mad... —el corazón del detective latía fuerte y su frente de pronto estaba perlada de sudor —, es el teléfono de Zoe —Madison no cuestionó, solo se quedó aguardando—. Está encendido. Está en tu casa.

Capítulo 10

4:30 pm. Noventa minutos antes...

Ferguson volvió a la habitación. Zoe continuaba inconsciente, pero ya su respiración se había normalizado, ahora simplemente dormía. Él, como forense, lo sabía bien; la mente, cuando era expuesta a una situación de mucho estrés o de miedo, provocaba que las personas se trasladaran al mundo donde Morfeo era un Dios, como una forma de defensa. No estaba seguro de cuánto tiempo la pelirroja permanecería dormida, pero la había atado muy bien a la camilla, por lo que era imposible que escapara en caso de que despertara mientras él hacía la tarea que tenía pendiente.

Él sonrió al pensar en ello. Se palpó el bolsillo del pantalón, el teléfono de Zoe estaba dentro. Madison se llevaría una buena sorpresa, después de todo ella lo había arruinado todo. De pronto la furia golpeó su pecho.

—Maldita, McHale —gruñó.

Primero, le quitó el amor de su esposa. El amor de la única mujer que él había amado; y la única que lo amó a él, Susan se lo había demostrado tantas veces. Podía sentir su amor en sus caricias, en sus besos, en la forma en que lo cuidaba, en la forma perfecta en que planchaba sus camisas y preparaba su ropa cuando él iba a trabajar. En su manera de no hacer demasiadas preguntas y adivinar cuándo no hacer ninguna. Aquel idílico amor se había acabado gracias a Madison McHale, él lo sabía. Aunque su esposa se lo negó, él lo sabía muy bien.

Pero la detective tenía tanta suerte que ni siquiera usar a Mike para hacerle daño funcionó como lo había planeado. Tanto tiempo que le había costado ganarse la confianza del hombre y luego ir sembrando en su mente la idea de que su propia hermana era la responsable de que su Jazmín, su novia, hubiese muerto en aquel accidente y que él terminara en una silla de ruedas. Mike llegó a confiar tanto en él que le confesó que, tras la última operación que le practicaron, estaba sintiendo la parte interior de su cuerpo.

Aquel supuesto milagro de la ciencia, Ferguson lo utilizó a su favor. Junto a Mike fueron ideando cómo vengarse de Madison y así fue que surgió la idea de matar a sus amantes, como una manera de darle una lección. Como un modo de enseñarle cuánto duele perder a alguien que se ama. Y el plan había funcionado muy bien, pero la detective lo descubrió todo y Mike terminó muerto. Por suerte, él siempre permaneció oculto de todo aquello, permaneciendo tras el telón como un espectador anónimo e invisible.

Entonces él tuvo que conformarse, pero Susan ya no estaba a su lado. Ella lo había echado de su vida y su hambre volvió. Esa hambre que solo podía saciar el dolor de otra persona, de una víctima, pero Madison lo arruinó todo al descubrirlo. Durante años logró esquivar a los investigadores, sin embargo, ella era diferente; por eso ahora había perdido sus casas, y a su nueva víctima, Kelsey. Y por ella era que ahora todos lo buscaban. Una vez más el forense sonrió, aunque sentía mucha rabia; lo que ellos no tomaban en cuenta era que él era muy listo. Más listo que Madison y todos ellos juntos. Y para demostrárselos, tenía no solo el teléfono de Zoe en su bolsillo, también una pequeña caja blanca. Con una sorpresa especial que él le entregaría personalmente a la detective. Ferguson echó un último vistazo a la mujer sobre la camilla y alrededor de ella. Sonrió complacido por elegir ese lugar; ahí nunca lo encontrarían. Nunca ahí. Era el sitio perfecto.

Antes de salir, Patrick Ferguson se aseguró de que no hubiese nadie a la vista. Estuvo varios minutos mirando con cuidado por la ventana, cuando se sintió seguro, salió de la casa llevando una bicicleta; iba vestido con un suéter y un pantalón de chándal, zapatillas deportivas, una gorra y llevaba también unas gafas oscuras. Al llegar a la carretera, subió a la bicicleta y rápidamente la condujo por la calle. Le tomaría bastante tiempo llegar a casa de Madison pedaleando, pero era menos riesgoso que sacar el auto en el que había secuestrado a Zoe. Por lo general, la policía no les prestaba mucha atención a los ciclistas, a menos que hubiese una orden específica. De todos modos, su lado precavido lo llevó a conducir por las calles menos transitadas.

Ferguson sabía que la casa de Madison tenía vecinos cercanos, así que con algo de suerte, no habría testigos. Le tomó cerca de una hora llegar; con la respiración agitada y las piernas débiles, se puso en alerta. Cuando finalmente cruzó en la calle, pasó de largo frente al lugar; no se veía movimiento, ni en las casas cercanas. Condujo unos cien metros y se devolvió manteniéndose atento. Solo un auto pasó cuando estaba como a treinta metros. Actuando con naturalidad, detuvo la bicicleta y descendió cuando se encontraba como a cinco metros de la entrada de la cerca. Subió a la calzada y manteniendo la cabeza algo baja, pero con todos sus sentidos en alerta. Cuando llegó frente a la casa, entró al camino. Llevando la bicicleta se dirigió por un costado, cuando estuvo ya en el patio fue que la dejó a un lado, pero oculta de la vista desde la calle. Fue rápidamente a la puerta trasera, sacó unas pinzas con las que no tardó mucho en forzar la cerradura hasta que la abrió. Entró y cerró la puerta, no debía tardarse mucho, aunque deseaba recorrer cada rincón del lugar.

Tras pasar el pasillo, llegó a la cocina. Sacó la pequeña caja blanca y, sonriendo, la dejó sobre la mesa. Madison la vería en cuanto entrara a la casa. A continuación, sacó el celular; recordó el momento en que hizo la grabación especialmente para la detective. Antes de encender el teléfono en su nuevo escondite, tuvo la precaución de sacarle el chip; estaba seguro de que el dispositivo era rastreado por la policía y en cuanto lo encendiera, iban a dar con su ubicación, así que le sacó el chip, lo encendió y grabó a Zoe en la camilla, desmayada, atada y amordazada. Le hubiera encantado observar la cara de la detective cuando viera el vídeo, pero más satisfactorio sería para él estar presente cuando abriera la caja. Sin embargo, tendría que conformarse solo con imaginarlo.

Los segundos pasaban y él lo sabía muy bien, ya se hacía tarde, así que presionó el botón de encendido del teléfono y lo dejó también sobre la mesa, junto a la caja blanca. Esperó para asegurarse que encendiera por completo. Cuando lo confirmó, se dirigió rápidamente por el pasillo y salió de la casa. Tomó la bicicleta y regresó sobre sus pasos. Cuando ya estaba en la calle subió a la bicicleta y la condujo alejándose sin mucha prisa. La prisa era sospechosa. Como siempre la suerte estaba de su lado, no hubo testigos de lo que acababa de hacer.

Zoe volvió lentamente a salir de los brazos de Morfeo; esta vez casi de inmediato lo recordó todo y eso la sobresaltó. Cuando intentó moverse, se encontró casi por completo inmobilizada, pero lo que más miedo le dio fue el dolor que sintió en un lado del pie derecho. Desesperada, intentó levantar la cabeza para tratar de determinar la causa del dolor, pero una especie de banda que pasaba por su frente no se lo permitió. De nuevo frunció el pie, el dolor fue tan intenso como la primera vez. Como un destello diabólico llegó a su mente aquel trozo de carne, hueso y sangre que horas antes Madison había recibido en una caja en su casa. Sin quererlo volvió a fruncir el pie y junto al dolor aparecieron las lágrimas que comenzaron a desbordarse sin control. Una vez más

intentó levantar la cabeza sin éxito.

“Dios, no. Por favor, no”, rogó mientras la imagen de la caja blanca no se apartaba de su mente e intentaba sentir todos los dedos de su pie, pero el dolor no se lo permitía del todo. Aunque la mordaza le presionaba fuertemente la boca pretendió gritar, pero todo quedaba en su garganta. No había manera de que alguien pudiera escuchar sus intentos de gritos. Movi6 las manos retorciéndolas tratando de zafarse, todo su cuerpo lo retorció luchando contra las bandas que las ataban, pero solo lograba lastimar su piel. Y ahora la parte del pie que le dolía también punzaba. *“Por favor, que no sea él”*, pidió para sus adentros que no fuera el hombre que tenía a la chica que Madison buscaba. *“Mad, ¿dónde estás? Ven por mí, por favor. Sálvame, mi amor. Sálvame”*.

Capítulo 11

6:48 pm

El corazón de Madison latía fuerte y rápido. Que de pronto el teléfono de Zoe hubiese sido localizado en su dirección no presagiaba nada bueno. Cada metro que avanzaban por las calles de Richmond parecía la distancia más larga del mundo. Andrew había activado la sirena de la patrulla y hundía el acelerador a fondo mientras salteaba el tráfico de la ciudad.

—Ya Benson debe estar allá —le comentó Andrew sin apartar la vista de la carretera.

Madison no dijo nada, en su mente solo había cabida para un pensamiento; que Ferguson no le hubiese dejado una caja. Ya lo conocía demasiado bien y el que se arriesgara a ir a su casa, porque no había otro modo que el teléfono de Zoe llegara ahí, no era para cualquier cosa. En el mejor de los panoramas, el forense solo buscaba atormentarla.

Finalmente entraron a la calle donde vivía Madison. De inmediato ambos detectives vieron las patrullas; no alcanzaron a determinar cuántos autos llenaban la calle porque no solo había patrullas. También un par de ambulancias y algunas furgonetas de la prensa. El show estaba por comenzar.

Andrew detuvo la patrulla lo más cerca que pudo de la casa, y eso fue casi a una cuadra de distancia. Madison descendió rápidamente y echó a correr aunque con cada paso sentía una punzada en el cuello que se extendía hacia sus hombros y bajaba por el centro de su espalda; Andrew la siguió de cerca. Saltearon las patrullas y antes que cualquier oficial pudiera hacer algo, Madison ya estaba en el camino de su casa. En ese momento Benson salía y la detective se frenó ante su imponente figura. Ella escudriñó de inmediato la mirada de su capitán.

—¿Señor? —lo cuestionó con un tono de ansiedad que no pudo ocultar.

Benson echó un vistazo a Andrew antes de volver su atención a la detective.

—Entra —le dijo simplemente.

Madison no lo dudó ni un segundo, entró a la casa casi apartando al capitán. En la sala había algunos oficiales que de inmediato la miraron sorprendidos. Los ojos marrones de la detective barrieron los muebles, entonces la vio. En la mesa de la cocina había una caja blanca. Una caja exactamente igual a la que recibió la mañana de ese mismo día con una segunda falange del dedo meñique de Kelsey Sander.

Los ojos de Madison se quedaron fijos en la caja, mientras el suelo bajo sus pies rugía como si mil terremotos lo azotaran amenazando con hundir sus cimientos. Amenazando con hundirla en el más oscuro y profundo de los abismos. Cada segundo era eterno y, al mismo tiempo, fugaz. Su respiración se detuvo y todo se hizo lento. Junto a la caja estaba el teléfono de Zoe. Ahí, en su casa se encontraba el teléfono de la pelirroja, pero no ella. No la mujer que amaba.

Madison no supo cuánto tiempo pasó hasta que finalmente dio un paso. A su alrededor no había nada excepto la caja blanca. La imagen de la falange y la sangre que la rodeaba lo llenaba todo. “Dios, no”, pidió para sus adentros. Nunca antes tuvo una buena relación con Dios, pero en ese momento tenía su corazón puesto en el cielo.

Cuando llegó hasta la mesa sentía las piernas débiles, pero su carácter la mantuvo firme. Tenía que ver lo que contenía la caja, así que levantó la mano, tomó la parte superior y la levantó. Lo que parecía ser un buen pedazo de algodón cubría algo. Madison dejó la tapa de la caja a un lado

y ahora levantó el algodón. Su corazón dio un vuelco cuando vio sangre. Fue capaz de respirar de nuevo al descubrir solo un pequeño mechón de cabello rojo sobre la mancha.

—¡Dios mío! —murmuró con alivio.

Sin embargo, había sangre. Ferguson, de alguna manera, había herido a Zoe; pero agradecía enormemente no encontrar una parte de su cuerpo. ¿A qué estaba jugando Ferguson?

A pesar de que Madison tenía toda su atención puesta en la caja y en el teléfono sobre la mesa, ella sabía que los presentes, Benson, Andrew y los oficiales, la observaban. Finalmente devolvió el algodón a su lugar, no soportaba seguir viendo la sangre que sabía bien era de la mujer que amaba y eso dolía como si tuviera un hierro ardiente quemándole la piel.

Madison se dio la vuelta para mirar a Benson.

—¿Qué hay en el teléfono? —le preguntó.

—Esperábamos por ti para verlo —le respondió.

Madison se lo agradeció con un asentimiento de cabeza que le dolió. Miró de nuevo el teléfono y luego la caja. Tal vez a eso jugaba el forense, poner un mechón de cabello en la caja para que pareciera... ¿benévolo?, para luego dejar algo cruento en el teléfono. El miedo volvió a asecharla con más saña, aun así, con decisión, tomó el teléfono.

—McHale, es evidencia —le señaló Benson porque no se puso guantes.

Madison bufó, ignorándolo. En primer lugar revisó el registro de llamadas; no había ni un solo registro de que se hubiese hecho o recibido alguna llamada. Con el ceño fruncido, la detective entró a continuación a la agenda del teléfono; también estaba vacío.

—Está en blanco —informó a nadie en específico.

Andrew y Benson se acercaron a ella.

—Tiene que haber algo —le dijo su compañero.

Madison entró en la galería de fotos; vacía. Fue en la galería de videos donde finalmente encontró un único archivo. De nuevo su corazón se aceleró, pero sin dudarlo, pulsó sobre el icono. De inmediato la reproducción del video se inició.

Madison vio aparecer los pies de Zoe en primer plano. Los vio atados y su corazón se oprimió más como si fuera posible. Una vez más contuvo la respiración sin ser consciente de que lo hacía. La cámara se movió subiendo, recorriendo la figura de Zoe. Madison prestaba atención tratando de ver algo más allá del cuerpo de la pelirroja en busca de sola pista que le indicara el lugar donde podrían hallarse, pero la cámara estaba bien enfocada.

En la reproducción no se escuchaba nada, únicamente una respiración que parecía ser de quien hacía la grabación. ¿Qué trataba de hacer Ferguson? En un primer instante, Madison pensó que el forense le hablaría, les haría alguna amenaza, pero hasta ese momento solo iba subiendo la cámara, abarcando el cuerpo de Zoe.

Finalmente la cámara llegó al rostro. Madison cerró los ojos unos segundos. Zoe parecía estar apaciblemente dormida. Estaba totalmente excluida de lo que pasaba a su alrededor; del peligro que la acechaba. Parecía que no estaba herida. De pronto unos dedos acariciaron los cabellos rojos y Madison creyó que desfallecería en ese mismo instante.

—*No supiste cuidarla, McHale* —finalmente se escuchó la voz de Ferguson en la grabación—. *No has sabido cuidar a ninguna de tus mujeres.*

Las palabras fueron acompañadas por una risita de burla. El vídeo terminó y la furia explotó en el pecho de Madison. Apretó el teléfono con rabia y levantó el brazo dispuesta a lanzarlo contra el suelo, pero Andrew la detuvo a tiempo. Como pudo se lo arrebató de la mano y se apartó rápidamente.

—¡Maldito! —gritó la detective aunque la garganta le dolió y enfrentó a Benson. Sus ojos destilaban furia—. Voy a encontrar a ese mal nacido y nadie va a detenerme —masculló entre dientes.

Era una amenaza y tanto Benson como Andrew sabían que sería cumplida.

—¡Señor! —un oficial llamó la atención del capitán.

—¿Sí?

—El alcalde acaba de llegar —le informó con nerviosismo—. Está hablando con la prensa.

—Ese idiota —murmuró el capitán—. Mantengan a la prensa alejada todo lo que puedan —le ordenó al oficial.

—Sí, señor.

El oficial salió de la casa de inmediato.

—¿Se puede ver algo más en el vídeo? —le preguntó Benson a Andrew.

—No, señor. Cuidó mucho la toma. Se enfocó solo en Zoe.

Madison permanecía en el mismo lugar, sus puños estaban fuertemente apretados y su mandíbula tan dura como el acero. La respuesta de su compañero de pronto activó algo en su interior.

—Déjame verlo de nuevo —le pidió estirando la mano para que le entregara el teléfono.

Andrew dudó en dárselo.

—Mad, es lo único que tenemos.

—Solo quiero verlo —insistió la detective y movió la mano instándolo a que se lo entregara.

Andrew echó un vistazo al capitán, pero la mirada del hombre le dijo que era su decisión. Finalmente, y con poco convencimiento, él le entregó de nuevo el teléfono a su compañera. Madison buscó el video y lo reprodujo. Las imágenes que había visto tan solo unos minutos antes volvieron a pasar frente a sus ojos. Con todos sus sentidos en alerta miró todo el video hasta que llegó a su fin.

—¿Por qué cuidar tanto la toma? —cuestionó más para sí misma que para los presentes. Levantó los ojos hacia su compañero—. Debe estar en un sitio que conocemos —concluyó con determinación. Sus instintos le hablaban y pocas veces se equivocaba—. ¡La tiene en un lugar que conocemos! —insistió con más seguridad—. O al menos uno que yo conozco.

—¿Dónde es ese lugar? —le cuestionó Benson.

Madison lo miró.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —respondió Madison.

En ese momento un pequeño bullicio en la puerta de la casa captó la atención de todos. El alcalde de Richmond entró con ímpetu evadiendo a los oficiales que intentaban detenerlo. Sus furiosos ojos azules se fijaron de inmediato en Madison.

—Tú... —la señaló apuntándola con el dedo—, ¡eres una asesina!

Capítulo 12

7:00 pm. Cinco horas secuestrada...

Harold Brady era un hombre alto, rubio, muy atractivo, pero sobre todo, uno de los alcaldes más honorables y respetados de la vida política de Richmond. Siempre y cuando nadie supiera de su pequeño desliz con Laura Perry, la madre biológica de Brooke Brady. En los ojos azules del alcalde no solo se reflejaba mucha rabia, también dolor. Y eso Madison podía entenderlo, después de todo había perdido a su hija trágicamente, pero que él la llamara asesina le removió los cimientos de su paciencia. Cuando intentó dar un paso hacia el hombre, Andrew la detuvo con firmeza.

—Tranquila —le pidió.

Benson, por su parte, se acercó al alcalde con tan solo dar dos pasos; un par de oficiales lo retenían también, impidiéndole avanzar más hacia la detective.

—Señor, será mejor que se calme —le dijo el capitán a Harold.

La aguda voz de Benson llamó la atención del alcalde, por lo que finalmente apartó los ojos de la detective para posarse en la alta figura del capitán.

—Ya lo he averiguado todo sobre su detective —le dijo frunciendo los labios con un gesto de rabia—. Siempre está fuera de las normas y usted le permitió ser la compañera de Brooke. Además se pelearon, ella golpeó a mi hija. Es por usted, capitán, y esa mujer, que mi hija está muerta.

Benson no se inmutó ante la actitud retadora del alcalde. Además, consideraba que la situación era ya demasiada delicada para responder de la misma manera, así que lo único que le interesaba era que los ánimos se calmaran y sacar al alcalde de ahí antes que Madison hiciera una de las suyas; ya podía verla golpeándolo y dejándolo tendido en el suelo, a pesar de su lesión.

—Señor, lamento la muerte de su hija —le dijo en voz baja—, pero no es el momento para hacer acusaciones. Hay una investigación en proceso.

—¡Investigación un demonio! —elevó la voz el alcalde y volvió su atención a Madison—. Ella le disparó a mi hija y usted se niega a declarar sobre lo que realmente pasó. Solo busca encubrirla. La prensa sabrá que están encubriendo a una asesina.

—¡Su hija trató de proteger a un asesino, idiota! —le respondió Madison sin poder contenerse más, pero tan rápido como habló, se arrepintió. Sintió un agujonazo en la garganta que casi la hizo llevarse una mano al cuello, se contuvo por puro orgullo.

—¡McHale!, silencio —le ordenó Benson de inmediato.

—No voy a callarme —dijo esta vez sin alzar mucho la voz y de nuevo intentó avanzar hacia el alcalde, pero Andrew logró detenerla—. Este imbécil viene a mi casa a lanzar acusaciones cuando no tiene ni una maldita idea.

—¡Voy a hacer que pagues por matar a mi hija! —el alcalde lanzó la amenaza intentando pasar de los oficiales, pero se encontró con Benson que también le cortó el paso.

—Será mejor que se retire, señor —insistió el capitán, esta vez con un tono de advertencia—. Salga por sus propios medios o la prensa tendrá un espectáculo cuando mis oficiales lo saquen a la fuerza.

—¿Cómo se atreve? —masculló el alcalde con los ojos aún más brillantes por la rabia que lo

colmaba.

—Ya me escuchó —le habló calmadamente el capitán—. Nos encontramos en medio de una investigación y usted está interfiriendo al hacer acusaciones sin fundamentos.

Harold Brady se deshizo del agarre de los oficiales y se acomodó el costoso traje que vestía. Se enfrentó por unos largos segundos a un duelo visual con el capitán.

—Su cabeza va a rodar —murmuró finalmente.

Benson respiró profundamente y asintió.

—Como usted quiera —le respondió simplemente sin abandonar la dureza de su mirada.

—Y la de ella —señaló con la cabeza a Madison— caerá después de la suya. La muerte de mi hija no quedará impune.

—Y yo me encargaré de que así sea —lo retó Benson—. La detective Brady comprometió una investigación y trató de encubrir a un asesino y secuestrador. La investigación será la que nos diga la verdad.

Harold bufó.

—Me imagino los resultados de su... —torció los labios con un gesto despectivo— investigación si es ella quien la lleva a cabo. Vaya montón de incompetentes.

La mandíbula de Benson se tensó y su mirada se hizo más dura como si fuera posible.

—Señor alcalde, será mejor que salga ahora mismo de aquí —insistió Benson con un tono de impaciencia que rayaba en la amenaza.

Una vez más Harold lo enfrentó con la mirada hasta que, finalmente, retrocedió y salió de la casa como un vendaval que lo azota todo.

—Vaya pedazo de mierda —masculló Madison finalmente llevándose una mano al cuello, pero solo se encontró con el collarín.

Benson miró a sus detectives.

—Va a usar a la prensa contra nosotros —les anunció—. Será mejor que encontremos algo cuanto antes. Mis jefes no van a soportar por mucho tiempo la presión y nuestras cabezas serán las primeras a caer.

—No necesito de una placa para encontrar a Zoe —acotó Madison sintiendo la rabia bullir en su interior por el panorama que tenía ante sí.

La prensa estaba enloquecida. El alcalde lanzaba acusaciones sin fundamentos y Ferguson continuaba siendo tan escurridizo como siempre.

—Señor —una vez más un oficial llamó la atención del capitán Benson—, será mejor que vea lo que pasa afuera.

Benson lo miró interrogante, pero sabía que se trataba del alcalde.

—¿Qué pasa? —le preguntó el capitán.

El oficial pareció intimidarse, pero señaló la tv que estaba en la sala.

—Lo están transmitiendo —le respondió y se apresuró a encenderlo—. Eso, señor.

Tanto el capitán como los detectives se acercaron a la sala sin apartar los ojos del tv. De inmediato en la pantalla apareció el alcalde.

—... *solo pido que haya una verdadera investigación. Están acusando a un exitoso forense de ser un asesino en serie...*

Benson cerró los ojos sin poder creer lo que escuchaba. El alcalde de Richmond estaba anunciando a la prensa todo lo que hasta ahora, tanto él como sus detectives y demás personas involucradas en la investigación de *El disecado*, se habían esforzado en mantener fuera de la luz pública. ¿Acaso había perdido la cabeza?

—... *Mi hija, la detective Brooke Brady, resultó muerta como ya todos saben. La circunstancias que rodean su muerte* —hizo una leve pausa para tragar saliva— *son realmente extrañas. Fue su propia compañera la que le disparó.*

En ese momento los periodistas enloquecieron y se abalanzaron hacia el alcalde acercándole los micrófonos y lanzando una pregunta tras otra. Fue Madison quien tomó el mando a distancia y le quitó el sonido al tv.

—Y ese es el alcalde de esta ciudad —murmuró con un tono de ironía.

El teléfono de Benson comenzó a sonar. Los detectives adivinaron quién llamaba al capitán solo por su gesto al mirar la pantalla del teléfono.

—Es el comisionado —anunció, aunque no era necesario.

Benson se alejó hacia el pasillo que daba a las habitaciones para tener un poco de privacidad. Madison y Andrew se quedaron en la sala.

—¿Cuál es el siguiente paso? —le preguntó el detective a su compañera.

—Necesito ver ese video de nuevo —le respondió al tiempo que volvía a manipular el teléfono de Zoe en busca del vídeo.

Por tercera vez ambos miraron atentos las imágenes que les había dejado el mismo Ferguson.

—No hay nada ahí, Mad.

—Al contrario, Andy. Hay mucho aquí —dijo sin apartar los ojos de la pantalla—. Tenemos que buscar en lugares que conocemos. Te lo digo en serio.

Andrew se quedó pensando un poco en la nueva teoría de su compañera.

—De acuerdo. ¿Iremos de nuevo con Susan? —le preguntó sin mucho convencimiento.

—No, Andrew. Ninguno de los dos conocemos la casa de Ferguson. Solo la sala.

—Así es —aceptó el detective.

—Tiene que ser un sitio donde hemos estado antes. En investigaciones, tal vez.

Ambos se quedaron pensando en las posibilidades.

—Son tantos, Mad —hizo una breve pausa—. ¿Los lugares más recientes? ¿La casa de Dana? —adivinó Andrew.

Los ojos de Madison se iluminaron.

—Esa es una buena idea. Es uno de los últimos sitios en los que pensaríamos en buscarlo. ¡Sí! Tenemos que volver allí... y a la casa de Sofia.

—¿Al restaurante?

—También.

De pronto la adrenalina rugía en las venas de Madison. Tenían una buena posibilidad al buscar a Ferguson en esos lugares. En ese instante Benson volvió a la sala.

—Detectives —su voz sonó muy tensa y el gesto en su rostro no auguraba nada bueno—, tenemos que dar una declaración sobre el caso de *El disecado*. Ahora resulta que somos responsables directos de todo esto por ocultar los detalles del caso.

—¿Señor? —cuestionó Andrew con un tono de preocupación.

—Y también debo anunciar el secuestro de Zoe.

Madison dio un paso adelante.

—Capitán, si todo se hace público, Ferguson puede perder el control. Y eso resultaría peligroso para Zoe.

—¿Por qué crees que Ferguson puede perder el control? —le preguntó Andrew.

—Por cruel que pueda sonar, los crímenes que ha cometido han tenido cierto anonimato. Todos, incluso los detectives que llevaban el caso hace años, mantuvieron un perfil bajo en su

investigación. Si Ferguson siente que todos lo saben, que todos lo conocen y lo buscan, puede ponerse nervioso —explicó.

Andrew asintió. Benson, por su parte, guardó silencio.

—Capitán, ¿pasa algo más? —le preguntó el detective al notar su silencio.

—McHale... —el capitán pronunció el nombre con cautela.

Madison cruzó una mirada con su compañero.

—¿Señor?

—También quieren que hagas una declaración a la prensa sobre lo que sucedió en la casa. Sobre la muerte de Brooke. Y tiene que ser de inmediato.

Capítulo 13

—¿Sabes que vas a decir? —le preguntó Andrew a su compañera mientras aguardaban para salir al frente de la sala de prensa del Departamento de Policías de Richmond.

En poco tiempo Madison se había aseado y cambiado de ropa en su casa, ahora llevaba el uniforme de la policía que en ese momento sentía que la ahogaba. Estaba incómoda con el collarín. Se sentía incómoda con la ropa, y por llevar el cabello bien peinado y por tener que dar su mejor imagen ante la prensa. Era el protocolo a seguir por la importante declaración que debía dar a la prensa y al público.

—No tengo nada que ocultar, así que sí —le respondió.

—Mantén la calma, sabes cómo es la prensa.

Madison lo miró de reojo, ambos mantenían una posición casi firme.

—¿Crees que voy a patear a alguien si hace una pregunta indebida?

—Es lo que temo —les respondió Andrew sin mirarla.

—Esa época ya pasó.

—Esa época nunca pasará.

Ella sonrió muy a su pesar. En ese instante un oficial les hizo señas para que pasaran al frente del escenario. Benson estaba a punto de anunciar la declaración que haría Madison. Ambos detectives caminaron al frente sin querer hacerlo realmente. De inmediato los flashes comenzaron a dispararse cegándolos un poco. Por suerte pudieron llegar al centro del escenario sin ningún inconveniente, se pararon a un lado de Benson, un paso más atrás. El capitán miró a Madison y esta asintió, entonces él volvió la vista al frente de nuevo. Y continuó hablando a la prensa.

—El alcalde de la ciudad ha hecho una acusación muy grave en contra de la detective a cargo del caso de *El disecado*. Ciertamente... —él hizo una breve pausa para escoger las palabras—, como padre, entiendo la difícil situación por la que atraviesa. Pero como capitán, también he perdido a un miembro de mi equipo —señaló con determinación—. Sin embargo, eso no debe hacerme perder la perspectiva. La muerte de la detective Brooke Brady es lamentable y está bajo investigación. Pero también como capitán debo ser garante de mantener el orden...

La mirada severa del capitán se paseó por algunas caras de los periodistas presentes. Su frente estaba perlada de sudor y su corazón palpitaba fuerte en su pecho, lo que iba a decir pondría en riesgo su puesto, pero debía proteger a sus detectives. Sobre todo a Madison.

—... Por eso le solicito al fiscal del estado que haga una acusación formal en contra de Harold Brady por obstrucción a una investigación en curso.

Apenas el capitán pronunció las últimas palabras, decenas de periodistas intentaron acercarse al escenario, pero una cadena de oficiales impidió el avance. La sala se llenó de gritos y los flashes parecían no parar.

Las palabras de Benson golpearon fuertemente a Madison que quiso cruzar una mirada con Andrew aunque le dolía el cuello, pero ambos se mantuvieron firmes mirando al frente. Benson esperó pacientemente a que el bullicio en el lugar cesara; pasaron un par de minutos hasta que finalmente hubo silencio. El capitán se mantuvo sereno y firme.

—El caso de *El disecado* está abierto, en plena investigación. Por primera vez, desde que este asesino cobró su primera víctima en el año dos mil trece, tenemos un sospechoso y eso es gracias

a la detective McHale. Los detalles que el alcalde le dio a la prensa sobre un caso abierto es una clara obstrucción a la investigación que se lleva a cabo —repitió con firmeza—. Por eso insto al fiscal del estado a hacer la acusación correspondiente.

De nuevo se elevaron las voces de los periodistas en la sala, pero una se alzó sobre todas las demás.

—Capitán Benson, ¿se está jugando su puesto por la detective McHale?

—No —respondió categóricamente—. Hago lo que compete a mi puesto como capitán. En este momento, un equipo de técnicos forenses se encuentra en la escena determinando la veracidad de la declaración de McHale sobre el hecho. Solo las evidencias —recalcó— pueden determinar si lo que declaró coincide con lo que sucedió. Aun así, la detective McHale está aquí para dar su declaración sobre los sucesos que desencadenaron en la muerte de su compañera, Brooke Brady.

—¡Que declare ya! —gritó alguien en la sala y otros periodistas secundaron la petición.

—McHale —llamó Benson finalmente a la detective.

Madison asintió levemente y se paró detrás del podio cuando el capitán se hizo a un lado. Los flashes la cegaron momentáneamente.

—Buenas noches —saludó con seriedad, mostrándose rígida por el cuello inmovilizado—. Soy la detective Madison McHale. Estoy a cargo de la investigación del caso de *El disecado*. Como ya saben, es un caso abierto, por lo que no estoy autorizada a dar detalles, pero el departamento me ha pedido hacer una declaración sobre la muerte de la detective Brady —hizo una pausa—. Y es lo que haré. Al terminar, responderé algunas preguntas...

Madison repitió frente a las decenas de periodistas que llenaban la sala lo que había declarado antes al capitán cuando se encontraban en el escondite de Ferguson. De vez en cuando un flash se disparaba y estaba muy consciente que algunas cámaras transmitían en vivo su declaración. La imagen de ella con el cuello inmovilizado seguramente sería explotada por los periodistas. Madison repitió los detalles de la muerte de Brady, recordándolo como si estuviese sucediendo en ese momento.

—... Como ya les informó el capitán Benson, la muerte de la detective Brooke Brady está bajo investigación —dijo dando por finalizada su declaración.

El breve silencio les indicó a los periodistas que Madison había terminado, de inmediato comenzó de nuevo la confusión mientras lanzaban preguntas sin ningún tipo de orden. Ella misma llamó a la calma.

—Responderé sus preguntas si mantienen el orden —les dijo y señaló a un hombre en la segunda fila de periodistas—. Comencemos contigo.

El hombre le agradeció con una sonrisa.

—¿Le disparó a su compañera con su arma de reglamento?

Madison maldijo para sus adentro. El silencio mantuvo la expectación. Todos los ojos estaban puestos en ella.

—No —respondió mirando al periodista—. Siempre llevo un arma de respaldo en una tobillera. Cuando sentí que comenzaba a ser ahorcada, por instinto solté mi arma de reglamento.

—¿Entregó esa arma de respaldo? —preguntó del nuevo el mismo hombre.

—Sí. La entregué hace unas horas a los técnicos forenses.

Madison señaló a alguien más en la sala.

—Gracias —le dijo la mujer que señaló—. Veo que está lesionada —señaló refiriéndose a su cuello inmovilizado—, lo que quiere decir que su vida estuvo en riesgo.

—Así es —respondió Madison.

—¿Le disparó a su compañera para salvar su propia vida?

—Le disparé a Patrick Ferguson, pero él empujó a la detective Brady para cubrirse. Y sí, intentaba salvar mi vida.

—¿Lamentó que las balas de su arma mataran a su compañera?

—Sí. Sin embargo, la detective Brady fue cómplice de un asesino y al intentar protegerlo, puso en riesgo no solo mi vida, también la de Kelsey Sander.

—¿Es cierto que horas antes se peleó con su compañera? ¿Con la detective Brady, quien ahora está muerta?

La mandíbula de Madison se tensó, recordó en ese instante cuando golpeó a Brooke cuando la encontró a la salida del trabajo de Zoe.

—Sí, pero eso nada tiene que ver con que le haya disparado. Mi vida estaba en riesgo y, como dije antes, también la de la joven secuestrada.

—¿Puede decirnos por qué fue la pelea?

—No fue realmente una pelea —intentó defenderse.

—Hay videos, usted le golpeó.

Ella respiró profundo tratando de no mostrar su incomodidad.

—Fue por un problema personal —respondió finalmente y señaló a otro periodista.

—¿Fue por una mujer? —le preguntó el hombre que señaló.

Madison estuvo a punto de rodar los ojos y se maldijo por escoger al periodista.

—Sí.

—¿Mató a su compañera por líos de falda?

La mirada de Madison fusiló al hombre.

—No —respondió y apuntó a una periodista esta vez.

La mujer le agradeció con un asentimiento de cabeza.

—Detective McHale, ¿fue usted quien rescató a Kelsey Sander?

Madison respiró profundo, encontró una tregua, pero pensar en Kelsey le hizo poner imágenes en su mente de Zoe siendo prisionera de Ferguson en un lugar oscuro, como lo estuvo ella.

—La investigación que realizamos nos condujo al escondite de *El disecado*. Los paramédicos me estaban atendiendo cuando me informaron que Kelsey se encontraba en una de las casas.

La periodista le sonrió frunciendo el ceño.

—Eso quiere decir que usted le rescató —razonó ella.

Madison se encogió de hombros.

—Tuve cierta participación, sí.

—¿Ha hablado con Kelsey después que la rescataron?

—Sí. La visité en el hospital.

Un periodista lanzó una pregunta antes que pudiera señalar a alguien más.

—La madre de Kelsey declaró que su novia fue secuestrada por *El disecado*, ¿es eso cierto?

Madison tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no girarse para mirar a Andrew que permanecía, junto a Benson, a poca distancia de ella. Maldijo para sus adentros, lo último que quería era hablar sobre Zoe, pero Benson dio un paso adelante rescatándola de tener que responder.

—La declaración de la detective ha terminado —anunció el capitán y los periodistas alzaron la voz en protesta.

Benson dirigió a Madison con la mirada hacia la salida del escenario. Ella no lo dudó, se puso en marcha seguida por Andrew.

—Benson se está jugando el cuello al hacer esa acusación contra el alcalde —le dijo él yendo a su paso cuando buscaron un lugar donde hablar tranquilamente, fuera del escenario y lejos de las miradas de los periodistas.

—Lo sé. Creo que no nos ha dicho todo sobre la situación con sus jefes.

—Está ganando tiempo —razonó Andrew.

—Es lo que creo, así que debemos ponernos en marcha cuanto antes. Tengo una buena sensación con esos lugares, Andy.

—Escondarse en la casa de las mujeres que Mike asesinó parece algo que Ferguson haría.

Madison asintió apretando los labios. Sentía su instinto casi gritarle haciendo que la rabia que ardía en su sangre se desbocara.

—No perdamos tiempo —le dijo.

Capítulo 14

8:00 pm. Seis horas secuestrada...

Ferguson contempló a Zoe sobre la camilla donde yacía; estaba todavía inconsciente. Él sonrió fascinado por los mecanismos de defensa del cuerpo humano, que era capaz de mantener en un profundo sueño, en la inconciencia, a una persona para no tener que enfrentar la realidad, los miedos que pudieran atenazar su alma. Alma como ella, como Zoe.

Él se acercó a la camilla contemplándola en detalle. Su ropa estaba arrugada; la falda que llevaba dejaba ver bastante de sus muslos, que se notaban firmes. La camisa tenía algunos botones fuera de los ojales por el forcejeo que mantuvieron cuando él intentaba meterla en el baúl del auto. Toda su piel se veía blanca, suave al tacto. Tal vez si él fuera otro se sentiría tentado a tocarla, a comprobar que esa piel era tan suave como presumía a simple vista. Pero no, él no era así. Ser tentado por algo tan banal no estaba en su naturaleza. Él prefería otras cosas, como la inocencia de una mirada. Como la inocencia que veía en las chicas que había asesinado en todos esos años; convertir esa inocencia en dolor era lo que lo elevaba, lo que lo hacía sentir vivo. Eso sí que lo tentaba, para eso era que vivía.

Y por Susan. “*Oh, Susan*”. Susan era el amor de su vida, la única mujer que mezclaba esa mirada inocente que tanto le gustaba con verdadero afecto. Él recordaba como si hubiese sido ayer la primera vez que la vio. Sus ojos tenían esa inocencia, pero además, amor. Ella lo miró con ternura esa primera vez y el hambre que siempre lo llevaba a matar, fue reemplazada por la necesidad imperante de cuidar a esa mujer que lo miraba como si no existiera nadie más en el mundo.

Ferguson cerró los ojos y levantó la cabeza como si mirara al techo, pero no lo hacía en realidad, él recordaba a Susan. A su amor. Un leve gemido lo hizo abrir los ojos y mirar hacia la camilla. Se encontró con Zoe. Estaban llenos de miedo y de inmediato se inundaron de lágrimas.

—Tranquila —le dijo con un susurro. Zoe cerró los ojos con fuerza y lloró—. Debes estar cansada y seguramente necesitas ir al baño, ¿cierto? —ella lo miró suplicante y asintió—. Bien. Haremos esto —le dijo mirándola a los ojos como para asegurarse de que ella lo entendía perfectamente—. Voy a soltarte. Voy a quitarte la mordaza, pero si gritas, tendremos problemas. Como podrás fijarte, he hecho algunos arreglos aquí —le dijo señalando el lugar.

Zoe miró todo lo que alcanzó, luego afirmó viendo que, en efecto, el sitio ahora parecía a prueba de ruidos. Ferguson asintió satisfecho y comenzó a soltar las bandas que la mantenían atada a la camilla. Cuando la liberó por completo, él la instó a levantarse. El miedo no abandonaba los ojos de Zoe cuando miró su pie derecho. No olvidaba el dolor que sintió ahí y su mayor miedo era que él la hubiese mutilado. Respiró un poco aliviada y Ferguson lo notó. Él rio por lo bajo.

—Le dejé un regalito a tu amante —le dijo—. Pero tranquila, no ha sido una parte de ti.

Zoe, a pesar de la situación en que se encontraba, sintió la angustia estallar en su pecho al pensar en que Ferguson, de algún modo, le hizo creer a Madison que la había lastimado. Quiso lanzarse contra él, golpearlo hasta quedar sin fuerza, pero sabía perfectamente que ella no era como Madison. No sabía pelear ni tenía las fuerzas suficientes para provocarle daño. Si intentaba

algo, él la dominaría sin ningún esfuerzo, así que tuvo que respirar para calmarse. Ella notó que Ferguson la miraba atento, como si la estudiara; como si de cierta manera estuviera esperando alguna reacción para disfrutar de su frustración. Pero si era así, ella no le daría ese placer.

Zoe se sentó en la camilla. Sentía el cuerpo entumecido y, efectivamente, en ese momento tenía una necesidad imperiosa de ir al baño.

—Debes portarte bien —le dijo Ferguson una vez más con un tono de advertencia.

Zoe volvió a asentir y él, poco a poco, le fue quitando la cinta de embalaje con que la mantenía amordazada. Ella sintió que podía respirar mejor cuando estuvo por completo liberada de la cinta. Se miraron a los ojos durante unos largos segundos hasta que él le sonrió y se apartó un poco para darle espacio.

—El baño está ahí —le dijo señalándole un rincón del lugar.

Zoe vio una especie de artilugio con cortinas y alambres, y detrás, un envase en la que se suponía ella haría sus necesidades. Ella no dijo nada, solo bajó de la camilla despacio. Cuando puso los pies en el suelo, sintió dolor en el derecho, pero resistió, decidió que no hablaría. Se esforzó por caminar lo más normal posible. Finalmente llegó a lo que se suponía era el baño y entró al pequeño espacio. Los ojos verdes miraron con furia contenida al forense antes que la cortina fuera corrida.

Ferguson sonrió. Aquella mujer era una fiera, tenía que reconocerlo. Estaba asustada, se notaba que quería hacer algo contra él, pero se contenía. Eso era admirable, no dejarse llevar por el miedo ni la rabia. Había que tener mucho carácter para dominarse de esa manera. Todas las chicas a las que él mató en algún momento le gritaron, intentaron golpearlo y hasta alguna vez una de ellas le lanzó sus heces. Pero Zoe no..., y eso le estaba resultando desafiante.

Sabiendo que tenía la situación bajo control, se dirigió a una caja que había a un lado, cerca de la camilla. Ahí guardaba suficientes provisiones para pasar mucho tiempo escondido. La mujer también tendría hambre, así que se hizo con un par de latas de atún y galletas. Lo dejó sobre la camilla y se dispuso a esperar.

Zoe no tardó mucho, solo necesitaba vaciar su vejiga. Cuando descorrió la cortina, vio a Ferguson sentado tranquilamente en la única silla que había en el lugar. Se miraron en la corta distancia; fue ella la que rompió el contacto visual para echar un vistazo a su alrededor.

—Si buscas algo con que golpearme, no vas a encontrar nada —le dijo él volviendo su atención a la lata de la que comía.

Zoe lo ignoró, continuó mirando el lugar. Mientras estaba tras la cortina, se revisó el pie que le dolía. Tenía un pequeño, pero profundo corte en la planta, cerca del dedo meñique. Supo que el regalo que él le dejó a Madison había sido su sangre, no encontró otra explicación. Cerró los ojos agradeciendo que no fuera un dedo u otra parte de su cuerpo. Así, con los ojos cerrados, pensó que apenas era capaz de sentir un atisbo del horror por el que pasaron las chicas que ese hombre había secuestrado y matado durante años en Richmond.

Zoe dio algunos pasos más, el lugar no era demasiado amplio, así que se encontraba a unos tres metros de Ferguson.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó ella finalmente.

Ferguson dejó de comer y la miró. Torció el gesto como si meditara su respuesta, luego sacó un poco de atún con el tenedor y se lo llevó a la boca con la misma tranquilidad que había mostrado antes.

—¿Te refieres a matar o a tenerte aquí?

Zoe le dedicó una mirada de pereza.

—Ambas.

Ferguson sonrió.

—Ya que estamos solos y es posible que pasemos mucho tiempo aquí, te lo diré —sacó otro bocado y lo comió—. No mato a esas chicas por simple placer, las libero —le mintió.

Zoe bufó sonoramente.

—Espero que eso que crees, alivie tu conciencia —le dijo con evidente sarcasmo.

Los ojos de Ferguson se entornaron, esas palabras parecían acusatorias y eso no le gustaba ni un poco. Se levantó de la silla olvidándose de la comida.

—¿Crees que vives en libertad sin conocer el dolor?

Zoe se asustó por el repentino brillo que vio en los ojos de su captor y el rojo que invadió su rostro en apenas unos segundos, pero mantuvo el temple lo mejor que pudo. No le demostraría miedo.

—Y tú, ¿conoces el dolor? —le rebatió con un tono altivo.

—Sí, lo conozco —le respondió él de inmediato—. El dolor libera.

—¿Entonces por qué no te liberas tú? ¿Por qué se lo provocas a ellas?

La mandíbula del forense se hizo de piedra. Las alas de su nariz se ampliaron y si antes sus ojos parecían brillar de rabia, ahora echaban fuego.

—¿Crees que no lo hago?! —gritó.

En tan solo un segundo la lata de atún y el tenedor cayeron al suelo. El ruido metálico hizo sobresaltar levemente a Zoe. De pronto se encontraba atenazada por el miedo, sentía que las piernas no le sostendrían e, increíblemente, continuaba haciéndole frente a Ferguson. Supo que de alguna manera había provocado la ira del hombre y seguramente ella pagaría las consecuencias... con su vida, pero se negó a retroceder como le pedía su instinto.

Ferguson se llevó ambas manos a la camisa y de un solo tirón, la abrió haciendo saltar los botones por cualquier lado. Como si le quemara la tela, se quitó la camisa y la lanzó al suelo. Su torso desnudo subía y bajaba rápidamente. Su respiración estaba agitada por la rabia que corría por sus venas, por su cuerpo entero.

—¿Crees que no lo hago?! —volvió a gritar.

Los ojos de Zoe recorrieron el torso de Ferguson, sus brazos, incluso sus hombros. Tenía decenas y decenas de marcas de cortes por toda su piel, pero la que más le impresionó, fue la que lo cruzaba desde la clavícula izquierda hasta el ombligo. La cicatriz era muy gruesa, lo que mostraba lo profunda que había sido la herida.

Capítulo 15

—Sé lo que es liberarse con el dolor —murmuró Ferguson con los dientes apretados, la cabeza algo baja y una mirada fiera, como los animales que cazan—. Sé lo que es sentir el dolor fluir con la sangre —su gesto duro de pronto se suavizó, cerró los ojos respirando profundamente como si en ese instante estuviese sintiendo un absoluto placer.

Zoe vio como la boca del hombre se torció con una macabra sonrisa y no tuvo dudas, se encontraba ante un monstruo. En ese momento, Ferguson, el hombre que Madison había estado buscando, mostraba su verdadera cara... Y Zoe era testigo del peor rostro que puede mostrar un ser humano. Ella se estremeció sin poder evitarlo; un escalofrío la recorrió por completo. Se vio de pronto en esas cuatro paredes, atrapada con un monstruo. Había una sola salida, ella miró hacia las escaleras, pero para llegar a ellas, tenía que enfrentarlo y derrotarlo; y sabía muy bien que no tendría una oportunidad si lo intentaba, así que solo le quedaba una opción. Madison.

Madison debía estar buscándola, estaba segura de eso y si todavía no había llegado por ella, era porque necesitaba tiempo para encontrarla. Zoe respiró con una calma que estaba lejos de sentir. Tiempo, ella intentaría darle tiempo a Madison. *“Pero por favor, Mad, ven”*, le rogó en silencio.

—¿Cómo sabes que ellas necesitan ser liberadas?

Ferguson abrió los ojos al escuchar la pregunta. Mantuvo la mirada en Zoe.

—Simplemente lo sé —le respondió.

—¿Cómo? —insistió.

La sonrisa se borró del rostro de Ferguson y movió la cabeza como desechando la pregunta.

—También debes tener hambre —le dijo en cambio—. Y no creas que no sé lo que haces. Sé que estás esperando a que la idiota de McHale derrumbe esa puerta y te rescate —él río—. ¿Sabes que estás aquí por su culpa?

Zoe estuvo a punto de responder, pero si él no iba a caer en su juego, ella tampoco en el suyo.

—Eran chicas muy jóvenes, ¿cierto? —dijo Zoe finalmente dando un paso. Intentaba no parecer nerviosa—. ¿Cuánta ventaja tenían al enfrentarse contigo?

—Las mismas que tú —le respondió el forense.

—Ninguna —dedujo ella.

—Exacto.

Zoe asintió.

—Vaya manera de liberar —murmuró ella y los ojos de Ferguson volvieron a brillar. Estaba jugando con fuego y esperaba no quemarse—. ¿Y por qué solo elegiste chicas? No lo sé, me pregunto si tal vez con un chico..., un hombre, tendrías tú tanta ventaja.

En cuanto dijo esas palabras, Zoe se arrepintió. Se había quemado con el fuego. Con los ojos llenos de ira, Ferguson se acercó a ella. La alcanzó en lo que pareció un segundo, ella apenas pudo reaccionar cuando sintió el dolor en sus brazos cuando él la apresó y la arrastró hacia la camilla, la empujó tan fuerte que perdió todo el aire. Se sintió desvanecer un poco, pero luchó por mantenerse consciente.

—Intentaba ser amable —gruñó Ferguson—, pero ya veo que eres igual que tu novia. No puedes mantener la boca cerrada.

Zoe escuchó algo rasgarse y, en segundos, una cinta volvió a aprisionar su boca. Después fue sujeta fuertemente por una muñeca y terminó con ambas manos atadas en frente. Cuando Ferguson se alejó de ella, ambos respiraban agitadamente, pero los ojos y el rostro de Zoe estaban bañados en lágrimas.

—¡Ella es la culpable! —exclamó Ferguson—. ¡Estás aquí por su culpa!, así que no intentes manipularme —le dijo con un tono de advertencia mientras la apuntaba con el dedo índice—. Ella me quitó a Susan. Sí, por ella fue que Susan dejó de quererme, lo sé. Y ahora, ella sabrá lo que es perder a alguien que quiere —terminó diciendo con un tono más sosegado, pero amenazante.

Ferguson mantenía los ojos en el rostro aterrorizado de Zoe, luego retrocedió sonriendo. Ella lo vio agacharse a recoger la lata de la que antes estuvo comiendo. También levantó el tenedor, luego buscó una servilleta y limpió el atún derramado por el suelo. Poco a poco ella se fue incorporando sobre la camilla, no supo qué más hacer, de nuevo se encontraba amordazada y ahora tenía las manos atadas. Vio la comida que había sobre la camilla. Cuando volvió los ojos a Ferguson, él estaba mirándola.

—Estoy seguro de que la amas —le dijo volviendo a sentarse en la silla que antes ocupó—. Es lo que ella hace, enamora a las mujeres, se las lleva a la cama y luego desaparece. Es lo que hizo a Mike intentar darle una lección, ¿sabes? —él pareció esperar una respuesta, pero Zoe no dijo nada—. ¡¿Lo sabes?! —gritó haciéndola sobresaltar. Ella asintió con algo de resistencia y él sonrió satisfecho—. Sí, sé que lo sabes. Mike y yo hablamos sobre ello. Pasamos muchas horas hablando sobre ella y de la manera tan... despreciable en que se comportaba. Una mujer seduciendo mujeres, vaya locura —murmuró con algo de sorna.

Ferguson recordó en ese momento cuando conoció a Mike. Como siempre, el destino había movido los hilos a su favor. Él se encontraba en el hospital, le habían solicitado examinar un cadáver expuesto a un agente químico poco usual. Cuando entró en el ascensor para bajar a la planta de la morgue, se topó con Mike. Iba en silla de ruedas, Mariah lo acompañaba. Él, por supuesto, no tenía idea de que Madison tuviera un hermano; pero hizo la conexión porque el parecido entre ellos era notable. Sin embargo, eso no fue lo que lo impresionó al ver al inválido. Lo que captó su atención fue la mirada enigmática de Mike; sus ojos encerraban algo siniestro que él solo había visto en los suyos cuando se miraba en el espejo. Entonces Ferguson lo supo, ante sí tenía a alguien como él... y no se equivocó. Ese encuentro fue el inicio de todo. Le costó acercarse a él, tuvo que llenarse de paciencia para planear los encuentros en el hospital; averiguó cuándo Mike debía chequearse después de la última operación que le hicieron en la columna. Poco a poco fue ganando su confianza hasta que finalmente pudieron hablar de Madison y él pudo comenzar la manipulación que guio a Mike a su venganza.

—Él lo comprendió todo. Fui yo quien le hizo ver que fue McHale la responsable de que Jazmín muriera, pobre tonto. Yo tuve que mostrarle todo. Él quería a su hermana, pero cuando yo le abrí los ojos, supo lo que tenía que hacer.

Zoe no daba crédito a lo que escuchaba. Después que Mike murió, Madison le contó todo lo que había hecho su hermano. Mató a tres de sus ex amantes y a Mariah en una cruzada por hacerla pagar por la muerte de Jazmín. Todavía Madison se preguntaba de dónde su hermano había sacado la idea de culparla por la muerte de su novia y ahora, inesperadamente, ella obtenía la respuesta. ¿Cómo demonios se había tejido tal locura? ¿De verdad Mike se dejó manipular por este hombre a tal grado de asesinar por vengarse de su hermana? ¿Ferguson utilizó a Mike para vengarse por, supuestamente, perder a su esposa? ¿Toda esta locura era por una mujer? ¿Ella estaba ahí, una vez más, en manos de un asesino porque ese loco creía que Madison le había quitado a su esposa? Las

lágrimas se derramaban sin cesar por el rostro de Zoe. “*Esto es una locura. Es una locura*”, pensaba mientras negaba con la cabeza y lloraba.

La risa de Ferguson llenó el lugar.

—Te das cuenta, ¿cierto? —le dijo él—. Te das cuenta que McHale es la culpable de todo, ¿no? Por eso lloras —él hizo una larga pausa mientras oía los sollozos de Zoe—. También vi a Mike llorar muchas veces. Tuve que consolarlo cuando Mariah no estaba con nosotros. Era una pesadilla, pero el maldito imbécil era perfecto para mis planes, así que tenía que actuar como un amigo. Pobre idiota —murmuró al final.

“*No. Él quiere que veas las cosas a su manera. Mad no tiene nada que ver con que él me tenga aquí. Solo él es el culpable*”. De pronto Zoe se sintió muy cansada, así que se quedó sentada, dejando sus lágrimas brotar, mientras decenas de pensamientos cruzaban por su mente. Las palabras de Ferguson mezclándose con lo que le contó Madison sobre la muerte de Mike y todo lo que condujo a ello. Las palabras de su captor mezclándose con todo lo que había escuchado de Madison. Definitivamente a ella la precedía una reputación, no solo como detective, también como amante de muchas mujeres. Y eso había sido la causa de la furia de dos hombres. El primero, Mike, su hermano, quien intentó utilizarla para vengarse de Madison en su última cruzada. Y ahora, el segundo; este hombre que tenía enfrente, *El disecado*, como todo los conocían. Y él también la utilizaba para su venganza. ¿Sería siempre así? ¿Todo aquel que tuviera algo en contra de Madison intentaría utilizarla para vengarse de ella? ¿Era la vida que le esperaba si continuaba a su lado? ¿Era de verdad Madison la culpable de que ella estuviese ahí, en manos de otro asesino?

—No debes pensar demasiado en ello —le dijo Ferguson de pronto, como si leyera sus pensamientos—. Te lo digo porque alguna vez yo también dudé, pero ella me quitó a Susan y hoy, también a la otra mujer que me ha amado de verdad. A Brooke —pronunció el nombre con solemnidad—. Ella la mató.

Brooke. El nombre resonó en la mente de Zoe como un eco perdido en una caverna. “*¿Brooke está muerta?*”, se preguntó. “*¿Cómo es que Mad...?*”, no fue capaz de culminar su pensamiento. Solo sollozó más fuerte, llamando la atención de Ferguson, exigiendo con sus ojos una respuesta. Él la miró sonriendo con un gesto irónico y asintió.

—Como lo oyes, McHale mató a mi hermanita. Ella mató a mi Brooke —gruñó con los dientes apretados por la rabia.

¿Qué había pasado? ¿Qué locura era todo aquello? ¿Era cierto, Madison había matado a Brooke? ¿Por qué? Zoe solo pudo negar con la cabeza, mientras más lágrimas se asomaban a sus ojos y seguían el húmedo camino hacia sus mejillas. ¿Cómo pudo Madison matar a su compañera?

Todas esas interrogantes rebotaban en cada resquicio de la mente de Zoe. Cada pregunta estaba salpicada de oscuridad, de dudas. Todo a su alrededor comenzó a dar vueltas, y el aire a faltarle.

—Oye, cálmate —le dijo Ferguson desde la silla. Pero no había aire, Zoe lo miró aterrada. Él se levantó y fue hacia ella—. Respira, respira.

Pero ella apenas pudo oírlo cuando la oscuridad la absorbió una vez más.

Capítulo 16

—Respira —Ferguson levantó la cabeza de Zoe y le quitó la cinta que le amordazaba la boca para que pudiera respirar mejor. Ella apenas lograba mantener los ojos abiertos, así que él la golpeó ligeramente en las mejillas para hacerla volver en sí—. Respira —insistió.

Ya sin la cinta alrededor de su boca, Zoe fue capaz de aspirar más aire y poco a poco fue volviendo en sí. Sintió una enormes manos envolverle el rostro, secádoselo, apartándole los cabellos del rostro. Ella por puro instinto removió la cabeza entre las manos y logró apartarlas. Finalmente cuando volvió en sí por completo, vio a su captor cerca de ella. Él la miraba con el entrecejo fruncido, como si le hubiese sorprendido que ella intentara alejarlo.

—No vuelvas a tocarme —masculló ella esta vez con los dientes apretados.

Él sonrió por la fiereza que aún mostraba la pelirroja.

—Estuviste a punto de desmayarte.

—¡No vuelas a tocarme!

Ferguson volvió a sonreír y levantó las manos con un gesto de rendición y retrocedió.

—Vaya fiera resultaste. Manipuladora y fiera, vaya combinación —dijo volviendo a sentarse tranquilamente en la silla. Se había quedado sin camisa y su torso lleno de cicatrices le daba un aire más macabro de lo que ya era al ser un asesino en serie—. ¿Qué te alteró?

—¿Qué le pasó a... Brooke? —quiso saber Zoe.

—Ya lo escuchaste.

—No, cuéntamelo —exigió.

Para él aquello era muy diferente a lo que estaba acostumbrado. No solía hablar con las chicas que elegía, pero con la pelirroja era extrañamente diferente. Con ella sentía la necesidad de hablar, de hacerle saber sus motivos. Se preguntó porqué era así, sin embargo, no se detuvo a meditarlo demasiado.

—McHale le disparó —dijo con un tono sereno, pero doloroso.

—¿Por qué?

—Porque ella me lo arrebató todo.

—Eso no es cierto.

—¿Eso crees?

—Sí, eso creo.

Ferguson asintió apartando los ojos de Zoe. Miró a un lado y fijó la vista en las escaleras.

—No tienes idea de cuánto daño ha hecho McHale.

—¿Qué pasó con Brooke? ¿Cómo es que era tu hermana?

—Brooke era mi hermana, ella intentó protegerme, pero McHale la mató.

—No te creo.

—¡Ella lo hizo! Brooke está muerta y McHale pagará por todo lo que me ha hecho.

Zoe vio locura en los ojos del hombre que tenía enfrente. Se dio cuenta que nada valdría; nunca lo convencería de que Madison no le había arrebatado nada, que no tenía que vengarse. Ningún argumento serviría para que la dejara ir. Y tal vez por eso ella terminaría como todas esas jóvenes que habían sido asesinadas, en un basurero, en algún lugar apartado. Ese pensamiento le llenó el corazón del más profundo miedo.

—¿Cómo fue? ¿Puedes decírmelo? —insistió en saber. Cada segundo, cada minuto que lo mantuviera hablando, distraído, era una oportunidad para que Madison la encontrara.

—McHale dio con el lugar donde me refugiaba. Debo reconocer que esa maldita después de todo es muy inteligente —él negó con la cabeza—. Nadie había hecho la conexión. La maldita sabe hacer su trabajo —hizo una pausa recordando todos los eventos que terminaron con la muerte de su medio hermana—. En fin, Brooke intentó protegerme, ya la teníamos casi acabada, pero la maldita parece que tiene más vidas que un gato. De la nada sacó un arma y le disparó. Mi hermana se interpuso para protegerme. Ella dio su vida por mí.

Ferguson cerró los ojos recordando cuando, en aquel momento, captó el movimiento de Madison que colgaba a unos metros del suelo. La vio sacar un arma de alguna tobillera que llevaba oculta. Cuando vio el cañón del arma apuntándole, su instinto lo hizo reaccionar. Sus manos empujaron a Brooke y su cuerpo terminó recibiendo las balas que iban dirigidas a él. A pesar de que era Brooke quien tenía un arma en su mano, Madison le había apuntado a él. Supuso después que la detective pensó que al acabar con él, Brooke dejaría de verla como al enemigo. El negó con la cabeza cuando abrió los ojos. Madison era muy inteligente, vaya si lo era. Y por eso, en el fondo sabía que ella llegaría hasta él, incluso estando escondido en el último lugar que alguien pudiera imaginar. La cuestión era que él esperaba ganar la guerra que había surgido entre ellos dos. Él acabaría con la detective y continuaría liberando a las almas que él eligiera. Ese era su destino, su necesidad y nadie lo detendría. Sonrió al pensar en ello.

—Madison no la mataría sin un motivo —alegó Zoe.

—Su único motivo es arrebatarme todo —repitió como un autómata.

Por un largo momento el lugar quedó en silencio. Ferguson se mantenía con la mirada fija en el suelo, mientras Zoe imaginaba a Brooke bañada en sangre y a Madison, a sus pies, con su arma aún en la mano después de dispararle. ¿Qué estaba pasando? ¿Todo eso era real? Las preguntas continuaban surgiendo sin respuestas. “*Tiempo, Mad solo necesita tiempo*”, se dijo una vez más. Finalmente ella volvió a fijar los ojos en él, en la cicatriz que cruzaba su torso.

—¿Cómo...? ¿Cómo te hiciste eso? —se atrevió a preguntarle.

Ferguson la miró con el entrecejo fruncido. Ella recorrió con la mirada la enorme cicatriz, entonces él entendió su cuestionamiento.

—Es el último recuerdo que me dejó mi padre.

Zoe imaginó a un hombre alto y robusto causándole daño al monstruo que tenía ante ella.

—¿Él... las hizo todas?

Ferguson negó con la cabeza.

—No. Solo estas —respondió abarcando con la mano todo su torso—. Las de los brazos me las hice yo.

Zoe se sorprendió ante la revelación. Sin poder evitarlo, observó en detalle los brazos del forense. Parecía que no había un lugar donde no hubiese la marca de un corte. Incluso algunas parecían recientes.

—¿Por qué? —la pregunta salió sin que ella pensara demasiado en hacerla. ¿De verdad quería saberlo?

Un largo silencio siguió a la interrogante. Zoe pensó que no obtendría una respuesta cuando la voz de Ferguson volvió a escucharse.

—Mi padre era carnicero —dijo con un tono nostálgico—. Alguna vez me dijo que su padre le había enseñado el oficio, pero cuando lo veía matar a los animales, me daba cuenta que no lo hacía porque fuera su oficio, sino porque él lo disfrutaba. Creo que se excitaba al oír los

chillidos. Al igual que le gustaba golpear a mi madre para escucharla llorar —él hizo otra larga pausa—. Él solía hacerme ver la matanza. Cuando los animales chillaban de dolor, él me decía que ellos no sufrían, que los estaba liberando al derramar su sangre.

Ante los ojos de Zoe pasaban imágenes de ese hombre viviendo en medio de una película de terror. Solo que la película no era ficción, había sido su realidad de niño. Y ahora, en ese lugar él la hacía la suya también. Ferguson continuó con su relato.

—Cuando él enfermó y tuvieron que cortarle una pierna. Comenzó a decir que era el castigo que sufría porque nadie supo liberarlo. Así que decidí iniciar con nosotros. Él nos liberaría de las barbaries de este mundo. Y como mi padre solo sabía... cortar —susurró—, eso hizo. Por mucho tiempo veía como la sangre de mi madre y mi hermana se derramaba. La mía propia la vi salir de mi carne —él hizo una larga pausa esta vez, pero luego siguió—. Algunas veces ellas no lo soportaban, entonces él las golpeaba hasta que quedaban inconscientes. La última vez que mi madre perdió el sentido, yo tomé una decisión. Yo la liberaría. Y así lo hice.

El lugar lo absorbió el silencio. Ni siquiera los ruidos de los insectos nocturnos se oían en ese lugar. A pesar de la historia de horror que Zoe escuchaba, prefirió eso al silencio.

—¿Cómo? —le preguntó finalmente.

Ferguson miró al techo.

—La última vez que quedó inconsciente, me acerqué a ella —ahora miró a Zoe con los ojos vacíos de emoción, de vida—. Mi cuchillo le atravesó el corazón. Ella ni siquiera lo supo. Yo simplemente la liberé.

Zoe se estremeció al escuchar esas palabras. “*Dios mío, trae a Mad aquí. Tráela*”, imploró a quien pudiera oírla en el cielo. “*Tiempo, debo darle tiempo*”, repitió como si fuera un mantra.

—Creo... —su garganta estaba seca por el miedo que le atenazaba el cuerpo, así que tuvo que tragar varias veces para poder hablar—. Creo que hiciste lo correcto.

Ferguson la miró de soslayo, luego soltó una risa irónica.

—Eres lista. Sé lo que haces, pero tu noviecita no va a encontrarte. No aquí. Y si lo logra, será tarde.

De nuevo Zoe tragó saliva.

—¿También liberaste a tu hermana?

—Sí. Una noche ella intentó irse, quería huir de papá. Yo no quería quedarme solo con él, así que la detuve. Ella fue a la primera persona que desmembré. Fue con ella que descubrí que papá tenía razón, que era la forma de liberar. De esa manera se liberaban a los animales del dolor. Se puede hacer lo mismo con las personas.

“*Maldito loco*”, masculló Zoe para sus adentros. Ya su mente comenzaba a debilitarse, ella tenía un objetivo, darle tiempo a Madison; mientras Ferguson hablara, no le haría daño. Al menos eso esperaba, pero al escuchar sus palabras, al conocer el horror que vivió junto a su familia, provocaba que su mente se fuera hundiendo en decenas de pensamientos oscuros. Ya no quería pensar en ello, pero tenía que seguir.

—¿Y... tu padre? ¿Qué pasó con él?

Una vez más Ferguson sonrió, pero esta vez el gesto fue acompañado por el brillo de sus ojos. Un brillo que no hablaba de otra cosa que de locura. De maldad.

—A él también lo liberé —respondió sin dejar de sonreír—. Y lo hice lentamente. Muy lentamente. Le enseñé porqué chillaban los cerdos.

Capítulo 17

8:47 pm.

Madison caminó apresuradamente, seguida por su compañero, hacia la sala de conferencia donde tenían todo sobre *El disecado*. Ella sentía el cuello punzar, por mucho que trataba de mantenerlo erguido e inmóvil, siempre hacía movimientos que la lastimaban. Una vez más se llevó la mano al cuello y se encontró con el collarín. La tensión que sentía también le afectaba la lesión.

—Los equipos esperan por nosotros —le informó Andrew a medida que avanzaban por los pasillos—. En cuanto estemos listos, saldremos.

—¿Las casas están bajo vigilancia? —le preguntó ella.

—Sí.

Tras deducir que Ferguson podría estar oculto en casa de alguna de las víctimas de Mike, el mismo capitán Benson había organizado dos equipos para vigilar y luego registrar las propiedades de Dana Peterson y Sofía Adams, descartando la de Patricia Hannover porque su esposo continuaba habitando la casa. Hasta ese momento, y aunque llevaban poco tiempo vigilando las propiedades, los informes indicaban que no había ningún tipo de actividad que indicara que alguien se escondía en aquellos lugares. Sin embargo, sabían que Ferguson era astuto y que no cometería errores, donde sea que se escondiera, permanecería sin levantar sospechas, así que los equipos estaban casi listos para registrar las propiedades.

El área donde se encontraba la oficina de Benson estaba atestada de hombres y mujeres del equipo táctico. Todos iban equipados con chalecos antibalas, cascos y armas largas. Todos miraron a los detectives pasar de largo hacia la sala de conferencia. Benson no tardaría en unirles y todo se pondría en marcha.

A Madison le pareció que había pasado un siglo desde que estuvo en esa sala. En ese tiempo, confirmaron la identidad de *El disecado*, Brooke había muerto y Zoe fue secuestrada por el asesino que tanto buscaban. Era la locura definida de una manera muy distinta... y aterradora.

Afuera se oyó la voz de Benson dando órdenes, el silencio reinó y en pocos segundos el capitán apareció en la sala. Su frente estaba perlada de sudor, su mandíbula se notaba fuertemente apretada y sus ojos mostraban una mirada dura.

—Tenemos poco tiempo —les anunció a sus detectives—. El FBI nos hará a un lado si no logramos nada con esto. Mi cuello está sangrando, pero creo que los jefes no harán ningún movimiento después de la acusación que hice contra el alcalde. El fiscal quiere mi cabeza. Todos quieren mi cabeza y la de ustedes. Encuéntralo ya.

—¡Sí, señor! —dijeron al unísono Madison y Andrew, y se pusieron en marcha.

Benson se hizo a un lado cuando los detectives pasaron a su lado. Respiró profundo esperando que una vez más Madison tuviera razón. Desde la puerta de la sala vio a todo el equipo salir dispuesto a encontrar a *El disecado*.

—Hazlo McHale —le pidió entre dientes aunque ella no podía oírlo—. Encuéntralo.

En la calle donde quedaba la casa de Dana Peterson, la primera víctima de Mike McHale,

estaban estacionados un par de autos de modelos y colores distintos para no levantar sospechas. En cada auto había un par de miembros del equipo táctico de la policía de Richmond. Ahora, en la esquina más cercana a la casa, se detenía una camioneta; en la parte trasera se encontraban Madison y Andrew, acompañados por otros cuatro miembros del equipo, a parte del conductor y el copiloto.

—No hay movimientos —les informó quien acompañaba al conductor en la parte delantera—. Los planos de la casa indican que hay dos habitaciones y un sótano pequeño debajo de la cochera —explicó sin apartar la vista del plano que tenía entre las manos.

Madison asintió como pudo, conocía relativamente bien la propiedad de Dana, varios de sus encuentros fueron allí.

—Bien, es vital que lleguemos al sótano tan pronto accedamos a la casa —indicó Madison—. Hagamos esto rápido.

Andrew y el resto del equipo asintieron.

—En cuanto lo ordene, cortarán la electricidad —volvió a informar el mismo hombre.

—De acuerdo, vamos —ordenó.

La puerta trasera de la camioneta se abrió y todos descendieron. Madison mantuvo la mirada en el copiloto, levantó la mano derecha abierta y comenzó a bajar los dedos en una cuenta regresiva. En cuanto llegó a cero, el hombre dio la orden por la radio y segundos después todas las calles alrededor quedaron a oscuras. Rápidamente los detectives y el resto del equipo bajaron los lentes de visión nocturna de los cascos, levantaron sus armas y se movieron a paso rápido y sincronizado por la calle hacia la casa que mantenían bajo vigilancia.

Los cuatro miembros del equipo táctico tomaron la delantera, Madison y Andrew los siguieron de cerca.

—Mad, es mejor que te mantengas atrás. Si hay que actuar, puedes hacerte daño —le dijo Andrew en voz muy baja mientras avanzaba junto a ella.

Madison maldijo para sus adentros. El cuello la estaba martirizando y que su compañero se preocupara por ella no la ayudaba a mantener la concentración.

—Estoy bien —le dijo con los dientes apretados sintiendo dolor e incomodidad a la misma medida.

Andrew solo respiró fuertemente a su lado, de igual modo se apresuró a ir, al menos, a dos pasos delante de ella.

En poco tiempo ya habían cruzado la cerca de la casa de Dana. Todos mantenían los ojos puestos en las ventanas para captar cualquier movimiento. El corazón de Madison latía fuertemente en su pecho mientras avanzaba. Todos sus sentidos estaban alerta, a la espera de ver aparecer de la nada a Ferguson.

En cuanto pasaron la cerca, dos de los miembros del equipo se apartaron del grupo; uno se dirigió hacia el lado derecho de la casa, mientras que el otro fue por la izquierda. Unos de los tres restantes se adelantó a acercarse a la puerta principal, sacó de la nada una palanca y forzó casi sin hacer ruidos la cerradura. En segundos la puerta se abrió y los pasos de los hombres llenaron el lugar, se dirigieron rápidamente hacia la puerta del sótano.

Como si fuera posible, los latidos del corazón de Madison se aceleraron. De pronto se sintió mareada, pero se concentró en respirar y en mantener justo detrás del último hombre del equipo. Ella también se dirigió hacia la puerta del sótano; mientras, vio de soslayo a Andrew moverse a las habitaciones. El líder del equipo se detuvo junto a la puerta del sótano y levantó la mano contando de nuevo con los dedos para llevar a cabo el asalto. En cuanto acabó el conteo, este

pateó la puerta que chocó contra la pared y rápidamente los hombres entraron.

—¡Policía de Richmond!

Solo el silencio respondió mientras hacían una rápida inspección.

—¡Despejado!

En cuanto Madison oyó el anuncio se apresuró a ir al encuentro de Andrew. Apenas se dirigía al pasillo cuando su compañero apareció.

—No hay nadie —le anunció.

—¡Maldición! —masculló Madison—. Que devuelvan la electricidad —ordenó.

Alguien del equipo táctico transmitió la orden y no pasó demasiado tiempo cuando afuera las calles volvieron iluminarse.

—Vamos al siguiente punto —ordenó Andrew.

Madison fue la primera en ponerse en marcha.

La misma operación se llevaría a cabo en la casa y la cafetería que fue de Sofia Adams. A pesar de que los informes indicaban lo mismo que en la propiedad de Dana, el instinto le decía a Madison que estaba cerca.

—¿Estás bien? —le preguntó Andrew cuando ya se encontraban cerca de la cafetería de Sofia—. Me refiero, por el lugar.

Ella asintió y luego miró alrededor, echándole un vistazo al resto de los hombres que los acompañaban, no se sentía cómoda respondiendo esa pregunta delante de ellos. No, no se sentía bien, pero no se debía a los recuerdos que podría traerle aquel lugar. Zoe continuaba en manos de Ferguson y, aunque creía que tenía unas buenas pistas, su mayor miedo era que estuviera equivocada. Que no le alcanzara el tiempo para llegar a Zoe. El solo pensarlo le quitaba la respiración.

—Sí —respondió finalmente, aunque sabía perfectamente que Andrew la conocía demasiado bien para saber que mentía.

Minutos después la camioneta volvió a detenerse en una calle lateral. Todos sabían que en el auto estacionado frente a la cafetería había dos patrulleros vigilando el lugar y los mantenían informados. Una vez más descendieron de la camioneta, se dio la orden de cortar la electricidad y el equipo se movió hacia la cafetería. De nuevo no hubo nada.

El miedo comenzaba a hacer estragos en la mente de Madison. El miedo y las imágenes de las chicas que Ferguson había asesinado.

—Pongámonos en marcha —ordenó otra vez Andrew.

Quedaba un lugar, la casa de Sofia. El corazón de Madison ahora palpitaba trabajosamente mientras se dirigía de vuelta a la camioneta.

—¿Y si estoy equivocada? —dijo manteniendo los ojos al frente, sin poder mirar a su compañero que caminaba a su lado.

—Nunca te has equivocado —le respondió Andrew.

Él también estaba nervioso, Madison pudo notarlo por el tono de su voz. Entonces ella no pudo dar un paso más, simplemente se detuvo. En cuanto Andrew lo notó, se dio la vuelta y volvió a ella. Se acercó y la abrazó. Madison solo se dejó envolver por los fuertes brazos y ella también lo rodeó con los suyos. Quería llorar, pero no podía permitírselo. No podía derrumbarse, eso dejaría a Zoe en la nada.

Dos de los miembros del equipo táctico pasaron junto a ellos, ignorándolos por completo. Simplemente siguieron hasta la camioneta y allí se dispusieron a esperarlos sin mirar la escena.

—Creo que estoy en lo cierto —le dijo Madison sin soltarse, necesitaba la fuerza de su amigo—. Algo me lo dice.

—Entonces así es —Andrew terminó el abrazo, miró a los ojos a su amiga y asintió—. Ahora mueve tu trasero —le guiñó un ojo, se dio la vuelta y siguió el camino hacia la camioneta.

Madison respiró profundo mientras veía la espalda de Andrew alejarse. Los ojos de Zoe y su sonrisa se dibujaron ante sí como el más real de los espejismos. Su corazón se agitó despertándola de la ensoñación, sacudió un poco la cabeza y miró hacia la camioneta. Su equipo la esperaba.

Capítulo 18

9:30 pm. Siete horas y media secuestrada...

Madison entró a la Sala de Conferencia con la furia rugiendo por todo su cuerpo, mientras caminaba se iba quitando el chaleco antibalas que se había puesto para llevar a cabo las inspecciones. Cuando se liberó del chaleco, lo arrojó con furia contra uno de los archivadores que había en la sala.

—¡Maldito! —gritó, luego se armó y le lanzó una patada a una de las sillas que fue a chocar también fuertemente contra la pared del fondo. Segundos después se arrepintió cuando sintió que la garganta se le desgarraba. Todo el dolor se le extendió hasta tensarle los hombros. Ella se llevó las manos al cuello y se quedó muy quieta, soportando. Soportando el dolor físico..., el dolor en su pecho... y la desesperación. Las horas pasaban como si fuera agua entre sus dedos y ella continuaba con las manos vacías.

Andrew, que la seguía, fue testigo del arrebato. Afuera se oyó todo el estruendo y su grito. Los miembros del equipo táctico se miraron entre sí y comenzaron a retirarse del lugar. Ya habían hecho su trabajo, así que esperarían por nuevas órdenes en caso de que las hubiera.

Andrew también se quitó el chaleco después de entrar a la sala, solo que él lo dejó sobre la larga mesa. Sintiendo impotente por no poder hacer un chiste ni saber cómo consolar esta vez a su compañera, solo se acercó al archivador que ahora presentaba una notable magulladura y recogió el chaleco que su compañera había lanzado. También lo dejó sobre la mesa.

Tras del arrebato, Madison permaneció parada frente a la pared del fondo, con las manos alrededor del collarín que le protegía el cuello. El uniforme que vestía estaba ya arrugado y sus cabellos parecían no haber sido peinados en días. Estaba más que furiosa, frustrada. Su última esperanza estaba puesta en la casa de Sofía, pero allí tampoco encontraron a Ferguson. Después de eso sentía que no le quedaba nada, y que estaba por derrumbarse. Sentía que solo Zoe la mantenía en pie, aunque no supiera dónde buscarla.

En ese momento el teléfono de Andrew comenzó a sonar, pero Madison pareció no escucharlo. No reaccionó ni un ápice. Él decidió salir de la sala al ver que la llamada era de Benson.

Madison oyó los pasos alejarse y supo que su compañero la había dejado sola. Sin querer hacerlo realmente, bajó los brazos al sentir que el dolor apenas eran punzadas soportables. Frente a ella se encontró esas imágenes que ya estaban grabadas en su memoria. Las imágenes de las chicas que había asesinado Ferguson, en vida y después hechas pedazos. Imágenes de las rosas secas encontradas en los lugares que habitaban las jóvenes cuando él las secuestró. Imágenes y más imágenes, recortes de periódicos, datos escritos a manos por los detectives que años atrás llevaron el caso y que ellos consideraron importantes. Datos escritos por ella misma y Andrew. Ahí había mucha información, pero ninguna parecía conducirla a Zoe. De nuevo oyó pasos en la sala.

—Benson está por llegar —le informó su compañero—. Mad, el caso está ahora en manos del FBI —Madison bufó, pero no dijo nada, solo siguió mirando el collage de imágenes e información—. ¿Qué quieres hacer?

—Debo adentrarme más en la mente de ese maldito —respondió con la voz rasposa.

—Necesitas comer.

—No.

Andrew respiró profundo sabiendo que Madison necesitaba no solo comer, también descansar.

—Después de hablar con el capitán, iré por algo de comida.

—No voy a comer.

Andrew sabía que insistir no serviría, así que se sentó a esperar a que Benson llegara. Las cosas estaban muy complicadas, pero sin más pistas, no había nada que hacer por ahora.

Benson tardó casi veinte minutos en aparecer en la sala. Si antes, durante la rueda de prensa, a Andrew le pareció que el capitán se veía en exceso cansado, ahora pensó que estaba por desfallecer. Benson, al igual que ellos, tenía la ropa arrugada y las ojeras marcaban sus ojos profundamente.

Al oír los pasos, Madison se dio la vuelta.

—Ya no podemos ir a las casas de Justin Porter, alias Patrick Ferguson —les informó el capitán. Él caminó hasta alcanzar el extremo del fondo de la mesa, ahí dejó caer un sobre grueso—. Pude sacar las fotos que creí te interesarían.

Madison bajó la mirada al sobre respirando con alivio.

—Gracias —le dijo sin mirarlo.

—¿Seguimos sin pistas? —preguntó el capitán mirando a Andrew.

—Sí, señor.

—Hablé con Tom —les informó Benson—. No hay nada más sobre los Perry o Porter. Al parecer esas dos casas eran las únicas propiedades que Ferguson poseía bajo su nombre real. No hay nada registrado a nombre de su esposa, así que alcanzamos el final de ese camino.

Madison no dijo nada al respecto. Ella simplemente tomó el sobre que le había traído el capitán y, con una lentitud que le resultó extraña a Benson y al mismo Andrew, sacó el fajo de fotografías y comenzó a ponerla una a una sobre la mesa, como si estuviera repartiendo cartas. Los dos hombres intercambiaron miradas.

—En unos minutos tengo una conferencia telefónica con los jefes, pero manténganme al tanto —les ordenó Benson.

—Sí, señor —respondió Andrew una vez más.

Madison continuó esparciendo las fotografías sobre la mesa. Benson salió de la sala sin decir nada más y Andrew se quedó observando a su compañera. Él sabía que su mente estaba trabajando, pero le preocupaba que la presión del caso y el miedo de saber a Zoe en manos de Ferguson pudiera nublarle los pensamientos. Ella era brillante, sin embargo, este caso dictaba de ser diferente a todo lo que habían enfrentado antes. Era diferente y muy personal.

—Iré por algo de comer —le anunció Andrew, pero Madison no pareció escucharlo. Sin decir nada más, él se levantó de la silla y salió de la sala.

Benson solo había traído consigo las fotografías que ella misma consideró de interés cuando estaban en la casa de Ferguson. Cuando todas las imágenes estuvieron sobre la mesa, ella las miró una a una, observando cada detalle. Analizando las sonrisas de Mike, de Mariah, del mismo Ferguson cuando tomaban un café y la cámara los captaba sin que ellos parecieran percatarse de ello. ¿Qué hablaban Ferguson y Mike en esas reuniones, mientras compartían un café? Y Mariah. Mariah fue testigo de aquellos encuentros. Tal vez también fue testigo de cómo Mike tramaba los asesinados de las mujeres que fueron sus amantes. ¿Cómo pudo permitirlo? ¿Cómo se hizo su cómplice? ¿Por qué Mariah nunca le dijo nada? Ese era un misterio al que nunca le daría respuesta.

Entre tantas imágenes, Madison tomó una en la que aparecía Mike y Mariah sentados en el sofá de su casa, ambos tenían una taza de café en las manos y se mostraban muy relajados sonriéndole a Ferguson, que aparecía también en la imagen, solo que hallaba sentado en un mueble individual. ¿A caso solían registrar todas sus reuniones? ¿Alguien más tomó esa fotografía? ¿O los tres estaban tan locos como para preparar una cámara y posar para lograr esa perfecta imagen de tres amigos tomando café? Preguntas y más preguntas sin respuestas.

—¿Cómo se me ocurrió ser detective? —murmuró tratando de encontrar un poco de sentido entre tantas imágenes, entre tanta locura.

Madison puso atención a los sitios donde fueron tomadas las fotografías. Increíblemente, algunas de las reuniones entre los tres, parecían ser en restaurantes. Incluso uno de los lugares le pareció que era una pizzería a la que ella solía ir. ¿Cómo es que nunca se encontró a Mike reunido con Ferguson? Seguramente el forense se cuidó mucho de que no sucediera.

Madison también notó que en algunas de las fotografías solo aparecía Mike y Ferguson. Había al menos cuatro imágenes en las que aparecían únicamente ellos. Ella se dio cuenta de que en esas, ellos no tomaban café; seguramente porque Mariah no se encontraba en casa. Solo en una fotografía aparecían Mariah y Ferguson; Madison estaba segura de que la fotografía la había tomado Mike, porque Mariah miraba a la cámara, aunque parecía que le sonreía al forense.

Tras detallar cada fotografía, tratando de hallar una pista en ellas, Madison se sintió aturdida. Sabía qué buscaba, pero tenía la impresión de que algo se le escapaba, mientras en su mente continuaba golpeándole la idea de que Ferguson podía estar utilizando lo que hizo Mike para su beneficio, pero, ¿cómo?

Cansada, con decenas de pensamientos perdidos en un torbellino oscuro, se dejó caer en la silla más cercana a ella. Sintió como si un millón de kilogramos cayeran sobre su cuerpo. Estaba cansada física y mentalmente, y se sentía al borde de la desesperación.

—Piensa McHale, piensa —se dijo, arrellanándose en la silla. Se cubrió los ojos con una mano para apoyar un poco la cabeza. Sintió un pinchazo en el cuello, pero se negó a que el dolor le robara la concentración.

Madison procuró apaciguar el torbellino que eran sus pensamientos, muchas veces lo había hecho y eso la ayudaba a ver un poco de luz, así que lentamente fue acallando su mente. Se concentró en respirar lentamente, llenándose del silencio de la sala. En medio de la oscuridad buscó un poco de luz.

Ferguson.

Mike.

Un sitio seguro.

Un lugar que jamás imaginaría.

Un lugar... Un lugar... Un lugar... Un lugar... Un lugar...

Madison abrió los ojos sobresaltada.

—Un maldito lugar —masculló entre dientes. Se puso de pie casi de un salto—. ¡Un maldito lugar! —el vello de la nuca se le erizó. Todo su cuerpo se erizó. Su corazón se saltó un latido y luego se desbocó haciendo retumbar su pecho. Con los ojos muy abiertos, miró las fotografías para confirmar lo que le acababa de revelar su instinto—. Maldito —masculló una vez más y, sin perder un segundo, se apresuró a salir de la sala. Tomó su chaleco antibalas y el de Andrew al pasar, necesitaría los dos para lo que tenía que hacer.

Andrew cruzaba un pasillo haciendo malabares para no dejar caer las dos hamburguesas y las gaseosas que había conseguido, cuando vio a Madison salir de la sala de conferencia casi

corriendo.

—¡Mad! —la llamó, pero ella pareció no escucharlo, aunque más bien estuvo seguro de que lo ignoró—. ¡Mad! —volvió a llamarla cuando la vio desaparecer por un pasillo—. ¡Maldita sea! —gruñó.

Andrew se adelantó a dejar la comida sobre el primer escritorio que encontró a su paso y se apresuró a ir tras su compañera, pero cuando salió afuera, solo pudo ver a una patrulla dejando humo en el asfalto. De inmediato se dio cuenta de que un oficial también veía la patrulla alejarse como si no pudiera creerlo. Rápidamente se acercó a él.

—¿Era McHale? —le preguntó.

—Sí. Dijo que me largara y entró a la patrulla. Apenas sé que pasó.

Andrew pudo reír por la cara de espanto del oficial, pero de pronto tuvo la certeza de que Madison había encontrado a Ferguson. Y el problema era que iba a enfrentarlo sola.

Capítulo 19

—Mamá me habló del padre de Brooke el día que salió con ella en brazos y regresó a casa sola. También me confesó que se la había entregado para protegerla de mi padre, él no soportaba verla. Le recordaba su infidelidad. Cuando finalmente me liberé de toda mi familia, la busqué, Brooke era lo único que me quedaba.

Zoe escuchaba el relato sin decir una palabra, le estaba costando mantener la cordura, hacer que sus pensamientos no se perdieran en ese oscuro mundo al que pertenecía ese siniestro hombre. No estaba segura de cuánto llevaba ya en ese lugar, en un par de ocasiones se había dormido profundamente; pero el tiempo que fuera, horas o minutos, ¿días?, le resultaban una eternidad. ¿Cuándo vendría Madison por ella? ¿Cuándo?

—Brooke hizo que mi vida tuviera color. Ella me amaba.

Zoe vio verdadero dolor en los ojos de Ferguson. En algún lugar dentro de él había algo de humanidad aún. Él se quedó callado tras sus últimas palabras, como si estuviera recordando y poco a poco el dolor que se reflejaba en sus ojos, se fue tiñendo de rabia. Zoe supo que recordaba su muerte. No sabía lo que había pasado, pero sí que Madison estuvo involucrada, así pensó que lo mejor era alejarlo de esos recuerdos.

—¿Cómo se conocieron? —le preguntó.

Ferguson levantó la mirada hacia ella como si hubiese olvidado por un momento que estaba ahí, luego, lentamente, en su boca se fue dibujando una sonrisa.

—En su colegio —respondió—. Ella tenía nueve años. Yo siempre estuve al tanto de ella. De vez en cuando vigilaba la casa de los Brady. La veía jugar con su padre o cuando la que creía que era su madre la llevaba a la escuela. Esperé muchos años hasta poder acercarme a ella para hablarle, para explicarle todo.

—Fue su secreto —adivinó Zoe.

Ferguson sonrió aún más.

—Sí. Ella quería un hermano, así que cuando le dije que lo era, se alegró mucho. No podía pasar mucho tiempo con ella, pero cuando fue creciendo eso cambió. Ella tenía un poco más de libertad cuando cumplió dieciséis. Entonces podíamos comer helados juntos. Pasábamos horas charlando. Ella decidió ser policía porque admiraba lo que yo hacía. Yo ayudaba a atrapar a los malos descubriendo las causas de muerte de las víctimas de los casos que llevaba el Departamento de Policías, así que ella decidió que sería parte de eso.

“¿Ayudaba a atrapar a los malos?”, Zoe casi bufó pero se contuvo a tiempo.

—Eras como su héroe —dijo en cambio.

Él volvió a sonreír mirándola de soslayo.

—Sí —dijo y lentamente se levantó de la silla.

Zoe permanecía sentada en la camilla, su corazón se aceleró en cuando sus ojos se encontraron. Era como si de pronto ese hombre fuera otro. Él miró alrededor, movió la cabeza hacia un lado y luego se acercó a una especie de bolso que había en un rincón. Ella lo siguió con la mirada, lo vio sacar una camisa que comenzó a colocarse lentamente. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Zoe, un frío sudor le humedeció la piel. Ferguson se dio la vuelta y la miró directo a los ojos. Zoe, por puro instinto miró hacia las escaleras, él siguió la dirección de su mirada y sonrió.

—No hay manera de que alcances esa puerta —le aseguró él.

Zoe sintió cómo palidecía. Su respiración se agitaba de nuevo, su corazón latía furiosamente y

tenía la impresión de que se estaba mareando. Intentó decirle algo para distraerlo, pero en su mente había un torbellino oscuro.

Ferguson se acomodó con esmero la camisa, el cuello, los puños, se aseguró de que cada botón estuviera en su lugar.

—A ella no le bastó con quitarme a Susan. También a Brooke... y a Kelsey, así que no solo serás el medio para hacerla pagar por todo lo que me ha quitado. He decidido que te liberaré de ella.

“*Liberaré*”, la palabra resonó en la mente de Zoe. Esa palabra era su sentencia. Dejándose llevar por su instinto de supervivencia, de un salto, bajó de la camilla y, aunque tenía las manos atadas adelante, intentó llegar hasta las escaleras que daban a la puerta, pero tan solo sus pies habían tocado dos escalones, tropezó con el tercero y cayó pesadamente. Todo el peso de su cuerpo cayó sobre sus manos y la barbilla golpeó también un escalón haciéndole rebotar la cara contra la madera.

El primer golpe de dolor le azotó los antebrazos, luego la barbilla palpitó y sintió algo caliente deslizarse por su cuello. Gruñó de dolor y trató de incorporarse cuando un brazo se cerró alrededor de su cintura y la levantó despegando sus pies del suelo.

—¡Nooooo! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Auxilio!

Una enorme mano le cubrió la boca. Aunque él estaba bastante seguro de que sus gritos no se oírían más allá de esas paredes, no quiso arriesgarse. Zoe pateó en el aire y con los talones lo golpeó algunas veces en las pantorrillas y muslos, pero no le hizo daño. Como si se tratara de una muñeca de trapo, él la estampó contra la camilla provocando que la pelirroja perdiera el aire de nuevo, eso le permitió quitarle la mano de la boca y rápidamente volvió a atarla a la cama.

Zoe se esforzó en recuperar el aire y un poco de aliento para volver a gritar.

—¡Auxilio! —gritó con las pocas fuerzas que acumuló.

Antes de que su grito rebotara en las paredes, ya Ferguson había sacado la cinta de embalar. En segundos la boca de Zoe estaba fuertemente amordazaba. En la habitación ahora solo se oían sus sollozos ahogados, mientras las lágrimas se derramaban sin control.

—Mira cómo te hiciste daño —le reprochó Ferguson viendo la sangre salir de un enorme corte que ahora ella tenía en la barbilla—. Los brazos también te sangran.

Zoe sentía el ardor en los antebrazos, pero eso no era nada comparado con el miedo que le atenazaba cada fibra de su cuerpo. Temblaba y transpiraba frío. Su respiración estaba agitada y su corazón latía tan fuerte y rápido que creía que en cualquier momento sufriría un ataque cardíaco.

Ferguson volvió a acercarse al bolso de donde había sacado la camisa, pero ahora extrajo una especie de tela gruesa enrollada. La puso sobre la silla y soltó el pequeño lazo que la envolvía. A continuación, él extendió la tela. Zoe no podía ver lo que era, pero sabía que no era nada bueno; sus ojos le dolieron cuando los giró todo lo que pudo y captó algo brillante. Supo lo que era y sollozó fuertemente, pero la cinta ahogaba todo en su garganta. Las lágrimas corrieron libre por su rostro como ríos encontrando caudales por donde extenderse.

Ferguson se acercó a la cama. Lentamente levantó la mano, le mostró un instrumento de acero.

—¿Sabes lo que es esto? —le preguntó mirando el brillante instrumento con fascinación.

Zoe cerró los ojos fuertemente negando con la cabeza, pero no para responder a su pregunta, sino porque quería despertar de la horrible pesadilla en la que se encontraba. Tenía que ser una pesadilla. “*Despierta, despierta*”, se dijo a sí misma moviendo la cabeza desesperadamente, tratando de gritar, pero todo quedaba en su garganta.

—Es una cortadora de costillas —respondió él mismo—. Ya sabes, para cortar costillas en las

autopsias. Pero lo realmente fascinante de este instrumento —continuó mirando el objeto en su mano como si fuese la primera vez— es que es perfecto también para cortar dedos. ¡Crash! Es fascinante el sonido del hueso al quebrarse.

Zoe abrió los ojos sin poder soportar más. Miró suplicante al forense mientras emitía sonidos de dolor; las lágrimas continuaban desbordándose sin control. Ella lo miraba negando con la cabeza, implorándole que parara, que no le hiciera daño. Cerró los ojos y sollozó con más fuerzas cuando vio al hombre sonreír con mayor satisfacción. “¡Mad! ¡Mad! ¡Mad!”

Zoe se sobresaltó cuando sintió una mano posarse en su rodilla, pero no se atrevió a abrir los ojos. “Dios mío, déjame ir ahora. Mad, ¿dónde estás?”. Poco a poco la mano se fue deslizando por su pierna, bajando, y ella supo que Ferguson se dirigía hacia sus pies. Los sollozos llenaban el lugar y su cuerpo frío de puro terror comenzó a temblar con mayor intensidad, encogió los pies con fuerza. La mano de Ferguson recorrió sus pies y tocó cada dedo hasta que paró en el más pequeño del derecho. A pesar de que ella los tenía contraído, él lo forzó hasta que el dolor la hizo ahora extender los dedos.

—Estás siendo liberada — Ferguson pronunció las palabras como si se tratara de una plegaria.

Zoe sintió un frío metálico atazarle el dedo y una fuerte presión... y el filo. Abrió los ojos solo un segundo, debía estar soñando, tenía que ser un sueño. Oyó a Ferguson gemir de placer y cerró los ojos de nuevo. Y esperó caer en el abismo del dolor. Sintió la mano del forense que le inmovilizaba el pie presionar y las puntas afiladas apretarse contra su carne. Apenas sintió dolor cuando él le soltó el pie y le apartó la cortadora del dedo, y después solo hubo silencio.

Sin querer hacerlo realmente, Zoe abrió los ojos. Vio a Ferguson mirando hacia las escaleras, como si prestara atención a algo. Como si estuviese tratando de escuchar. Ella miró también implorando al cielo que fuera Madison.

De pronto Ferguson se movió rápidamente. Utilizó la cortadora de costillas para rasgar las bandas que le ataban las piernas a la camilla. Al verse liberada, Zoe comenzó a lanzar patadas y a gruñir, pero él fue rápido y la volvió a inmovilizar contra la camilla mientras terminaba de liberarla. De nuevo, como si fuera una muñeca de trapo, la levantó con un solo brazo manteniéndola pegada a su cuerpo aunque ella continuaba forcejeando por liberarse. Él soltó la cortadora y rápidamente tomó de la silla un largo bisturí y retrocedió utilizando el cuerpo de Zoe como escudo.

—¡Cállate! —le gruñó entre dientes al oído y presionó la punta del bisturí contra su cuello.

Zoe dejó de moverse, se quedó muy quieta mirando hacia las escaleras, sintiendo a Ferguson jadear por todo el esfuerzo. Él temblaba levemente, ella pudo notarlo y también transpiraba copiosamente. Estaba nervioso. “*Que sea Mad. Por Dios, que sea Mad*”, rogó la pelirroja también temblando.

Zoe creyó morir cuando oyó la puerta abrirse. La madera de los escalones rechinaron y una luz de esperanza se vio al final del oscuro túnel.

—Maldita sea —jadeó Ferguson en su oído y la apretó más contra él.

Ambos, desde el rincón en que se encontraban, oyeron unos pasos en los primeros escalones que estaban fuera de sus vistas. Zoe gruñó cuando finalmente, después de lo que pareció una eternidad, un pie se vio en lo que debía ser el séptimo escalón. Era un pie calzado con un zapato de tacón de color azul celeste. “*Maldita sea, no es Mad*”, pensó defraudada viendo la luz al final del túnel alejarse de nuevo.

Los zapatos azules fueron bajando lentamente hasta que llegó al último escalón y una mujer apareció ante ellos. Entonces Ferguson aflojó su agarre.

—Susan—murmuró el nombre muy sorprendido.

Capítulo 20

10:48 pm. Casi nueve horas secuestrada...

Madison aceleró todo lo que pudo. La sirena de la patrulla que conducía lograba apartar rápidamente a los demás autos de su camino. Su cuello dolía como el demonio, pero finalmente creía haber dado con Ferguson. Era muy listo, tenía que reconocerlo.

—¡Maldito! —gruñó apenas entre dientes sintiendo su garganta arder como nunca.

Sentía la inflamación aumentar en los últimos minutos. La realidad era que no había hecho caso alguno a las recomendaciones del doctor que la atendió en el hospital y ahora un dolor agudo la atormentaba. Mientras conducía, como pudo, buscó los cierres del collarín y soltó uno, estaba dispuesta a quitárselo, pero algo la hizo detenerse. Necesitaba estar bien para poder rescatar a Zoe; sintió miedo de que la lesión pudiera empeorar si no usaba el collarín. Recordó que al principio le costaba mucho respirar, lo último que quería era quedar fuera del juego. Ya era suficiente que le hubiesen dado el caso al FBI.

Finalmente desistió de quitarse el collarín cuando divisó la casa a la que se dirigía. Los neumáticos chirriaron cuando se detuvo frente a la acera. Contuvo la respiración cuando abrió la puerta y se apresuró a salir. Corrió hacia la puerta y golpeó la madera fuertemente, luego recurrió al timbre y lo hizo sonar insistentemente. Se quedó esperando, con la ansiedad respirándole en la nuca.

La brisa fresca de la noche le hizo notar lo mucho que estaba transpirando. Los segundos pasaban lentamente, el silencio, dentro de la casa, parecía reinar. Volvió a tocar a la puerta y esperó. Tras lo que le pareció una eternidad, oyó unos pasos. O al menos eso le pareció. Se movió hacia la ventana que cubría una cortina medio transparente, adentro había una luz encendida y vio a alguien moverse.

—¡Susan! —llamó todo lo que le permitió su rasposa voz, luego contuvo la respiración soportando el dolor. Otra vez oyó pasos y vio más movimiento adentro—. Susan, soy Mad. Abre por favor —le pidió tocando de nuevo.

Finalmente oyó el click de una cerradura y la puerta se abrió un poco. Susan Ferguson, la esposa de *El disecado* se asomó. Estaba nerviosa, sus ojos lo reflejaban.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con la voz temblorosa.

—Necesito que hablemos, permíteme pasar, por favor —le pidió Madison con un tono de voz suave y con calma para convencerla de dejarla entrar.

Susan dudó unos segundos, la miró de arriba a abajo como buscando algún indicio, pero finalmente asintió y cerró de nuevo la puerta para quitar la cadena. En cuanto la puerta se entreabrió, Madison la empujó haciendo retroceder a Susan completamente aturdida y más asustada que antes.

—Tú —le dijo con un tono lleno de rabia—, vienes conmigo.

Susan intentó retroceder, pero gimió cuando sintió la mano de Madison cerrarse fuertemente alrededor de su brazo y la haló, casi arrastrándola, hacia afuera, sacándola de la casa.

—¡No! ¡Suéltame! —le exigió Susan resistiéndose a caminar, pero Madison era fuerte y la arrastraba hacia la patrulla.

El esfuerzo que hacía Madison le estaba provocando más dolor en el cuello, así que rápidamente perdió la paciencia. Acercó a Susan a ella inmovilizándola contra su cuerpo. La rubia mujer abrió los ojos aterrada, las lágrimas comenzaron a humedecerle el rostro.

—Tú vas a venir conmigo. Toda esta maldita locura es por ti, así que le explicarás a tu esposo que entre tú y yo no ha pasado nada. Luego te intercambiaré por Zoe —le dijo apretando los dientes para soportar el dolor, apenas movió los labios—. Así que cállate y entra —le dijo empujándola hacia la patrulla.

Susan casi tropezó cuando llegó a la acera tras el empujón, pero antes de que pudiera recobrase, Madison volvió a tomarla por el brazo y la condujo hacia el lado del copiloto. La detective abrió la puerta y volvió a empujarla lanzándola en el asiento. Susan sollozó en el asiento cuando la puerta se cerró con un fuerte golpe. En segundos, Madison ya estaba en el lugar del piloto y pisó el acelerador dejando de nuevo marcas en el asfalto.

Andrew se olvidó de todo, él solo se apresuró a entrar a la oficina del capitán Benson, a pesar de que todas las persianas estaban abajo, lo que indicaba que la reunión telefónica con los jefes continuaba.

Benson levantó la cabeza sorprendido por la irrupción. Andrew no dijo una sola palabra, pero él leyó en sus ojos la preocupación y supo que se trataba de Madison. Se trataba de una nueva locura de McHale.

—Señores —dijo sin apartar la vista de su detective—, discúlpenme, pero tengo algo más urgente que atender —sin esperar una contestación, el capitán colgó el teléfono. Los jefes no iban a estar contentos con eso, pero luego se las arreglaría. Sin dejar de mirar a Andrew se puso de pie—. ¿Qué pasa? —le preguntó.

—Madison se acaba de llevar una patrulla. Creo que descubrió dónde está Ferguson.

—¿Qué te dijo? ¿Estabas con ella?

—No. Yo le buscaba comida. Cuando regresaba, la vi salir de la sala, pero no logré alcanzarla. Despojó a un oficial de su patrulla, creo que fue a buscarlo —él tragó saliva—..., sola.

Benson rápidamente salió de detrás del escritorio.

—¿Sabes qué número de patrulla es? —le preguntó apresurándose por los pasillos del departamento.

—Sí, tengo el número.

—Vamos —le ordenó el capitán dirigiéndose apresuradamente hacia la sala de control.

En poco tiempo entraron a la enorme sala llena de equipos de computadoras, radiotransmisores y personal de control. Benson se acercó a la oficial que estaba más cerca. La oficial palideció cuando vio al capitán a su lado.

—Comunicame con la patrulla 8020 —le ordenó.

La oficial asintió y de inmediato habló en el micrófono.

—Central a patrulla 8020 —silencio. La oficial repitió—. Central a patrulla 8020.

La oficial miró al capitán sin saber qué más hacer.

—Madison no va a responder, señor —le dijo Andrew.

Benson respiró fuertemente.

—Maldita mujer —masculló entre dientes con impaciencia—. Localice esa patrulla —ordenó de nuevo Benson a la oficial.

La joven asintió y se movió para acceder al sistema de control. Ingresó el número de la patrulla

y en segundos en una enorme pantalla apareció un mapa.

Benson y Andrew se quedaron observando la pantalla.

—Se mueve, señor —le informó la oficial.

—¿A dónde demonios se dirige? —preguntó Benson a nadie en particular sin apartar la vista de la enorme pantalla.

Andrew buscaba en su mente, tratando de armar toda la información que él y Madison tenían. El diminuto punto que era la patrulla en las calles de Richmond, se movía en la pantalla. Él siguió la ruta. Sorprendido, miró al capitán. En ese momento Benson también había visto la dirección. Ambos pensaron lo mismo. Ambos se movieron al mismo tiempo apresurándose a salir de la sala de control.

—Tenemos que ir solos —le dijo Benson apresurándose por los pasillos.

—Sí, señor —fue lo único que dijo Andrew. Si estaban en lo cierto, Madison no se había equivocado después de todo. Y Ferguson era un maldito.

Benson le lanzó las llaves al detective y este las tomó en el aire.

—Ve por el auto —le ordenó y luego se dirigió hacia su oficina.

Andrew, en cambio, salió del edificio del Departamento de Policías y corrió hacia el estacionamiento. Pocos minutos después se detuvo en la entrada del edificio, justo en el momento en que Benson salió. El detective notó que el capitán ahora llevaba puesta la sobaquera con su arma. Sí, tenían que estar preparados para todo. También llevaba un par de chalecos que lanzó en los asientos traseros antes de subir.

Sin perder más tiempo, Andrew pisó el acelerador y de nuevo el aire se llenó del humo que dejaron los neumáticos al quemarse contra el asfalto. Algunos patrulleros que se encontraban frente al edificio intercambiaron miradas tras ser testigos de la extraña escena.

—En menos de veinte minutos ella estará allí —dijo Andrew más para él mismo que para el capitán.

—Y nosotros llegaremos en quince.

Andrew sabía que era imposible, incluso si no encontraban un solo auto que esquivar en su camino.

—Ella lo matará —dejó salir su pensamiento el detective con un tono de preocupación.

—Con toda la presión que tenemos eso no estaría bien. No sé si pueda proteger más a Madison si lo mata.

—¿Por qué demonios no nos dejan hacer el trabajo? —masculló Andrew con rabia aunque se concentraba en el tráfico.

La sirena ayudaba a despejar un poco el camino, pero no demasiado. Andrew imaginó a Madison ya muy cerca de su destino. Entonces, tuvo una idea. Él tomó el radio del auto y habló.

—Patrulla 8020, estamos en camino —Benson se quedó mirándolo y él se encogió de hombros —. Sé que no nos va a esperar, pero al menos sabrá que llegará apoyo.

Benson asintió sabiendo que había sido una buena idea.

—Si esto acaba bien —dijo el capitán mirando hacia el frente, iban lo más rápido que podían —, su trasero estará pegado a una silla al menos hasta que se jubile.

Capítulo 21

12:00 am

El lugar estaba en silencio. En ese momento parecía que todo se encontraba suspendido en el tiempo, en el aire. Solo la incertidumbre y el miedo jugueteaban como niños traviesos por cada rincón de aquel sótano.

Los ojos de Susan estaban inundados de miedo, de terror, pero permanecían fijos en su esposo; en el hombre del que alguna vez estuvo profundamente enamorada y al que ahora desconocía por completo. Mirarlo así, utilizando a una mujer que sangraba como escudo, con un bisturí contra su cuello, era una especie de absurda realidad. Esa escena tenía que ser irreal. Patrick, su esposo, no podía estar haciendo algo tan monstruoso.

Ferguson aflojó el agarre en Zoe y apartó un poco el bisturí de su cuello. Ver ahí a la mujer que amaba lo dejó fuera de toda realidad. Ella no podía estar ahí. ¿Cómo había llegado Susan ahí?

—Susan —murmuró el nombre de su esposa como si dijera un secreto—. ¿Qué haces...? ¿Cómo llegaste aquí?

Susan no lo resistió más. Las lágrimas que amenazaban con salir se desbordaron cayendo por su rostro y sollozó en silencio, pero sin atreverse a moverse. El miedo la tenía completamente paralizada.

Ferguson estaba tan absorto en los ojos de su esposa que no se percató que en la escalera hubo un movimiento; entonces, de pronto, apareció la punta del cañón de un arma. Un segundo después, Susan tenía el cañón pegado a la cabeza. Los ojos de Ferguson se ampliaron cuando vio aparecer un brazo y luego a Madison por detrás de su esposa. Él sintió la furia fluir por su cuerpo y de inmediato volvió a apresar con todas sus fuerzas a Zoe contra él.

Madison se había quitado el collarín del cuello y ahora sus ojos estaban clavados en los de Ferguson, pero su mano sostenía firme el arma contra la cabeza de Susan, que temblaba y lloraba, y continuaba paralizada.

El ambiente se cargó aún más de tensión como si fuera posible. Los fieros ojos de Madison retaban al forense y él notaba que a ella no le temblaba ni un poco el pulso. Pero a él tampoco, el bisturí presionaba la carne del cuello de Zoe. Él no utilizaba el lado filoso, sin embargo, bastaba tan solo un mínimo movimiento para hacer un corte profundo y acabar con la vida de la pelirroja.

Zoe abrió los ojos sorprendida y espantada por igual al ver a Madison aparecer. Sus ojos volaron a las oscuras marcas de su cuello, pero no pudo pensar demasiado en ello. Madison se encontraba ahí, pero parecía otra. Su mandíbula estaba tan apretada que parecía de acero y sus ojos... sus ojos que solían tener siempre una mirada tierna para ella, parecían brillar con una mezcla de odio y determinación. Era la detective McHale quien se encontraba ahí.

Madison pudo notar que Zoe sangraba en cuanto tuvo una vista completa del sótano de la casa de Mike. Su barbilla se encontraba completamente bañada en sangre; la oscura mancha bajaba por su cuello y le manchaba la camisa. Los antebrazos y una de sus rodillas también estaban ensangrentados, pero ella tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por mantener el temple. Necesitaba conservar el control. Su corazón latía fuertemente en su pecho y estaba desesperada por apartar a Zoe de Ferguson, pero necesitaba actuar fríamente. Ni una vez la había mirado. Sus

ojos permanecían fijos en el hombre que tenía su vida de cabeza y en jaque.

Finalmente, después de un largo duelo de miradas, Madison fue quien habló.

—Estoy aquí con un solo propósito —le dijo a Ferguson con la voz rasposa, sin dejar de apuntarle a Susan—. Demostrarte que entre tu esposa y yo nunca hubo nada —Ferguson gruñó en protesta. Sus ojos iban de Susan a Madison—. Habla —le instó la detective a la rubia.

Susan sollozaba y temblaba, sentir el arma pegada a su cabeza provocó que su miedo se multiplicara por mil.

—¡Habla! —le exigió Madison alzando la voz y presionando más el cañón contra su cráneo, y luego apretó la mandíbula para contener el dolor en su garganta.

Susan se sobresaltó y su temblor se agudizó. Sollozando intentó hablar.

—Pa... Patrick..., yo... nunca... Nunca... —no pudo continuar, comenzó a llorar desconsoladamente.

Ver así a Susan estaba causando un fuerte desasosiego en Ferguson, Zoe pudo notarlo y sintió miedo. Rogó al cielo porque Madison supiera lo que hacía. Quería comunicarse de alguna manera con ella, pero ni una vez la había mirado a los ojos, así que solo pudo seguir llorando.

—Susan, habla —le pidió esta vez Madison con calma, pero con un tono más amenazante.

La rubia intentó calmarse, hipando levantó la mirada hacia su esposo. Respiró profundo y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—Nunca... nunca pasó nada... entre Madison y yo —logró decir finalmente con cierto balbuceo.

Madison vio como los ojos de Ferguson se estrecharon observando a Susan, estaba midiendo cuán ciertas eran sus palabras. Los segundos se hicieron eternos hasta que el forense habló.

—Te vi con ella, luego tú te alejaste de mí —le rebatió a Susan con un tono de reproche.

Susan negó con la cabeza. Ella lo único que quería era salir de ahí; cuando Madison fue a buscarla a su casa y la obligó a entrar en la patrulla, lo último que imaginó fue que sería para eso. Madison no le explicó nada, pero la situación no lo ameritaba. Cuando vio a su esposo tras la pelirroja, supo cuál era la intención de Madison. Esa mujer que Patrick tenía en su poder la había visto varias veces con la detective. Madison la utilizaría a ella para intercambiarla por la mujer que amaba.

—No me alejé por ella —le dijo con un poco más de calma. Sus lágrimas continuaban cayendo, y todavía temblaba, pero su voz sonó un poco firme—. Yo... abrí tu baúl —confesó y miró con temor a su esposo que amplió los ojos por la sorpresa de la revelación. Él negó con la cabeza y ella asintió—. Encontré esas... bolsitas... con los cabellos.

—No tenías derecho a hacer eso —le reprochó Ferguson con los dientes apretados por la rabia.

—Yo entendí que esos... mechones... no podían significar algo... bueno. Sentí miedo, Patrick... Sentí miedo de ti.

Ferguson aflojó el agarré en el cuerpo de Zoe y bajó la cabeza hasta apoyarla en el hombro de ella. Al ver esa acción, Madison respiró con un poco de alivio, pero no podía confiar del todo en que Susan estaba logrando algo, así que mantuvo el arma firme en su mano. Zoe sentía ahora a su captor temblar y respirar agitadamente, pero de una manera diferente.

—No —murmuró el forense con pesar—. ¡No! —gritó levantando la cabeza y volviendo a aferrar fuertemente a Zoe contra su cuerpo—. ¡No tenías ningún derecho a hacer eso!

—¡Sí lo tenía! —le rebatió Susan—. ¡Y así no podía quedarme a tu lado! No con miedo —confesó.

Y de pronto se hizo de nuevo el silencio. Madison se mantuvo callada esperando a que

Ferguson se calmara para intentar ahora convencerlo. Observó cada movimiento del forense, que se mantenía agazapado tras el cuerpo de Zoe, a pesar de la diferencia de estatura que había entre ambos. Lo que más le preocupaba era la forma en que él mantenía el bisturí cerca de su cuello. No sería sencillo acabar con la situación sin poner en riesgo la vida de Zoe, Ferguson no la dejaría ir tan fácilmente. Él era astuto y habían sido muchos años manteniéndose en las sombras para ahora entregarse sin pelear.

—Ferguson —pronunció su nombre para captar su atención—, déjala ir —le pidió.

El forense sonrió.

—Eres una agente de la ley, McHale. Sé que esa arma es un farol —le dijo y rio—. Tú me debes demasiado. Y también tienes que saber que no acabaré tras las rejas. Me liberé una vez y no volveré a ser prisionero de nadie.

Sí, ella lo sabía perfectamente. Un asesino como él, tan escurridizo, suele ir hasta el final para no acabar entre rejas o contando los días para una inyección letal, o a la espera de su turno en la silla eléctrica. No, *El disecado* escaparía o moriría en ese lugar. El gran detalle era que Zoe estaba en sus manos y para salvarla, ella llegaría también hasta el final.

—Me conoces Ferguson, no soy de faroles —le dijo sin inmutarse.

La sonrisa se borró lentamente del rostro de Ferguson. Los ojos de ambos se mantenían fijos, midiéndose.

Los pensamientos de Ferguson iban a toda velocidad. Se daba cuenta que Madison tenía una mayor ventaja por empuñar un arma de fuego, mientras que él solo contaba con el bisturí, pero la conocía bien y sabía que no haría nada que pusiera en peligro la vida de la pelirroja, así que él también tenía una ventaja sobre ella. Arriesgó un vistazo a Susan; ella le suplicó con la mirada que acabara con todo eso, pero él no podía complacerla esta vez. No después que ella lo traicionó, muchas veces le había pedido que no tocara su baúl y aun así, ella lo hizo. Ella lo traicionó y ahora lo entendía todo, su alejamiento, que lo dejara de amar. El problema era que ella continuaba siendo su vida, la única mujer, su amor. Ahora miró a Madison; observó la determinación en sus ojos, la firmeza con que mantenía el arma pegada a la cabeza de Susan. Tenía que ser un farol, una detective nunca le dispararía a una civil. Nunca.

—Te dejaré ir —insistió Madison.

Ferguson estuvo seguro que ese ofrecimiento sí era un farol. Ella no lo dejaría ir, así que le quedaba un solo camino.

Madison se tensó cuando lo vio enderezar su cuerpo y los ojos de Zoe se ampliaron llenándose de miedo y luego todo pasó demasiado rápido.

Capítulo 22

Madison apartó el arma de la cabeza de Susan y le apuntó a Ferguson.

—¡Suéltala! —gritó.

Ferguson mantuvo a Zoe contra su cuerpo erguido, a pesar de que su cabeza estaba por encima de la de su prisionera, Madison no se atrevió a disparar. Quedaban segundos, lo sabía. *El disecado* tenía los ojos cerrados y movía los labios murmurando una especie de oración.

Todo fue como un suspiro. El corazón de Madison pareció detenerse cuando Ferguson abrió los ojos, bajó la cabeza como un animal predador y sonrió. El tiempo se desaceleró cuando Madison vio la mano del forense moverse ligeramente blandiendo el bisturí. Ella pestañeó como en cámara lenta, contuvo la respiración y su brazo se movió dirigiendo el arma hacia Susan.

Y todo cayó en un universo atemporal.

En algún lugar, afuera del sótano, afuera de la casa, se oyó el chirrido de unos neumáticos.

Ferguson abrió los ojos sorprendido al ver el arma apuntando hacia el cuerpo de Susan, paralizándolo momentáneamente. Sus ojos se llenaron de furia en lo que tardó en parpadear.

Zoe gritó ahogadamente y se removió contra el agarre de su captor al percatarse del inminente final. Gritó y gritó desesperada.

La mano de Ferguson se movió dirigiendo el bisturí contra el cuello de Zoe; al mismo tiempo, Madison apretó el gatillo.

La potente detonación paralizó a todos por una milésima de segundos y después todo se convirtió en un caos.

—¡Nooooo! —gritó Ferguson desgarradoramente al ver los ojos de Susan ampliarse llenos de horror y posarse en los suyos antes de caer al suelo tras el poderoso impacto.

Al mismo tiempo que los horrorizados e incrédulos ojos de Ferguson se dirigieron hacia Madison, ella levantó el arma, le apuntó y apretó el gatillo una segunda vez sin una pizca de duda en su ser. No había cabida para que la detective McHale dudara en ese momento, la vida de Zoe estaba en peligro y Ferguson no tendría piedad. Ni dudas.

El grito de Ferguson fue desgarrador cuando el impacto lo lanzó hacia atrás, llevando consigo por inercia a Zoe que cayó pesadamente sobre su cuerpo. Los gritos continuaron llenando el lugar de locura y desesperación. Madison corrió hacia ellos y trató de alejar a Zoe de Ferguson, fue en ese instante cuando vio donde le impactó la bala. El pómulo del lado izquierdo había desaparecido y en su lugar quedaba un hoyo del que brotaba sangre y entre la carne se veía algunos huesos astillados. A pesar del trance en el que se encontraba, Ferguson se percató que Madison intentaba salvar a Zoe.

—¡Maldita! —gruñó con la voz completamente deformada.

Madison se movió a tiempo para que el bisturí que Ferguson intentó blandir contra Zoe se hundiera en su hombro y no en la espalda de la mujer que amaba. La detective gruñó de dolor, pero logró deslizar el otro brazo entre el cuerpo de Zoe y Ferguson, la rodeó por el abdomen y la levantó hasta apartarla por completo de él, pero soltó el arma por la inercia de la fuerza que ejerció. Madison la empujó a un lado cuando el bisturí volvió a hundirse en su carne haciéndola gritar de dolor. Ella sintió la hoja hundirse profundamente en su carne y el dolor le debilitó el brazo.

Sin Zoe entre ellos, ahora la lucha era cuerpo a cuerpo a pesar de las heridas de ambos; la sangre lo salpicaba todo tiñendo de rojo el suelo a su alrededor. Madison, que estaba sobre Ferguson, evitó, con un golpe de karate, el tercer intento del forense de hierirla al golpearle el antebrazo con la base del puño. Él gruñó de dolor y soltó el afilado bisturí que rodó a un par de metros de su mano. Madison divisó su arma, estaba cerca, pero si intentaba alcanzarla, él podría aprovechar para hacerle más daño.

Madison se incorporó un poco y asestó un par de rápidos y poderosos golpes directo a la herida de Ferguson que volvió a gritar y de su rostro brotó más sangre, pero el mismo impulso le permitió a él mover las piernas para golpear con la rodilla el costado de Madison, tomándola un poco por sorpresa. Ese mínimo instante lo aprovechó Ferguson para estirar el brazo y alcanzar el hombro herido de la detective. Sin piedad, hundió el pulgar en el corte que le había hecho con el bisturí desgarrándole más la herida hasta que su pulgar lo hundió casi por completo en su carne. Madison aulló de dolor, pero en medio de la desesperación le aferró la mano y, con un rápido movimiento, se la torció. Ella sintió la muñeca crujir y un nuevo alarido del asesino llenó el lugar.

Pero Ferguson era un recio enemigo, una vez más, desde el suelo, se armó dispuesto a golpearla con la rodilla en el costado; Madison se percató y ya estaba preparada; contuvo el golpe y se armó para devolver el ataque, pero su enemigo era tan ágil como ella. Ferguson rápidamente le lanzó otro golpe con la rodilla que fue directo a sus costillas. Madison gruñó de dolor; la falta de aire la desbalanceó por completo y, finalmente, la fuerza del golpe la alejó de él, pero la acercó a su arma. En un segundo la tomó e intentó incorporarse tan rápidamente como pudo; Madison estaba casi de rodillas cuando, desde el suelo, Ferguson le lanzó una patada que la alcanzó, asestándosela directamente en la quijada haciéndole crujir el cuello. El fuerte impacto hizo tambalear desde sus cimientos la conciencia de la detective.

Como en cámara lenta, Madison cayó de rodillas ante Ferguson. En medio del aturdimiento de ambos, sus ojos se encontraron. Con el pómulo destrozado y el rostro completamente bañado en sangre, ahora Patrick Ferguson, con casi la mitad del rostro desfigurado, era la viva imagen del monstruo que era.

Madison empuñaba su arma fuertemente aunque no estaba consciente de ello; ella solo intentaba respirar y mantenerse consciente. Se encontraba completamente aturdida, su cuello parecía que había sido atravesado por una poderosa estaca y ya sentía la inflamación cortar la respiración. Inesperadamente, en esos breves segundos, Ferguson se movió hacia un lado, había ido por el bisturí. Finalmente, ella fue consciente de que aún tenía su arma en la mano, la levantó cuando vio a Ferguson de rodillas blandiendo el filoso instrumento quirúrgico hacia ella dispuesto a acabar con su vida. Una vez más, ella no dudó.

La detective McHale apretó el gatillo de su arma una vez. Dos veces. Los impactos en el pecho hicieron tambalear a Ferguson a pesar de que se encontraba de rodillas como ella. Él clavó sus ojos en los de ella, como si no creyera lo que acaba de hacer, luego bajó la cabeza y miró su pecho, de donde brotaba su oscura sangre. Ferguson permaneció unos segundos contemplando como su perfecta camisa blanca, se teñía de rojo. Luego volvió a levantar la cabeza y la miró. Su cuerpo tambaleante y su mirada vidriosa ya parecía que estaban en otro mundo.

—McHale... —balbuceó roncamente. Tosió expulsando un poco de sangre—. Maldita McHale.

Luego el silencio lo llenó todo, o al menos eso le pareció a Madison. El cuerpo de Ferguson cayó al suelo mientras la sangre brotaba como un manantial debajo de él en el mismo instante en que Andrew y Benson irrumpían en el sótano.

Tambaleante, aún de rodillas, Madison soltó el arma, se llevó las manos al cuello y sin fuerzas,

respirando trabajosamente, cayó de lado en el suelo. Todo había sucedido en segundos.

Zoe la vio caer y como pudo, gateó hacia ella. Sollozando fuertemente y con las dos manos atadas, la movió y empujó con los codos hasta ponerla boca arriba. Los ojos marrones apenas lograron posarse en ella antes de cerrarse por completo. “*No Mad, no. Abre los ojos, mi amor. ¡Abrelos!*”, gritó para sus adentros. La pelirroja sollozó desesperadamente y la movió intentado que volviera a abrir los ojos, pero Madison no lo hizo.

—Zoe..., déjame atenderla —le pidió Andrew acercándose, pero ella se negó a alejarse y se aferró como mejor pudo a la camisa de Madison. Andrew sintió su pecho oprimirse al ver el estado de Zoe, pero necesitaba revisar a su compañera—. Zoe, déjame verla —insistió. Como no logró moverla, se acomodó lo mejor que pudo junto a su compañera para revisarla—. Maldita loca —gruñó al ver el mal estado en que se encontraba—. Se quitó el collarín —él se inclinó sobre ella acercando la cabeza a su nariz para constatar que respiraba—. Apenas respira —anunció con una calma que no sentía.

Zoe gimió y negó con la cabeza mirándolo, perdida en la angustia.

Benson, por su parte, se acercó primero a Susan que parecía medio inconsciente y se retorció en el suelo.

—¿Está herida? —le preguntó tratando de ver el costado donde la rubia se presionaba con la mano—. ¿Está herida? —insistió.

—Creo que no —respondió Susan finalmente con un gruñido—, pero duele como el demonio.

Palpando, Benson tocó algo duro.

—¿Lleva un chaleco?

—Sí. Madison me obligó a ponérmelo. ¡Está loca! Me disparó.

Benson gimió sin creer lo que escuchó.

—¿Qué?

—Me disparó y duele como el maldito demonio —gimió la rubia con los dientes apretados, retorciéndose.

Finalmente Benson palpó donde había impactado la bala y supo que la rubia no estaba herida, fue cuando pudo respirar con cierto alivio.

—Estará bien. Intente levantarse —la instó ayudándola.

Cuando Susan se puso de pie, el capitán la llevó hasta la única silla que había en el sótano e hizo que se sentara, se movió ahora hacia Zoe que no se apartaba del cuerpo inmóvil de Madison.

—Capitán, debemos hacer algo, Mad no está respirando bien —le dijo Andrew manteniéndose atento al ritmo de la respiración de Madison que la notaba cada vez más corta.

—La ambulancia está por llegar.

—Creo que no podemos esperar. Debemos hacer algo —le dijo.

Zoe sollozaba sobre Madison.

—Déjame quitarte esto —le dijo Benson sacando una navaja de uno de sus bolsillos.

Con cuidado, el capitán cortó las cintas que le apresaba las manos a Zoe, y luego la mordaza. Con más precaución le fue quitando la cinta de alrededor de la cabeza y la boca.

—¡Mad! —exclamó Zoe y se apresuró a acercarse de nuevo—. Mad despierta. ¿Qué tiene en el cuello? —interrogó angustiada.

Las marcas oscuras alrededor del cuello de Madison la habían sorprendido cuando la vio aparecer en el sótano. Se preguntó por cuántas cosas pasó antes de llegar ahí.

Una vez más, Andrew acercó la oreja a la nariz de Madison.
—No está respirando. ¡No está respirando!

Capítulo 23

Benson se acercó a Madison para constatar lo que Andrew decía. Su corazón se aceleró cuando efectivamente comprobó que la detective no estaba respirando. La ambulancia no llegaría a tiempo si esperaban por ella, así que tendría que actuar cuanto antes.

—¿Qué pasa? ¡¿Qué pasa?! —exigió saber Zoe.

—No respira —le confirmó Benson.

Zoe se llevó las manos a la boca, un sollozo surgió de su garganta y el miedo le atenazó el corazón.

—Necesito un bolígrafo, algo hueco y cilíndrico —dijo Benson, mientras limpiaba la hoja de la navaja que acababa de usar para liberar a Zoe de las cintas que la aprisionaban.

Andrew comprendió lo que iba a hacer y se movió rápidamente por el lugar buscando algo que pudiera utilizar. Pero no hallaba nada; desesperado, buscó también en un bolso con provisiones de comida que tenía Ferguson junto a la camilla.

—¡Aquí! —exclamó sacando una pajilla de algún lugar y se acercó rápidamente al capitán.

—Sostenle la cabeza —le ordenó Benson.

Andrew se ubicó cerca de la cabeza de Madison y se la sostuvo con ambas manos.

—¿Qué van a hacer? —les preguntó Zoe sin dejar de llorar, sus ojos estaban rojos e hinchados.

Pero Benson no respondió, solo cortó unos centímetros de la pajilla, la dejó sobre el pecho de Madison y volvió a limpiar la hoja con la manga de su camisa; lo ideal era esterilizarla con alcohol, pero no había tiempo para más búsquedas.

Con las manos cubriéndole la boca, Zoe vio como Benson palpó en la garganta de Madison buscando el lugar correcto, y luego hundió la punta de la navaja en la carne. Un pequeño hilo de sangre brotó y, sin perder tiempo, tomó el trozo de pajilla que había cortado y la introdujo lentamente en el corte que le hizo en la garganta a Madison.

—Con cuidado —le indicó Andrew.

—Mju —la frente de Benson estaba perlada de sudor, se la limpió con el antebrazo antes de bajar la cabeza para comprobar si salía aire por la pajilla—. ¡Listo!

Andrew respiró con alivio, ya había notado que el rostro de su compañera comenzaba a cambiar de color por la falta de aire.

—Necesitamos mantenerle el cuello inmovilizado, la ambulancia ya está por llegar —dijo Andrew, mientras continuaba sosteniéndole la cabeza a su compañera.

—Necesitas ser atendida —le dijo Benson ahora a la pelirroja, pero ella solo estaba preocupada por Madison—. Esa herida en tu rostro está sangrando demasiado —observó ahora el capitán refiriéndose al corte que tenía en la barbilla.

Pero Zoe no le hizo caso, su única preocupación era Madison, que no abría los ojos. Sin pensarlo, le puso la mano en el hombro donde Ferguson le había clavado dos veces el bisturí y presionó para detener la sangre que le brotaba de la herida.

En ese instante, se oyeron unas sirenas en la distancia. Mientras tanto, Susan, como una autómatas, se había puesto de pie y se acercó lentamente al cuerpo ensangrentado de su esposo. Se llevó una mano a la boca para acallar sus sollozos. Aunque se encontraba boca abajo, la cabeza de Ferguson estaba ladeada y se le veía el pómulo donde recibió el primer impacto. Ese lado

estaba destrozado y ya su rostro se veía deforme por la inflamación. De su pecho todavía salía sangre, se notaba por cómo se extendía debajo de él hacia los lados; ella se giró para no verlo más. Benson se acercó a ella y la tomó por los hombros.

—Es mejor que salga de aquí —Susan solo asintió y se dejó guiar por el capitán hacia las escaleras. A paso lento subieron y, cuando ya estaban en la sala, un par de paramédicos, seguidos de tres oficiales, entraron a la casa. Él les señaló hacia el sótano—. Restrinjan el acceso —les ordenó a los oficiales—. La prensa no tardará en llegar, así que delimiten el área.

—Sí, señor —dijo uno de los oficiales y todos se apresuraron a salir para cumplir con la orden.

—Esto va a ser una locura —murmuró Benson.

—No estaba respirando —le informó Andrew a los paramédicos cuando se acercaron a Madison.

Uno de los paramédicos tomó su lugar para sostenerle la cabeza, mientras el otro se encargó de sacar una bolsa contentiva con un equipo para procedimientos endotraqueales de emergencia. De ahí extrajo una cánula traqueal; a continuación, retiró el pedazo de pajilla que había insertado Benson y la reemplazó con la cánula. Después la conectaron a un respirador artificial y luego a la máquina de signos vitales. En segundos la máquina comenzó a mostrar los signos vitales de Madison.

—Se encuentra estable —anunció el paramédico.

Zoe respiró aliviada; llevada por Andrew, se había mantenido un poco apartada para que los paramédicos hicieran su trabajo, pero cada latido de su corazón estaba en vilo. Si a Madison le pasaba algo ella moriría en ese mismo instante.

—¿Por qué no despierta? —le preguntó Zoe.

—Aún no lo sabemos, pero su nivel de oxigenación es bueno —respondió el segundo paramédico—. Al parecer tiene un fuerte trauma en el cuello —comenzó refiriéndose a las oscuras marcas alrededor del cuello de Madison—. Eso pudo afectar su respiración —explicó—. Debemos irnos ya, la herida del hombro la atenderemos en la ambulancia.

—Antes fue atendida —les informó Andrew—. Tenía una lesión en la laringe.

Los paramédicos intercambiaron miradas.

—Pediremos el reporte —dijo uno de ellos.

Andrew solo asintió.

Con agilidad, los paramédicos movieron a Madison para ponerla sobre la tabla rígida que trajeron consigo, luego le inmovilizaron la cabeza, la levantaron y se dirigieron hacia las escaleras. Zoe y Andrew los siguieron.

En el sótano donde se refugiaba *El disecado*, quedó su cuerpo, a la espera del equipo forense que él mismo alguna vez dirigió.

—Yo iré con ella —se ofreció Zoe siguiendo la camilla en la que ahora era trasladada Madison después de sacarla del sótano.

—Tú también debes ser atendida —le dijo Andrew.

—No, iré con ella —insistió.

Andrew la acompañó, sabía lo terca que era y también que no se alejaría fácilmente de Madison.

—Los seguiré —le anunció.

Ya Madison estaba en la ambulancia. Zoe subió y se acomodó cerca de ella, pero dándole espacio a los paramédicos para que maniobran con libertad. Después que la ambulancia se puso en marcha, ella los observó trabajar; primero, uno de ellos hablaba por la radio con el hospital para solicitar el reporte de la atención que se le había prestado ese mismo día a la paciente. Mientras tanto, el otro paramédico se aseguraba de que la oxigenación que recibía Madison mantuviera sus signos estables, y luego atendió la herida que tenía en el hombro.

—Había una posible lesión en los cartílagos de la laringe —informó el paramédico a su compañero—, pero no se pudo descartar. Se suponía que debía llevar un collarín.

—Ella peleó con... —Zoe no fue capaz de pronunciar el nombre, un escalofrío le cortó el aliento y sus ojos enrojecidos se humedecieron.

—No debió hacerlo, fue imprudente —comentó uno de los paramédicos—. Probablemente eso agravó la lesión.

Ambos miraron a Madison y luego a la máquina de signos vitales.

—Debemos apresurarnos. La laringe está inflamándose, por eso la frecuencia respiratoria disminuye lentamente.

—¿Eso es grave? —le preguntó Zoe.

—Sí. Le aplicamos un desinflamatorio, pero en el hospital la entubarán y eso seguramente mejorará su estado.

—También ha perdido algo de sangre por lo que vemos en su ropa. Eso puede comprometer su estado.

Su compañero asintió en acuerdo.

—Llagaremos en cuatro minutos —les informó el conductor de la ambulancia.

—Ese corte también debe ser atendido —le dijo el paramédico a Zoe cuando terminó de checarle una vez más los signos a Madison.

A Zoe le costó unos segundos entender que se dirigía a ella. Se llevó una mano a la barbilla y de inmediato sintió un fuerte pinchazo que la sobresaltó. Entre tanta locura, apenas recordaba que se había lastimado cuando intentó huir hacia las escaleras.

—Me duele solo un poco —declaró sin mucha convicción.

Sin decir nada, el paramédico sacó algunos implementos de su bolso, se acercó a ella, le limpió un poco la herida y le puso un apósito.

—Es profunda la herida, así que es mejor mantenerla limpia. Tendrás unas cuantas puntadas — Zoe torció el gesto y el paramédico sonrió—. Ahora la de los brazos y rodilla.

—¿Hmm?

Ella tampoco recordaba esos cortes. El paramédico procedió también a limpiarle esas heridas, ya en el hospital le darían las puntadas.

Mientras era atendida, Zoe se perdió en sus pensamientos. Todo su mundo se había hecho oscuro en el momento en que *El disecado* la secuestró. Su piel se erizó cuando recordó y revivió el miedo que sintió, el horror de encontrarse en manos de un asesino tan despiadado. Y Mad; respiró con alivio. Sus oraciones fueron escuchadas. Madison había llegado justo a tiempo para evitar que Ferguson se ensañara con ella, que le hiciera conocer su mundo de dolor y miedo. Cerró los ojos agradeciendo en silencio que solo hubiera terminado con cortadas que requerían algunas puntadas. Ella abrió los ojos y miró en la camilla a Madison. “*Gracias*”.

De pronto la máquina de signos vitales comenzó a sonar y los paramédicos se alertaron. Estaban ya por llegar al hospital.

—¿Qué es eso? —preguntó Zoe sobresaltada.

Capítulo 24

La ambulancia se detuvo frente al área de emergencia del hospital. Los flashes de las cámaras de los periodistas apostados cerca de ahí lo iluminaban todo sin cesar. Los patrulleros tuvieron que hacer un esfuerzo por mantenerlos a raya, todos luchaban por captar lo que ocurría. Ya se había corrido la noticia de que en la ambulancia trasladaban a la detective que dio con *El disecado* y que también venía la mujer que fue secuestrada horas antes, justo después que Kelsey Sander hubiese sido rescatada.

En el estacionamiento, Andrew bajó de la patrulla justo en el mismo instante en que las puertas de la ambulancia se abrieron. Se apresuró, pero la cantidad de periodistas que había alrededor le impedían avanzar. A los lejos vio a los paramédicos entrar apresuradamente a la sala de emergencias seguidos por Zoe que iba pegada a la camilla en la que llevaban a Madison. El rostro de la pelirroja estaba bañando en lágrimas y tenía dibujado un gesto de angustia que lo preocupó más de lo que ya se encontraba al ver a su compañera inconsciente.

El médico que recibió a los paramédicos era el mismo que había atendido a Madison horas antes. Él se sorprendió al verla.

—Vamos a la sala dos —les indicó a los paramédicos sin dejar de avanzar hacia donde señaló.

Zoe se mantuvo cerca de ellos, pero una enfermera le cortó el paso.

—No puede entrar, debe esperar afuera —le dijo la mujer con un tono amable sosteniéndola por un brazo.

—Tengo que estar con ella.

—El médico debe hacer su trabajo. Por favor, acompáñame, me aseguraré de que la atiendan también.

En ese instante Andrew las alcanzó.

—¡Zoe!, ¿dónde está Mad?

Ella no respondió, en su lugar solo se abalanzó hacia él y lo abrazó. Él la recibió y la envolvió en sus brazos, pero sin dejar de mirar a la enfermera.

—En la sala dos, la están atendiendo. Deben esperar afuera —le indicó la enfermera.

Andrew asintió comprendiendo.

—Ella también debe ser atendida.

—No, yo estoy bien —dijo Zoe con la cara hundida en el pecho del detective.

—Ese corte que debe dolerle, nos encargaremos.

La enfermera condujo a Andrew hacia otra sala y le indicó con un gesto que hiciera que Zoe se sentara en la cama; así él lo hizo.

—Iré por un médico —les anunció la enfermera antes de dejarlos solos.

—Algo pasó en la ambulancia —le hizo saber Zoe a Andrew—. Una maquina comenzó a sonar y los paramédicos le pusieron algo a Madison. Creo que no respiraba bien.

—Ella es fuerte, estará bien —le dijo él para tratar de confortarla.

—¿Qué le pasó en el cuello? ¿Qué son esas marcas?

—Trataron de ahorcarla —Zoe gimió y se llevó una mano a la boca—. Cayó en una trampa de Ferguson, pero logró liberarse. Se lesionó la laringe, se suponía que debía llevar un collarín.

—Él la golpeó muy fuerte. Creo que le dio en la quijada.

Andrew torció al gesto aunque luego trató de disimularlo.

—Es probable que eso haya empeorado la lesión —él guardó silencio unos segundos—. ¿Estás bien? Quiero decir, ¿él te hizo algo? —le preguntó inspeccionándola visualmente.

—Creo que me cortó en el pie derecho, pero nada más. Madison llegó a tiempo.

—Ella estaba desesperada. En realidad no entiendo cómo no hizo estallar a Richmond por encontrarte.

Zoe sonrió.

—No hizo estallar la ciudad, pero sí me encontró.

Andrew sonrió también.

—Es un grano en el trasero, pero es inteligente. Yo sabía que te encontraría.

—No le diré que dijiste eso.

Andrew rio, pero en ese momento entró un médico seguido por la enfermera.

—Hola, soy el doctor Carter —se presentó el hombre de bata blanca—. Tú y la detective acaban de causar una revolución en el hospital.

—Créame, no ha sido adrede —murmuró Zoe.

El doctor sonrió.

—Bien, veamos esas heridas.

Las heridas de Zoe fueron limpiadas; tal como le dijo el paramédico, recibió varias puntadas en la barbilla, seis en total. Las raspaduras en los antebrazos eran bastante grandes y profundas, pero no requirieron puntos, aunque sí el corte en la rodilla; ahí fueron cinco más.

Mientras Zoe era atendida, el capitán Benson llegó al hospital para conocer el estado de Madison, pero tuvo que esperar cerca de cuarenta minutos para que el médico finalmente les informara. El capitán y Andrew se encontraban con Zoe en la sala donde la atendieron para darles privacidad.

El otro doctor entró a la sala acompañado de una enfermera. Zoe se levantó de la cama, pero Andrew la instó a mantenerse tranquila rodeándola con un brazo por los hombros.

—Doctor, ¿cómo está Mad? —preguntó Zoe con la voz colmada de ansiedad y preocupación.

—Hola. La detective McHale está estable.

Todos respiraron aliviados.

—¿Podemos verla?

La pregunta hizo reír al doctor.

—Sí, podrán verla dentro de poco.

—¿Cuál es el diagnóstico, doctor? —quiso saber Benson.

—La lesión que horas antes, en el primer ingreso de la paciente, suponíamos que sufrió en la laringe, empeoró. Suponemos por su estado que recibió un fuerte golpe, lo que provocó que la laringe se fracturara. Por suerte actuaron a tiempo cuando la inflamación en el área le impidió el paso del aire a los pulmones.

Benson asintió recordando cuando cortó el cuello de Madison y le insertó la pajilla.

—Gracias —le dijo Zoe con solemnidad.

Benson solo puso asentir otra vez. Todos lo vieron tragar saliva.

—Hizo un buen trabajo —le dijo el doctor al capitán—. Por suerte no parece haber daños en las cuerdas vocales —continuó explicando—. El lapso de tiempo sin aire fue demasiado corto como para considerar que alguna parte del cerebro se viera afectada. Llevará algo de tiempo la recuperación. Por el momento debe permanecer con la cánula por la que se le proveerá oxígeno, pero ella estará consciente.

—Va a ser un dolor en el trasero —murmuró Andrew.

—Así es —concordó Benson.

—¿Podemos verla? —insistió Zoe.

El doctor volvió a sonreír.

—Sí. Una enfermera vendrá por ustedes en cuanto ella esté lista.

—Gracias, doctor —le dijo Benson tendiéndole la mano.

El doctor les estrechó la mano al capitán y a Andrew, luego se retiró de la sala.

—De acuerdo, ya sabemos que Mad estará bien. Ahora viene lo más duro —dijo Benson.

Zoe lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿A qué se refiere? —le preguntó.

El capitán y Andrew cruzaron miradas.

—La investigación.

El gesto de Zoe se acentuó.

—Ella me rescató, ¿qué hay que investigar?

—Madison había sido sacada del caso. Todos estábamos fuera del caso, se supone que no debíamos involucrarnos —explicó—. El FBI querrá saber todo lo que pasó. El fiscal y el comisionado también. Sin mencionar a la prensa.

—Ella me rescató —recalcó Zoe sin encontrarle sentido a lo que decía el capitán.

—Zoe, cuando hay una investigación y un desenlace como este, en un caso así, es imprescindible que seguir los protocolos. Madison no siguió ninguno. Fue a enfrentar sola a Ferguson, pueden acusarla de interferir en la investigación.

—No hablas en serio —murmuró Zoe con incredulidad. Andrew negó con la cabeza—. ¡Tiene que ser una broma! Mad fue herida, ¿cómo pueden ser tan idiotas?

—Tenemos normas, Zoe. Mad suele saltarse esas normas y lo pueden utilizar en su contra.

—Pues yo diré lo que pasó.

Ni Benson ni Andrew hablaron, en la sala solo se oía el sonido de alguna máquina fuera de la sala y el murmullo de las personas que pasaban por el pasillo.

—Bien, debo regresar a la escena —dijo el capitán finalmente—. Steinfield, mantenme al tanto.

—Sí, señor.

—Y eviten en lo posible a la prensa, no queremos más líos. Y hay que dar una declaración de todo lo que pasó —Benson puso su atención en Zoe—. Cuando declares, debes decir todo lo que sucedió. No omitas nada, eso ayudará.

Zoe asintió. Ella sería la última persona que haría algo que perjudicara a Madison. Benson afirmó también, luego salió de la sala sin decir nada más.

—Todo esto es una locura —dijo Zoe cuando se quedó a solas con Andrew.

—Así son las cosas para bien o para mal. La prensa tendrá un festín y nuestras cabezas probablemente rueden por la mesa.

—¿Debo dar esa declaración?

—Sí. Y debes hacer lo que te dijo el capitán, no omitas nada.

—No lo haré —le aseguró.

De nuevo el silencio invadió la sala por un par de minutos.

—¿Cómo lo supo Mad? Que yo había sido... —el recuerdo hizo que el aliento se le cortara. Ella tuvo que tragar saliva—, ya sabes... secuestrada.

—Encontramos el escondite de Ferguson. Él tenía fotografías, de todos. También tuyas. No sé cómo lo supo Mad, pero estuvo segura de que él iría por tí... y no se equivocó.

—Él me habló de Mike.

Andrew la miró y se removió.

—Sí, él y Mike al parecer eran... amigos.

—No amigos —le dijo Zoe—. Ese hombre solo lo utilizó como a un títere.

—Mike era muy inteligente —declaró Andrew—, no sé cuándo perdió el rumbo.

—Tal vez nunca tuvo uno realmente.

Capítulo 25

3:47 am.

Madison estaba acostada en la cama, cubierta por una sábana blanca hasta las caderas. Vestía una bata de hospital que odió desde el primer momento en que las enfermeras la obligaron a ponérsela; esa abertura de atrás la hacía sentir expuesta aunque nunca había sido pudorosa. Apenas podía mover la cabeza por el collarín y la cinta que le fijaba la cánula a la garganta, pero ya le estaba cansando mirar el techo de esa habitación tan blanca como las sábanas y la bata. Por fortuna se encontraba sola, el lugar era demasiado pequeño para albergar a otros pacientes y sus familiares; aunque contaba con los equipos e instrumentos necesarios para atender a los pacientes.

En su caso, al lado de la cama, había una máquina que estaba conectada a una bombona de oxígeno que, a su vez, le llevaba aire a los pulmones a través de la cánula que tenía insertada en la garganta. Eso era otra molestia, Madison no sabía cuánto tiempo soportaría estar en esa situación. Ya el doctor y las enfermeras le habían explicado su estado y los cuidados que debía tener. Solo eso le descompuso el cuerpo, y esa habitación blanca, no mejoró el panorama.

Lo único que Madison deseaba con todas sus fuerzas era que alguien le dijera qué había pasado con Zoe, que le confirmaran que se encontraba bien, pero parecía que nadie le prestaba atención. El doctor solo le dijo que se mantuviera calmada cuando ella intentó hablar; además, la garganta le dolía como el demonio. Incluso tragar era una odisea. Sin embargo, a pesar de la incertidumbre, estaba segura que en cualquier momento Andrew aparecería para hablarle de lo sucedido. Madison cerró los ojos recordando los últimos instantes antes de que le disparara a Ferguson por segunda vez. Su conciencia estaba tambaleante, pero lo único en lo que ella pensaba era en acabar con *El disecado*. En poner a salvo a Zoe. Al acabar con él se terminarían los miedos; nunca más nadie volvería a acercarse para hacerle daño, ella no lo permitiría.

Ya llevaba cerca de una hora en la habitación, de vez en cuando Madison miraba la puerta y sus ojos se quedaban posados ahí, esperando que se abriera y Zoe entrara... o Andrew. Que entrara Andrew era mejor que continuar sin saber nada. Incluso sería maravilloso ver a Benson entrar. "*Debo estar volviéndome loca*", se dijo a sí misma ante el pensamiento.

Al menos la habitación tenía una ventana por la que alcanzaba a ver un trozo del cielo, aunque estaba oscuro podía divisar algunas estrellas. Una vez más miró hacia la puerta, todo el cansancio de las horas previas, la presión, la angustia, comenzaba a sentirlo en el cuerpo. Morfeo se paseaba por la habitación, y ella se negaba. Alguien debía llegar, pero la bruma del sueño la estaba envolviendo lentamente, los ojos los tenía pesados y su respiración se hacía cada vez más tranquila. Alguien tenía que llegar, pero los párpados se le cerraron, un descanso apacible acunó su cuerpo en el mundo de los sueños aunque su mente aún se resistía.

Antes de entregarse por completo a Morfeo, Madison oyó un click y abrió los ojos sobresaltada. La puerta se abrió demasiado lentamente. Lo primero que vio fue su mano blanca envolviendo el picaporte; su corazón se saltó un latido y emprendió el galope en el mismo instante en que sus ojos marrones se encontraron con los verdes de Zoe.

Madison cerró los ojos con un gesto de dolor, pero en su pecho solo sentía alivio. Todo el miedo que sintió durante esas horas oscuras en que Zoe estuvo en manos de Ferguson se convirtió en una especie de sueño. Pero un sueño que era demasiado cruel y real para olvidarlo.

Madison abrió los ojos temiendo que todo fuera un sueño. Zoe continuaba ahí, con su blusa ensangrentada, pero era real. Sus ojos estaban hinchados, rojos e inundados de lágrimas, que se derramaron en cuanto entró a la habitación.

Ella levantó el brazo derecho tendiéndole la mano. Zoe no dudó en acercarse y tomársela.

—¿Estás bien? —gesticuló Madison con angustia.

Zoe asintió y una leve sonrisa se asomó a sus labios antes de que se acercara a ella y, con cuidado, posara la cabeza en su pecho. Madison cerró los ojos sintiendo que en ese instante realmente respiraba. Ella la abrazó, tenía que sentirla, vivirla. Su corazón latía a mil, como nunca antes y no le preocupaba en lo más mínimo que la pelirroja lo escuchara, solo deseaba que se quedara ahí, en su pecho, entre sus brazos... para siempre.

Madison aspiró el aroma de sus cabellos; no había un aroma como ese...; ese daba vida, plenitud, amor. Eso era Zoe, amor. La garganta le dolió por el nudo que se le formó, los ojos le ardieron por las lágrimas que no quiso contener. Las dejó correr libremente por su rostro mientras sentía a la mujer que amaba entre sus brazos. Sentía su suavidad, su cariño; la sentía a ella, a la mujer que llevaba marcada a fuego en el corazón.

Zoe no supo cuánto tiempo se mantuvo abrazada a Madison, tampoco le importó, solo necesitaba aferrarse a ella para llenarse de vida. Escuchar su corazón palpitando tan fuerte fue un bálsamo a su angustia. Su corazón estaba fuerte, vivo. El miedo que sintió en aquel sótano y luego en la ambulancia cuando su respiración se detuvo, parecía ahora un espejismo con cada latido. Los fuertes brazos de Madison que la rodeaban la hacían sentir segura; recordó en ese momento las palabras de Ferguson. No, ella no era culpable de nada, solo él... él y su locura.

Fue Zoe quien se incorporó lentamente hasta encontrar los ojos de Madison. Ambas se sonrieron. Ambas tenían los rostros humedecidos. Ambas supieron que no querían estar en ningún otro lugar.

Zoe se movió hacia arriba con cuidado y posó sus labios sobre los de Madison. Fue un beso corto, pero lleno de amor. Ella se separó y comenzó a limpiarle el rostro con absoluta ternura.

—Tú, ¿estás bien? —le preguntó a la detective—. ¿Esa sangre...?

—Sí, estoy bien —susurró—. Es de la barbilla. No es nada.

Zoe se incorporó un poco más. Se tomó unos segundos para observar a Madison. Vio el tubo en su garganta, la conexión a la máquina y al oxígeno. La vía que tenía en el brazo. La marca oscura en su cuello producto del intento de ahorcamiento. Las suturas en el hombro que se notaban a través de la bata. Y, finalmente, el hematoma que tenía en la quijada donde la había golpeado Ferguson.

Los ojos de Zoe volvieron a humedecerse. Madison vio en su rostro el gesto de angustia.

—Tranquila —le susurró muy bajo acariciándole la mejilla—. Yo también estoy bien. Solo tendré que estar aquí unos días.

—Eso espero porque esa bata no me gusta.

Madison se llevó la mano hasta la cánula en su cuello y presionó un poco alrededor para que la voz le saliera mejor.

—Te gustará cuando me levante y me veas el trasero.

Zoe rio. Todavía sentía el pecho aprisionado, pero escuchar a Madison bromeando le dio un poco de tregua.

—Gracias por rescatarme.

Madison cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Todo fue mi culpa —susurró con un tono amargo.

—No.

—Sí —le rebatió aunque su voz era apenas un siseo—. Si yo no hubiese ido por él...

—No —la detuvo Zoe poniéndole un dedo sobre los labios para hacerla callar—. No vamos a discutir por esto. No hay razón para hacerlo y tampoco es el momento. Debes descansar.

—¿Te hizo daño?

—No.

—Dejó una caja en casa, había sangre.

Zoe respiró profundo.

—Fue de un corte en el pie —los ojos de Madison se ampliaron al escuchar sus palabras—. No fue nada, de verdad estoy bien —le aclaró—. Y ya dejemos esto para después. No es el momento y Andrew quiere verte.

Madison asintió con un gesto de inconformidad que hizo sonreír a Zoe. A pesar de la situación en que se encontraba, no dejaba de mostrarse irreverente.

—Él está afuera —le dijo.

Madison le soltó la mano dejándola ir. Zoe abrió la puerta, segundos después Andrew entró a la habitación. Él torció el gesto y respiró con cansancio al ver a su compañera conectada a la máquina de oxígeno. No era una buena imagen después de ver a Madison patearles el trasero a muchas personas.

—Se supone que las próximas vacaciones serían las mías —le dijo cuando se acercó a la cama.

Madison bufó y volvió a presionar cerca de la cánula.

—Puedes ponerte la bata y tomar mi lugar cuando quieras —siseó.

Andrew y Zoe rieron. Ella rodeó la cama y se sentó a su lado sosteniendo la mano de Madison, necesitaba sentirla a cada instante.

—Lo encontraste —le dijo Andrew reconociendo su inteligencia y perspicacia—. Buen trabajo.

—No pude esperarte —gesticuló esta vez.

—Nunca lo haces, aunque puedas —le rebatió Andrew. Madison no dijo nada porque no tenía defensa—. Me alegra que estés bien, Mad. Solo quería verte, hay trabajo que hacer, así que... —él no terminó la línea porque no era necesario. En el trabajo que eligieron siempre había algo que hacer, esa era la vida de un detective—. Vendré cuando hayamos acabado en la casa de Mike. El forense trabaja en la escena.

—Asegúrate que no se cometan errores —siseó.

—No los habrá —le dijo Andrew guiñándole un ojo.

Cualquier cosa que uno de los tres fuera a decir, quedó interrumpida cuando la puerta se abrió inesperadamente sorprendiéndolos, y entraron dos hombres de trajes seguidos por dos oficiales de la policía. Zoe se puso de pie, pero no soltó la mano de Madison.

—Detective McHale —habló uno de los hombres de traje—, está arrestada por intento de homicidio.

Madison pestañeó confundida cuando el hombre le hizo una seña a unos de los oficiales y este se acercó a la cama mientras sacaba unas esposas. Segundos después sintió el frío del metal de las esposas cerrarse en su muñeca, y luego el click cuando el otro aro se cerró en un tubo de la cama.

Capítulo 26

Zoe se quedó mirando con incredulidad la mano de Madison esposada a la cama.

—¿Qué?! —preguntó consternada—. ¿Acaso se han vuelto locos? ¿No pueden hacer eso!

Los dos agentes del FBI la miraron manteniendo su postura firme ante el arresto, cuando iban a contestar, Andrew se movió interponiéndose.

—Un momento —intervino con determinación—. Debe haber un error aquí. La detective McHale apenas se está recuperando de una grave lesión tras enfrentar a *El disecado*. No pueden arrestarla y mucho menos por intento de homicidio.

Detrás de Andrew, Madison estaba más que sorprendida por lo que sucedía, por eso intentó incorporarse, pero Zoe la detuvo. Ella apretó los labios sintiéndose frustrada por no poder defenderse. Deseaba levantarse y meterle las esposas al agente por un orificio muy específico de su cuerpo, pero Zoe la mantuvo a raya.

—¿A quién se supone que intentó matar? —preguntó Andrew.

—A Susan Ferguson.

La respuesta sorprendió a todos por igual. Andrew se giró a ver a Madison; el gesto de la detective no le gustó en lo absoluto. Él respiró profundamente comprendiendo con pesar que algo de verdad había en lo que argumentaba el agente por el gesto de su compañera, pero volvió a hacerles frente.

—¿Ella hizo la acusación?

—No. La señora Ferguson declaró que la detective McHale le disparó prácticamente a quemarropa. Ese es un delito que se sigue de oficio, estamos a cargo del caso, así que es ahora nuestra obligación hacer el arresto. Además, la detective estaba fuera del caso. Tal vez haya otras acusaciones. El fiscal espera por las evidencias para proceder con la acusación por asesinato.

El desconcierto y la furia hacía estragos en Madison, no poder defenderse la estaba agitando. La máquina de signos vitales comenzó a sonar captando la atención de todos.

—Mad, cálmate —le pidió Zoe mirando angustiada el rostro enrojecido de la detective—. ¡Andrew, trae a un médico!

No fue necesario que Andrew se moviera, en ese instante el doctor que atendía a Madison entró a la habitación seguido por dos enfermeras.

—Hay demasiadas personas aquí —señaló el médico, pero yendo directamente a examinar a la paciente—. ¿Puedo saber qué suce...? —no terminó la pregunta, vio las esposas y comprendió la situación—. Salgan todos de aquí, por favor —ordenó.

Los oficiales fueron los primeros en salir, luego lo hicieron los agentes, Andrew y, finalmente, con algo de resistencia, Zoe.

—Agentes, acaban de poner en riesgo la recuperación de la detective —los acusó Andrew en cuanto salieron al pasillo. Él se acercó a uno de los agentes poniéndose con ímpetu a su altura—. Si le sucede algo a la detective, seré yo quien los acuse.

El agente no se inmutó.

—La detective...

—¿La detective McHale —lo interrumpió Andrew sin moverse ni un ápice— rescató a dos víctimas de Ferguson! Sus vidas estaban en grave peligro y ella las rescató. Susan no ha hecho una

acusación, ¿no es lo que acaban de decir?

—Es un delito de oficio, no es necesario que haya una acusación para este caso.

Andrew bufó.

—Ustedes andan tras una cacería de brujas —murmuró con un tono irónico—, pero no encontrarán nada. Sus perfiladores se equivocaron años atrás, por eso más chicas fueron asesinadas y las vidas de Kelsey y Zoe estuvieron en peligro. Eso no los deja bien parados, ¿cierto?

—Estamos aquí porque la detective McHale le disparó a Susan Ferguson y eso es un delito que se agrava cuando el agresor es un agente de la ley —se defendió el otro agente.

Andrew lo miró y sonrió con ironía.

—Si Susan Ferguson no ha hecho una acusación, deben quitarle las esposas a la detective. No tienen nada que hacer aquí.

Ambos agentes se mantuvieron firmes en un duelo de miradas con Andrew hasta que finalmente el que se encontraba a centímetros de él dio un paso atrás.

—Oficial, cuando salga el médico, quítele las esposas a la detective —ordenó uno de los agentes, sin dejar de mirar a Andrew—, pero manténgase custodiando esa puerta —los dos oficiales asintieron a la orden—. Volveremos —dijo antes de darse la vuelta y alejarse por el pasillo, mientras su compañero lo seguía.

Zoe, que se había mantenido cerca de Andrew y fue muda testigo de la escena, al igual que los dos oficiales, lo tomó por el brazo.

—¿Crees que volverán? —le preguntó con un tono de preocupación.

—¿Mad le disparó a Susan?

Zoe contuvo el aliento. No quería meter en más problemas a Madison, pero sabía que podía confiar en Andrew. Ella echó un vistazo a los oficiales que estaban cerca. Andrew comprendió su inquietud, así que la tomó por el brazo y la alejó un poco.

—Cuéntame —le pidió.

Zoe volvió a mirar a los oficiales, ahora estuvo segura que no podrían escucharla.

—Mad le disparó a esa mujer, pero creo que fue para distraer a Ferguson.

Andrew masculló un par de malas palabras.

—Dame los detalles —le pidió.

Cerca de quince minutos después que el médico entró a la habitación, salió seguido de las enfermeras.

—Doctor, ¿Mad está bien? —se apresuró a preguntarle Zoe.

—Sí, pero es importante que la paciente se mantenga tranquila, eso ayudará en su recuperación. ¿Lo entienden?

—Sí —respondió ella.

—El arresto ha sido un error —le aclaró Andrew—. Ella no volverá a ser molestada, se lo aseguro.

—Bien. Pueden pasar. Y, por favor, quítenle esas esposas, ¿a dónde creen que iría estando conectada a una máquina?

—Gracias doctor —le dijo Zoe y entró a la habitación de nuevo sin esperar por Andrew. Ella se acercó rápidamente a Madison que la miró con un gesto de angustia. De inmediato le tomó la mano libre—. Tranquila, ya te quitarán las esposas.

—¿Qué sucedió? —logró susurrar.

Zoe no le respondió en el momento porque entraron los oficiales a quitarle las esposas a Madison. Los dos hombres se ganaron una mirada dura de la detective que los siguió hasta que salieron de la habitación.

—Andrew les exigió que te quitaran las esposas, pero custodiarán la habitación. Creo que aún no hay una acusación formal —le explicó.

“*Idiotas*”, masculló Madison para sus adentro porque no podía hablar. En ese momento Andrew volvió a entrar a la habitación.

—¿En qué estabas pensando cuando le disparaste a Susan? —le preguntó a quemarropa.

Madison rodó los ojos. Con un gesto cansino señaló con énfasis a Zoe.

—Pensaba en ella —le gesticuló.

—Cuando creo que no puedes hacer una locura mayor, te superas con creces —se quejó Andrew—. La próxima vez tal vez quieras dispararle al fiscal.

—Fue la única salida que tuvo —la defendió la pelirroja—. Y funcionó, ¿no?

Ahora fue Andrew quien torció el gesto.

—Sí, funcionó porque tiene una maldita suerte tan enorme como su idiotez. Pero ahora, además de ser investigada por la muerte de Brooke, también pueden acusarla por dispararle a Susan.

Madison se cruzó de brazos, el no poder hablar la estaba sacando de quicios.

—Se supone que debe estar tranquila —le recordó Zoe a Andrew.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, lo siento —se disculpó—. Es que todo esto es una locura.

—Sé que estás preocupado, pero Mad sabe hacer su trabajo. Además, fui testigo de lo que pasó, eso puede ayudar, ¿no? Quiero decir, sé que ella disparó para salvarme.

Madison le presionó la mano para llamar su atención. Zoe se acercó para tratar de escuchar lo que quería decir.

—Susan llevaba un chaleco —susurró Madison—. Sabía que no iba a herirla.

Zoe la miró sorprendida cuando se alejó para mirarla a los ojos.

—¿Qué? —preguntó Andrew.

—Susan llevaba un chaleco —le respondió Zoe.

Andrew se quedó pensando, luego levantó los brazos con un gesto de exasperación.

—Ahora parecerá que lo planeó —dedujo.

Madison negó con la cabeza.

—Precaución —gesticuló.

—Sí, sé que lo hiciste por precaución, Mad, pero no van a verlo así —argumentó su compañero.

Madison asintió sabiendo que él tenía razón. Todo se veía mal, pero no cambiaría nada de lo que había hecho. Ferguson estaba muerto y Zoe a salvo, y no morirían más chicas. Susan no estaba herida, pero el haberle disparado era un problema, ahora debía pensar en qué hacer para resolver la situación. Seguramente iba a necesitar un abogado. La cuestión era que estaba en una cama, atada a una máquina y sin poder hablar con normalidad. En ese punto, solo esperaba que las evidencias hablaran por sí solas. Zoe aún tenía que hacer una declaración, al igual que ella, pero necesitaba saber qué había dicho Susan para que intentaran arrestarla.

Madison hizo que ella se acercara de nuevo.

—Debemos... saber qué dijo Susan —le susurró.

Zoe asintió y se incorporó.

—Dice que deben saber lo que dijo Susan —repitió.

—Me encargaré de eso —le aseguró Andrew—. Benson todavía está en la escena, iré a reunirme con él. Necesitamos aclarar todo lo que pasó.

Madison asintió conforme, luego Andrew salió de la habitación dejándolas solas. Zoe se sentó en la orilla de la cama y apartó un mechón de cabello de la frente de Madison.

—Tienes que descansar —le dijo. La detective cerró los ojos aceptándolo—. Creí que ibas a levantarte de la cama y sacar a esos hombres a patadas de aquí.

Madison asintió como pudo con vehemencia, lo que hizo sonreír a la pelirroja. *“En realidad le hubiese metido las esposas por el c...”*

Capítulo 27

Cuando Andrew salió de la habitación en la que tenían a Madison, se dirigió directamente al puesto de enfermeras.

—Disculpe —dijo llamando la atención de las enfermeras. Una mujer menuda y de mirada amable fue quien levantó la cabeza y le sonrió—. ¿Susan Ferguson se encuentra aquí?

La mujer arqueó una ceja.

—¿Es usted un familiar?

Andrew apartó la parte baja de su chaqueta para dejar ver su placa.

—Soy el detective Steinfield —se identificó—. Es un asunto policial.

La enfermera lo miró un poco más.

—¿No es usted quien esperaba por la detective McHale? —le preguntó.

—Así es. Estamos a cargo del caso. Necesito hablar con la señora Ferguson —la mirada suspicaz continuó por parte de la enfermera. Andrew no pudo evitar removerse—. Vine con mi compañera. Todo fue un caos en el momento en que fue herida, pero ya damos inicio a la investigación, necesito interrogarla.

La enfermera lo observó como si tratara de averiguar la veracidad de las palabras del detective.

—De acuerdo —cedió finalmente—. La señora Ferguson está en el hospital, pero se encuentra bajo custodia policial.

—Entiendo.

—Está en la sala cuatro —le informó señalándole con la mano el camino—. Por allí.

—Gracias.

Andrew le dedicó una sonrisa antes de alejarse. Él siguió el camino indicado. No tardó mucho en ver la identificación en la pared de la sala cuatro. Y también vio al par de oficiales apostados en la entrada. Ambos hombres lo miraron interrogante. Andrew volvió a mostrar su placa.

—Soy el detective Steinfield, necesito hablar con Susan Ferguson.

Los dos oficiales cruzaron miradas.

—Tenemos órdenes de... —comenzó a decir uno de ellos, pero Andrew lo interrumpió.

—Son órdenes del capitán.

El oficial se alertó ante la mención de Benson, pero aun así, lo pensó un poco antes de permitirle la entrada a la sala.

—De acuerdo.

Andrew asintió y entró a la sala. En el lugar había filas de camas a ambos lados, Susan estaba en la cuarta cama del lado derecho. Ella vio al detective entrar y de inmediato se incorporó un poco, pero guardó silencio. Andrew pudo detectar en sus ojos incertidumbre.

—Hola —la saludó él con un tono amable—. Lamento la muerte de su esposo.

Susan pestañeó con un gesto de confusión, luego su rostro pareció desconsolado.

—Gracias —susurró sin atreverse a mirar a Andrew.

—¿Estás... herida? —le preguntó él solo para asegurarse, a simple vista no veía algo que le indicara que Susan tuviera algún tipo de herida.

La rubia negó con la cabeza manteniendo el mismo gesto desconsolado.

—No. Vi que se llevaron a Mad muy rápido. ¿Ella está bien?

—Lo estará ahora —respondió él y se movió hacia el pie de la cama—. Susan, estoy aquí porque detuvieron a Madison por dispararte —Susan levantó la cabeza sorprendida. Lo estaba realmente, Andrew lo supo de inmediato—. ¿Puedes decirme lo que pasó?

Susan tragó saliva y, después de mucho, asintió. Bajó la mirada a sus manos entrelazadas que temblaban levemente.

—Mad fue a buscarme. Estaba enojada —explicó—. Me dijo que tenía que ir con ella. Me sacó de la casa y me obligó a entrar a una patrulla.

—¿Te obligó?

—Sí —respondió con seguridad—. Yo no entendía nada. Mientras conducía, me dijo que Patrick tenía a su novia, que era por mí, así que yo debía que hacer algo. Tenía que decirle la verdad, que no lo dejé por ella —hizo una pausa esperando a que Andrew dijera algo, pero como no lo hizo, continuó con su relato—. Luego ella me pidió que me pusiera un chaleco antibalas. Al principio me negué, pero Mad me dijo que tal vez Patrick no cedería tan fácilmente. Terminé poniéndomelo debajo de la camisa, así él no se pondría nervioso. Eso me dijo Mad.

—¿Qué pasó cuando llegaron a la casa?

Susan tomó una profunda inspiración tratando de contener las lágrimas, pero fue en vano. Andrew vio cómo el rostro de la rubia se fue humedeciendo lentamente.

—Entramos en cuanto llegamos. Mad me dirigió hacia una puerta, la abrió. Era una especie de sótano. Al principio no vi a nadie, pero tuve la sensación de que en ese lugar había alguien más. Mad me instó a bajar las escaleras, fue cuando vi a Patrick escudándose tras la pelirroja.

—¿Qué hizo Ferguson?

—Él al principio estuvo sorprendido, luego se enojó cuando vio que Mad me apuntaba con su arma.

El nudo en la garganta de Susan no le permitió seguir hablando, de su pecho brotó un sollozo apagado. Andrew se daba cuenta de que la rubia trataba de mantener la compostura, pero el recuerdo de lo sucedido tan solo unas horas atrás la sobrepasaban. Él esperó pacientemente a que se calmara.

—Continua —le pidió cuando la vio más tranquila.

—Ellos hablaron. Mad quería que Patrick liberara a la pelirroja, a cambio, nos dejaría ir a ambos.

—¿Madison siguió apuntándote?

Susan asintió con la cabeza antes de responder.

—Sí, lo hizo todo el tiempo. Ellos hablaron mucho, pero Patrick no creía que Mad lo dejaría ir. Entonces todo sucedió muy rápido —su voz se cortó de nuevo.

—¿Qué pasó? —la presionó Andrew.

—Él..., Patrick, iba a matarla. Estuve segura que lo haría y creo que Mad también. Entonces hubo una explosión...

—Un disparo —adivinó Andrew.

—Creo que sí. Yo sentí un fuerte golpe que me lanzó al suelo —Susan se llevó la mano a la espalda, justo al lugar donde Madison le disparó—. Luego sentí un intenso dolor. Creo que me desmayé unos segundos. Entonces oí otro disparo. Cuando miré, Patrick caía al suelo.

—¿Le dijiste esto a los agentes del FBI?

Susan negó con la cabeza.

—Un hombre de traje me preguntó qué me había sucedido. Le dije que creía que me habían

disparado.

—¿Le dijiste quien te disparó.

—Sí.

—¿Te hicieron firmar algo? ¿Alguna declaración?

—No.

Andrew respiró con alivio. Tal como pensaba, los agentes del FBI andaban en una cacería de brujas y se adelantaban a los acontecimientos. Tal vez estaban molestos porque Madison había resuelto el caso antes de que ellos pudieran tomar el protagonismo.

—Bien, Susan, es importante que cuando te tomen la declaración oficial digas exactamente eso. No omitas nada. Cuando te hagan preguntas, respóndelas de acuerdo a lo que recuerdas. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—De nuevo lamento lo que pasó. Pronto estarás en casa.

Susan no dijo nada, solo le sonrió levemente al detective antes de que él se diera la vuelta y saliera de la sala.

Andrew desandó el pasillo y se dirigió a la salida del hospital. Antes de llegar a las puertas pudo oír el bullicio afuera. Decenas de camionetas de estaciones de radio y tv continuaban apostados afuera, a unos metros de la entrada de emergencia. Estarían ahí por un largo tiempo; tanto la detective que había resuelto el caso de *El disecado*, como Kelsey Sander, la chica que él mantuvo cautiva por varios días y por la que comenzó todo aquello, como la esposa del asesino, se encontraban en el hospital. “*Vaya festín para la prensa*”, pensó Andrew. Los flashes comenzaron a cegarlo en cuanto salió.

Andrew se movió entre el montón de periodistas que lo acorralaron en busca de alguna declaración sobre los hechos que habían terminado con la muerte del asesino en serie más buscado de Richmond y casi con la vida de la detective que investigaba el caso.

Andrew tardó en llegar a una patrulla que lo conduciría a la casa de Mike, donde seguramente habría otro espectáculo con la prensa. Él solo esperaba que los acontecimientos se desarrollaran tranquilamente para presentar las declaraciones y evidencias del caso, y así todas las aguas volvieran a su cauce. Aunque con el alcalde presionando y haciendo declaraciones fuera de lugar, no sería nada fácil. Por suerte tenían a Benson de su parte.

Minutos después, cuando finalmente la patrulla se detuvo a una calle de la casa de Mike, Andrew se preparó para enfrentar de nuevo el acecho de la prensa. Los oficiales que ayudaban a delimitar el acceso a la escena, se acercaron a ayudarlo a deshacerse de los periodistas que le cerraban el paso. En el momento que Andrew pasó la cinta amarilla, Benson salió de la casa. Sus miradas se encontraron en la distancia y, con un gesto, el capitán le indicó al detective que lo siguiera, mientras se alejaba a un costado del lugar.

—¿Capitán? —habló Andrew cuando llegó al lado de Benson.

El capitán echó un rápido vistazo a la muchedumbre que había en la calle.

—¿Cómo está Mad?

—Se recuperará. Es fuerte.

—¿Fueron por ella?

—Sí —respondió el detective con los dientes apretados. Recordar el momento en que esposaron a Madison a la cama le hizo hervir la sangre otra vez.

—No pude detenerlos. El alcalde presiona y el FBI está aquí, se hizo cargo de las escenas y nos dejaron fuera.

—Debió advertirme.

—No pude hacerlo. Ellos hablaron con Susan Ferguson directamente. Cuando supe lo que dijo, ya ellos habían actuado.

—Hablé con Susan. Recuerda bien lo que pasó. Confío que cuando tomen la declaración oficial, no haya mayores problemas.

—El problema es que Mad condujo a una civil a enfrentarse a un asesino y, para colmo, le disparó. El alcalde usará eso también para presionar al fiscal.

Andrew respiró profundamente. El panorama no se vislumbraba muy claro para su compañera.

—¿Qué han dicho los técnicos de la otra escena?

El gesto de Benson se suavizó un poco.

—No han terminado, pero todo va concordando con la declaración de Mad. Al menos los agentes están distraídos con esto y los técnicos trabajan tranquilamente con la planimetría de la otra escena.

—Eso es bueno para Mad.

En ese momento el movimiento en la calle llamó su atención y un fuerte bullicio se elevó hasta ellos. Ambos se mantuvieron atentos. Poco tiempo después Benson vio aparecer la cabeza de Cody Becker, el comisionado del distrito, entre los periodistas.

—Maldita sea —masculló Benson por lo bajo.

Capítulo 28

Cody Becker era un hombre duro, según la opinión de Benson. Tan duro que muy pocas veces se dejaba presionar. Ya se habían reunido varias veces desde que el caso de *El disecado* resurgió de las cenizas como un ave fénix. Y la última vez que se vieron, tras la muerte de la hija del alcalde, el comisionado le había dado una última oportunidad antes de entregarle el caso al FBI. Y después de todo eso, Benson había hecho una declaración a la prensa arriesgando su pellejo. Sin pensarlo demasiado, solicitó que se abriera una investigación por obstrucción contra Harold Brady y eso no le gustó en lo absoluto a Becker, así que ahora, en ese momento, Benson no sabía qué esperar, pues no estaban en buenos términos. Por decirlo de algún modo.

Benson y Andrew vieron al comisionado abrirse paso entre los periodistas sin decir una palabra. El rostro impassible de Cody Becker le decía lo mucho que le molestaba estar ahí. Los ojos azules del comisionado se encontraron con los negros del capitán cuando traspasó la cerca y se dirigió al portal de la casa. Benson se removió un poco, irguiendo la espalda para prepararse para lo que vendría.

—Capitán Benson —saludó el comisionado y le tendió la mano.

Benson se la estrechó fuertemente.

—Comisionado —correspondió el capitán—. Entremos —le pidió. No quería que los periodistas especularan más sobre el encuentro.

El comisionado entró directamente a la sala de estar y se dio la vuelta para mirar al capitán. Fue directo al grano.

—La investigación del caso está a cargo del FBI, eso ya lo sabemos —comentó él—, pero hay una detective de su equipo involucrada.

—La detective que, de hecho, resolvió un caso de años —señaló con orgullo el capitán.

El comisionado asintió.

—No manejo todos los detalles, pero tengo entendido que secuestró y le disparó a la esposa del forense —apuntó.

—No hay una declaración oficial al respecto, señor —respondió Benson—. Ambas cosas son solo especulación.

Por un momento hubo silencio en la sala hasta que el comisionado volvió a hablar.

—Benson, el alcalde no va a dejar de presionar. Y mucho menos después que solicitaste esa investigación contra él por obstrucción.

—Lo sé, señor.

—Bien, estamos ante una situación muy delicada aquí —dijo usando un tono diplomático que puso en guardia a Benson—. No queremos que el Departamento se vea señalado por la mala actuación de una detective.

Benson apretó la mandíbula durante unos segundos para contener la rabia por las palabras del comisionado. Aquello no le gustaba ni una pizca.

—La detective McHale resolvió el caso. Su actuación solo puede ser juzgada luego de analizar las evidencias —señaló el capitán con firmeza.

El comisionado levantó levemente la cabeza con altivez.

—Capitán, debo recordarle que hay normas y todos, incluso esa detective...

—Detective McHale, señor —lo interrumpió Benson—. Ese es su nombre —le recordó.

—Capitán, está jugando con fuego —dijo Cody Becker con un tono de advertencia.

Pero Benson no se amilanó ni un poco.

—Y usted está jugando a hacer política —lo enfrentó dando un paso al frente—. El alcalde está presionando por la muerte de su hija, pero la conducta de Brady sí quedó censurada cuando intentó proteger a un asesino. Al asesino más buscado de Richmond, por si no lo recuerda —el capitán pronunció las últimas palabras con los dientes apretados—. En cambio, la detective McHale utilizó todos sus recursos para rescatar a una víctima. Si eso no les importa, estoy seguro que a la prensa sí.

Los ojos de Cody Becker se estrecharon hasta parecer una rendija, pero Benson no se inmutó. Se enfrentaron en un duelo de miradas hasta que el comisionado volvió a hablar.

—Capitán, ¿se da cuenta que puede ser destituido en este instante?

Ahora fue Benson quien elevó la cabeza con altivez.

—Hágalo, pero la prensa sabrá de buena fuente que importa más la presión de un alcalde que la vida de una víctima que estaba en manos de un asesino.

En ese instante, la tensión se podía cortar en el aire. Si antes Benson se jugó el cuello, ahora colocaba al borde del precipicio toda su carrera, pero sabía bien que Madison no solo arriesgó su vida, sino que también había salvado a Zoe y a muchas otras jóvenes si Ferguson no hubiese sido descubierto. Y todo eso no podía quedar oculto por los oscuros juegos de la política que movían los hilos en los altos mandos del Departamento de Policías de Richmond. Y muchos menos dejar entredicho la actuación de Madison, aunque ella no se guiara mucho por las normas.

Cody Becker se dio cuenta que Benson no estaba amenazando en vano, así que definitivamente tenía que ir con cuidado.

—Las evidencias serán las que demuestren si su detective actuó correctamente —dijo finalmente el comisionado.

—Y eso es precisamente lo que digo..., señor —dijo Benson con un tono condescendiente y una mueca sarcástica dibujada en su boca. Madison era un dolor en el trasero generalmente, pero en este caso, él apoyaba su actuación. Había acabado sola con un asesino en serie y eso era admirable.

Finalmente la oscuridad había dado paso a la luz que proveía el sol. La mañana era algo fría, pero, aun así, los periodistas continuaban apostados frente a la casa de Mike a la espera de cualquier declaración de las autoridades involucradas en la investigación. Andrew esperaba impaciente afuera para saber qué pasaría tras la reunión del capitán con el comisionado y el fiscal, que llegó después. La espera fue larga, poco más de una hora pasó cuando finalmente él vio salir al comisionado seguido del fiscal, ambos se dirigieron hacia la calle. Tras ellos, Benson salió de la casa y Andrew no perdió tiempo, fue a su encuentro. Él y el capitán se quedaron en el portal observando como el comisionado y el fiscal, eran absorbidos por los periodistas.

—Acerquémonos —le dijo Benson a su detective. El comisionado se disponía a dar una declaración y él esperaba que su amenaza lo hiciera pensar en lo que le diría a la prensa. Él estaba dispuesto a cuidar a Madison, incluso de sus propios jefes.

Andrew caminó al lado del capitán, tuvieron que saltar a los periodistas hasta colocarse relativamente cerca del comisionado.

Cody Becker levantó las manos pidiendo un poco de calma para poder hablar, estaba rodeado

de micrófonos. Un periodista alzó la voz y lanzó una pregunta.

—Comisionado, ¿es cierto que el forense muerto es el asesino que buscaban?

El comisionado dejó ver su mejor cara de diplomacia.

—Aún no puedo dar detalles sobre el caso —declaró con la calma que lo caracterizaba—. Lo que sí les puedo asegurar es que se está investigando todo lo concerniente a este caso. El FBI se está haciendo cargo de las evidencias y...

—¿Eso es porque se trata de un forense que trabajaba con el Departamento de Policías? —interrumpió otro periodista.

Becker se removió impaciente.

—El caso está en investigación —repitió recalándolo para el periodista—. No puedo dar ningún tipo de declaración al respecto. Se están utilizando todos los recursos tanto de la oficina forense como del Departamento y el FBI, por lo que esperamos que pronto podamos dar una declaración oficial.

—¿Por qué detuvieron a la detective que rescató a Kelsey Sander y Zoe Collins? —esta vez una periodista fue la que hizo la pregunta—. ¿Por qué no había sido revelado el secuestro de Zoe Collins?

—El caso está en manos del FBI —respondió el comisionado—. Son ellos los que pueden dar respuestas a esas interrogantes.

“*Vaya manera de esquivar esa bala*”, pensó Benson. Con esa respuesta, el comisionado dio por terminada su declaración e intentó moverse entre el mar de cuerpos que lo rodeaba.

—Vámonos de aquí —le murmuró Benson a Andrew y, con discreción, comenzó a moverse por entre los periodistas para alejarse con dirección a su auto, aprovechando la distracción de la prensa con el comisionado.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Andrew cuando se acomodó en el asiento del copiloto.

—El FBI va a solicitar la declaración de Zoe y de la esposa de Ferguson. Dentro de poco irán por ellas.

—Zoe está con Mad. Y Susan también está en el hospital.

—Entonces iremos allá. También quieren hablar con Kelsey Sander.

—Con la declaración de Kelsey quedará confirmada la identidad de *El disecado*.

—Debemos trabajar en la reconstrucción del caso. Enlazar las evidencias que tenemos con Ferguson. Los cabellos encontrados en esas casas permitirán demostrar que, efectivamente, fue él también quien secuestró y asesinó a esas chicas años atrás —explicó Benson mientras conducía por las calles de Richmond con dirección a el hospital.

—Creo que con nuestra investigación podemos demostrar sin lugar a dudas que Ferguson también mató a sus padres, que no solo fue a esas chicas.

—Yo también lo creo —concordó—. El gran problema que debemos atender con prioridad es demostrar que Mad tuvo que actuar... a su manera para acabar con Ferguson. Haberle disparado a esa mujer fue un gran error.

Andrew negó con la cabeza mientras recordaba lo poco que le contaron Zoe y Susan en el hospital.

—Mad no piensa, ella solo actúa.

—Eso lo sé perfectamente —murmuró Benson—, créeme.

Capítulo 29

Después que Andrew salió de la habitación y Zoe le dijo a Madison que debía descansar, el silencio las envolvió. La pelirroja le sonrió, en ese momento su corazón gritaba de alivio porque ella estaba bien... y anhelaba lanzarse a sus brazos y no salir jamás de ellos, pero la salud de la mujer de ojos marrones estaba comprometida, así que tuvo que conformarse con acercarse a la cama y, con delicadeza, abrazarla.

Madison cerró los ojos al sentir la cabeza de Zoe apoyarse en su pecho de nuevo; movió los brazos y los pasó por su espalda devolviéndole el tierno gesto. Aspiró el aroma de sus cabellos y, después de muchas horas oscuras, sintió que volvía a respirar. Su corazón comenzó a latir fuerte, pero no le importó. Zoe sabía que cada latido de su corazón era por ella. Cada latido era suyo, así que podía escuchar cuanto quisiera la fuerza con que la amaba.

—Tu corazón late fuerte —murmuró Zoe sin moverse.

Madison sonrió. Sí, y latía por ella. En ese momento daría cualquier cosa por decirle que la amaba, pero tendría que conformarse con sostenerla entre sus brazos por ahora. Ella había luchado y ganado la batalla; por su victoria sobre Ferguson tendría como recompensa toda la vida para vivirla junto a Zoe.

Después de mucho la pelirroja se levantó un poco y sus ojos se encontraron. Ambas se sonrieron sabiendo que de ahora en adelante valorarían cada minuto, cada segundo que pudieran pasar juntas. Los ojos verdes se humedecieron y Madison levantó una mano hasta posarla en su mejilla, luego negó levemente con la cabeza.

—Ya pasó —gesticuló.

Zoe le envolvió la mano manteniéndola contra su mejilla para sentir su calor, lo necesitaba más que nunca.

—Lo sé —le respondió con una sonrisa. Madison movió el pulgar y acarició el labio inferior cuidando no acercarse a la herida en su barbilla—. No debes pensar en eso, estás herida —la detective sonrió traviesa y le guiñó un ojo, luego deslizó la mano desde la mejilla hasta la nuca y fue acercándola a sus labios—. Mad, estás...

—Shhh...

Los labios de Zoe fueron sellados con un beso. Madison gimió ante el primer contacto, pero luego gruñó de dolor, lo que provocó que Zoe se apartará, aunque no demasiado.

—¡Mad!, te lo dije —la reprendió—. ¿Qué te duele?

Madison solo negó con la cabeza y volvió a acercarla. Los labios se unieron otra vez en un beso tierno, de reconocimiento. Como si se exploraran por primera vez. Pero nunca entre ellas la ternura era suficiente porque el deseo siempre jugaba sus cartas. Madison profundizó el beso y las lenguas se encontraron ansiosas de más, de danzar enredadas como si fueran una sola. La mano que se había mantenido en su nuca, se deslizó por su hombro y bajó por la espalda, aferrándola más a ella. Si bien Zoe estaba perdida en la pasión que Madison despertaba en ella, intentaba mantenerse atenta a cualquier indicio de malestar que pudiera percibir, pero los exigentes labios, la lengua y la mano recorriendo su espalda, no le daban tregua.

La máquina de signos vitales a la que estaba conectada Madison comenzó a sonar y de inmediato Zoe se apartó.

—¿Estás bien? —le preguntó aturdida aún, mientras la miraba verdaderamente asustada. Madison asintió aunque su respiración estaba agitada—. ¿Estás segura? —insistió mirándola con preocupación. Madison sonrió traviesa y, justo en ese momento, la maquina dejó de sonar. Zoe respiró aliviada—. De ahora en adelante nada de besos —le advirtió señalándola con el dedo.

Madison sonrió y le hizo una seña para que se acercara. Zoe la miró con advertencia, pero con un gesto ella le dio a entender que se portaría bien. La pelirroja no estuvo del todo segura que fuera cierto, pero aun así, se acercó.

—Te amo —le susurró al oído.

Zoe la miró y, una vez más, sus ojos se humedecieron.

—Yo también te amo, pero ahora debes descansar.

Madison asintió. Lo cierto era que los medicamentos y toda la presión de las horas previas comenzaban a hacerla sentir muy cansada.

—Cuidaré tus sueños —le dijo Zoe, luego le dio un beso en la frente.

En pocos minutos la detective McHale se dejó envolver por el mundo donde Morfeo era un Dios.

Zoe estaba dormida en la silla que se encontraba cerca de la cama. Tenía los brazos apoyados en la orilla del colchón y, sobre ellos, recostó la cabeza. Tras la última revisión que le hicieron a Madison, ella se había quedado dormida sin poder resistirse al cansancio que se adueñó de cada fibra de cuerpo, pero se negó a alejarse demasiado de la cama. Un toque en la puerta la despertó; sobresaltada, Zoe vio a un par de enfermeras entrar. Ambas se movieron con sigilo y le sonrieron comprendiendo que la paciente debía descansar.

Tras un par de minutos, las enfermeras salieron, fue entonces cuando Zoe se desperezó con un largo bostezo después de darle un vistazo a Madison que continuaba dormida. Ella miró hacia la ventana; ya era de día, se dio cuenta y con ello sintió que finalmente llegaba un poco de tranquilidad. Volvió a mirar a Madison y sonrió sin poder evitarlo. A pesar del tubo en su cuello y las marcas de los golpes que tenía en el rostro, dormía apaciblemente. En silencio rogó al cielo porque se recuperara rápidamente.

Otro movimiento en la puerta captó su atención y también despertó a Madison que gruñó cuando el leve movimiento que hizo le produjo un fuerte pinchazo en el cuello. Zoe vio aparecer a Andrew seguido por Benson, y después se puso de pie y se acercó a Madison.

—¿Estás bien? —le preguntó con preocupación.

Madison asintió aunque su rostro estaba fruncido por el dolor.

—Buenos días —saludó Andrew que se detuvo al pie de la cama.

—Buenos días —saludó también Benson.

—Buenos días —respondió Zoe distraídamente sin dejar de mirar a Madison—. ¿Necesitas algo? —le preguntó. Madison negó levemente y se señaló el cuello—. En una hora te pondrán algo para el dolor —le informó y la paciente le sonrió.

Finalmente Madison miró al capitán y a Andrew.

—¿Qué pasa? —gesticuló.

—Terminaron la recolección de evidencias en casa de Mike. Ahora debemos esperar por el FBI —respondió Andrew.

—Aún no retiran a los policías de la puerta —señaló Zoe disgustada.

—Y no lo harán hasta que terminen la investigación —intervino Benson.

—Quieren tu declaración —le informó Andrew a Zoe.

Madison se sobresaltó de inmediato.

—Tranquila —le pidió Benson—. Será oficial —le aclaró.

—Zoe, debes estar cansada y necesitas cambiarte esa ropa —le dijo señalando la blusa manchada de sangre—. Puedo llevarte a casa para que descanses un poco, lo vas a necesitar. Las declaraciones pueden tardar horas —le advirtió Andrew.

Zoe negó con la cabeza antes de hablar.

—No. No me alejaré de Mad.

De inmediato Madison buscó su mano y se la cubrió con la suya. Zoe la miró.

—Ve —le pidió con un susurro.

—No te dejaré sola —insistió.

Andrew intervino otra vez.

—Zoe, es lo mejor. Los del FBI no te darán tregua y debes estar preparada. Tienes que descansar un poco para que tengas las ideas claras. Ellos quieren a Mad —le dijo—, buscarán quebrarte.

—¿Qué? —susurró muy sorprendida sin dejar de mirarlo.

Madison apretó de nuevo su mano y ella, con algo de esfuerzo, apartó su atención de Andrew para mirarla. La detective asintió dándole la razón a su compañero. Los labios de Zoe se separaron ligeramente cuando su respiración se agitó. Su corazón se aceleró. No había bastado con pasar por todo el horror de estar en manos de un asesino, y ahora, cuando creía que todo quedaba atrás, quien la había rescatado, estaba a punto de ser encarcelada por una insólita acusación.

—No quiero dejarla sola —se aferró Zoe.

Andrew se impacientó.

—¿Sabes?, una vez me pregunté qué le veías a Mad para que te quedaras con ella —dijo el detective—, pero ya veo que son inseparables porque son exactamente iguales. Un dolor en el trasero —masculló y se dio la vuelta alejándose de la cama y acercándose a la ventana mientras hundía los dedos en sus cabellos con frustración.

Zoe lo miró sorprendido por el arrebato.

—Madison no estará sola —dijo Benson para tratar de convencer a la pelirroja—, me quedaré con ella —ofreció.

Zoe lo miró sintiéndose todavía un poco absorbida por la insólita situación. Finalmente ella asintió y Madison respiró con alivio.

—Está bien —aceptó la pelirroja mirando al capitán y luego se giró—. No tardaré, lo prometo —le aseguró. Madison acercó sus manos a sus labios y le besó los nudillos, luego le sonrió y asintió con una mirada dulce para tranquilizarla. Zoe le devolvió el gesto antes de soltarse de su mano y alejarse de la cama—. Andy... —el detective se giró—, llévame a casa.

Andrew ni siquiera asintió, se dirigió hacia la puerta, la abrió y esperó a que Zoe saliera de la habitación. Antes de seguirla, él miró a su compañera. “*Cuidala*”, le gesticuló Madison con los labios y él le guiñó un ojo en respuesta.

—Como si no bastara con tener una esposa —masculló Andrew después de cerrar la puerta y echar a andar por el pasillo detrás de Zoe.

Los dos oficiales que custodiaban la habitación cruzaron miradas por las palabras del detective.

Capítulo 30

Cuando Zoe entró a la casa de Madison tuvo la sensación de que había pasado un siglo desde la última vez que estuvo ahí, pero no era así. Solo había pasado poco más de veinticuatro horas. Ella sonrió sin darse cuenta. La relatividad del tiempo.

Zoe volvió a la realidad cuando oyó la puerta cerrarse y se sobresaltó levemente. Se giró y miró a Andrew.

—¿Te asusté? —le preguntó él.

Ella le sonrió.

—Solo estoy un poco nerviosa.

Andrew se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros.

—Ya todo pasó —le aseguró.

—Lo sé. Solo necesito que todo esto termine de una vez. Lo de la declaración me tiene inquieta.

—Es normal —él se alejó de ella y se encaminó hacia la cocina—. Prepararé café y algo de comer, así que puedes tomarte tu tiempo. Es importante que te relajes un poco.

Zoe fue tras él.

—Gracias por hacer esto.

—No tienes que agradecerlo —le dijo y le guiñó un ojo.

Ella le sonrió.

—Iré a ducharme.

—De acuerdo.

Antes de dirigirse a la habitación, Zoe miró la mesa de la cocina. Recordó la caja blanca sobre ella como si la estuviese viendo en ese instante y todas sus entrañas se oprimieron. Ella sacudió la cabeza para alejar la sensación, luego se puso en marcha. Entrar a la habitación que compartía con Madison la tranquilizó un poco. Percibir el familiar aroma de la mujer que amaba fue como un bálsamo para su alma. Sintiendo de pronto muy cansada se sentó en la cama y se dejó caer hacia atrás, luego cerró los ojos. Recordó lo que era despertar junto a Madison, sentir sus brazos rodeándola o ella misma abrazada a su espalda. Sentir su calor era realmente maravilloso, y ni hablar de sus besos. Nunca antes nadie la había besado como Madison.

Un vuelco en su estómago que le recordó lo enamorada que estaba de la mujer de ojos marrones la hizo volver a la realidad. Abrió los ojos y, con un impulso, se sentó. De pronto sintió urgencia por quitarse la ropa que llevaba puesta y dejar que el agua borrara las huellas de las últimas horas en que su vida fue una especie de pesadilla.

Zoe se levantó de la cama y se dirigió al baño, se detuvo frente al espejo. Contempló su reflejo. Tenía marcadas ojeras, sus cabellos estaban algo alborotado, la mancha de sangre en su blusa ya era muy oscura y el vendaje que cubría el corte en su barbilla no mejoraba ni un poco su imagen. Entendió porqué todos insistieron en que necesitaba un descanso. Con los labios fruncidos comenzó a quitarse la ropa, lo cierto era que ya lo requería. Prenda por prenda fueron quedando en el suelo. Cuando quedó completamente desnuda, Zoe entró a la ducha y abrió la llave del agua. La golpeó el frío del agua, pero rápidamente manipuló la llave del agua caliente, en pocos segundos su cuerpo se fue relajando mientras se envolvía en calor.

Cuando Zoe regresó a la cocina, Andrew estaba sirviendo en un plato una buena porción de huevos revueltos con tocineta; en otro había una pila de pan tostado.

—Llegas justo a tiempo —le dijo él sonriendo, luego empujó el plato hacia uno de los puesto de la mesa—. Siéntate —le pidió.

Zoe no había sentido hambre hasta ese momento, así que no dudó en sentarse a la mesa mientras Andrew se servía también.

—Muchas gracias, Andy.

—Ya te lo dije, no tienes que agradecerlo. ¿Café?

—Sí, por favor.

Andrew le sonrió y se llevó la sartén ya vacía, la dejó en el fregadero; luego buscó un par de tazas y las llenó de café.

—Aquí tienes —le dijo poniendo una taza frente a ella.

Zoe de inmediato tomó la taza y bebió un gran sorbo. Cerró los ojos disfrutando del calor y el sabor del café.

—Esto debe ser el néctar de los dioses —murmuró.

Andrew rio.

—Sí, yo creo lo mismo.

Ambos comenzaron a dar cuenta de sus desayunos. Se mantuvieron en silencio mientras saciaban sus apetitos. Fue Zoe quien rompió el silencio.

—¿Qué tan grave es el problema en el que está Mad?

Andrew torció los labios, se apuró en tragar el bocado y luego le dio un sorbo a su café.

—Depende de cuánto presionen. Hablé con Susan, ella solo dijo que Mad le disparó. No creo que haga una acusación en su contra. Sabe lo que hizo su esposo, creo que ella sospechaba que pasaba algo muy malo. Además, siempre se ha llevado bien con Mad. Esos agentes exageraron.

—¿Lo que yo declare puede ayudarla?

—Un poco —le respondió con sinceridad—. Ellos te van a presionar, solo mantén tu versión, no cambies la secuencia de lo que pasó.

Zoe asintió.

—Lo entiendo.

El silencio se paseó un momento más por la cocina.

—Mad iba a perder la cabeza. Estaba desesperada por encontrarte —le confesó Andrew con un tono prudente.

Zoe lo miró algo sorprendida, pero de inmediato comenzaron a pasar ante sí imágenes de Madison buscándola, corriendo en la oscuridad. Sus ojos se humedecieron y tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantener las lágrimas a raya.

—Yo... siempre supe que ella iría por mí —dijo Zoe y su voz se cortó por el nudo en su garganta.

—Y lo hizo —el silencio volvió a hacerse presente mientras terminaban de comer. Cuando terminaron, Andrew recogió la mesa y dejó todo en el fregadero—. Deberías descansar un poco. Lo necesitas. Si regresamos, puedes jurar que Mad se va a levantar y me pateará el trasero, así que vuelve a esa habitación y descansa. Yo me daré una ducha, si regreso a casa con esta pestilencia, Maggie me echará.

Zoe rio.

—Si yo fuera tu esposa y regresaras duchado, te echaría de la casa.

Andrew soltó una carcajada.

—Gracias a Dios que no lo eres —le dijo cuando entraba al baño del pasillo.

A pesar de la ansiedad que sentía Zoe por volver con Madison, logró dormir unas horas. Cuando despertó, el reloj marcaba unos minutos después de las doce. Ella se apresuró a vestirse con unos jeans, un suéter y unas zapatillas deportivas. Cuando salió de la habitación, encontró a Andrew dormido en el sofá.

—Hey, grandulón —lo llamó.

Andrew se sobresaltó y se sentó de un golpe.

—¿Qué pasa?

—Ya es hora de irnos.

Él miró su reloj. Frunció los labios.

—De acuerdo —respondió estrujándose los ojos—. Vamos.

Ambos salieron de la casa y subieron al auto. A esa hora el tráfico estaba congestionado, por lo que tardaron más de lo habitual en llegar al hospital. Como ya se había hecho una costumbre, tuvieron que saltar a los periodistas. En cuanto lograron entrar al hospital, Zoe se apresuró a ir a la habitación de Madison.

—Tengo que hacer una llamada —le anunció Andrew—. Adelántate.

Zoe asintió. Como cada vez que veía a los policías a los lados de la puerta, ella torció el gesto. Con gusto los echaría, pero tenía que resignarse a verlos hasta que la investigación del FBI concluyera. Ella dio un par de toques suaves a la puerta antes de girar el picaporte. Cuando asomó la cabeza, vio a Benson: él de inmediato le hizo señas para que guardara silencio. Ella le dio un vistazo a Madison, estaba dormida. Con sigilo entró a la habitación.

—Hola —saludó al capitán en voz baja, casi susurraba.

—Hola. Está dormida desde que se fueron —le informó Benson también manteniendo el tono bajo, mientras se ponía de pie.

Ella sonrió con alivio.

—Eso es bueno.

—Bien, McHale ya está en mejores manos que las mías, así que me retiro.

Zoe miró a Madison y sonrió.

—Mad se queja de que usted siempre le está llamando la atención, pero creo que es su manera de cuidarla, así que le doy las gracias por eso.

Lo último que Benson esperaba era escuchar esas palabras. La emoción que sintió hizo que su rostro se tiñera levemente de un rojo carmesí. Tuvo que carraspear para encontrar su voz.

—McHale es una maldita suertuda —murmuró.

Zoe rio por lo bajo.

—Y también dice que maldice en exceso.

Benson bufó.

—Cuando despierte, pregúntale de quién es la culpa —murmuró con un tono irónico.

Zoe no supo hacer otra cosa que reír. Benson le guiñó un ojo y luego salió de la habitación. Cuando la puerta se cerró, ella volvió su atención hacia Madison. Las ojeras que horas antes se le marcaban alrededor de los ojos, ya estaban más claras. Ella deseó acercarse y darle un beso, pero se contuvo, prefería que siguiera durmiendo. En ese momento, un toque en la puerta la hizo girarse.

Zoe vio a uno de los oficiales que custodiaban la puerta entrar. Tras él, aparecieron los agentes de traje. Y tras ellos, se encontraba Andrew.

—Zoe Collins, necesitamos que nos acompañe —le dijo uno de los agentes.

Capítulo 31

Zoe miró a Madison, había despertado y observaba a los agentes con evidente irritación. Ella le puso la mano en el hombro para tranquilizarla, luego le dio un vistazo a Andrew; este asintió casi imperceptiblemente, eso le dijo que no había elección. Tenía que ir con los agentes, debía dar su declaración. Su corazón estaba agitado, sentía algo de miedo, pero no por ella, sino por Madison. Esperaba que lo que declarara, no la perjudicara.

Zoe se acercó a ella y le dio un beso en los labios.

—Tranquila, estaré bien —le susurró y le dio otro beso.

Madison le besó la mano antes de soltársela y dejarla ir. Zoe se dirigió hacia la puerta y asintió a los agentes que se dispusieron a escoltarla.

—No la dejes sola —le pidió Zoe a Andrew.

—Te acompañaré —le dijo él.

—No. No quiero que se quede sola. Solo es una declaración, ¿cierto? Estaré bien.

Andrew respiró profundo y arriesgó un vistazo hacia Madison. Los ojos marrones lo miraban incendiados por la rabia desde la cama, pero también con una enorme frustración. Madison le gesticuló, “ve con ella”. Él se encontró en medio de un gigantesco dilema.

—Iré contigo —insistió él.

Zoe se acercó a él.

—Andy, por favor, quédate con ella —le insistió con una mirada suplicante.

Andrew se frustró. Volvió a mirar a Madison. “Ve con ella”, le repitió su compañera esta vez con una mirada de advertencia. Él miró a Zoe.

—Escúchame bien. Iré contigo, no habrá más discusión sobre eso. Prefiero que te enojas conmigo a recibir luego un par de golpes de ella —le dijo moviendo la cabeza para señalar a su compañera.

Zoe miró a Madison y negó con la cabeza desaprobando lo que hacía, pero finalmente se rindió, se dio la vuelta y fue tras los agentes que la esperaban en el pasillo. Andrew también salió de la habitación cerrando la puerta tras él y los siguió.

El camino hacia el Departamento de Policías de Richmond donde los agentes del FBI encargados del caso tenían una oficina asignada, fue incómodo para Zoe. Ella se sentía nerviosa; Andrew, que iba sentado junto a ella, estaba muy callado mostrando su irritación hacia los agentes, y estos, también guardaban silencio ignorando la situación. Cuando finalmente llegaron, Zoe respiró aliviada; todos entraron al edificio y en pocos minutos ella se encontraba sentada en una de las dos sillas que había en la oficina. Andrew permanecía a su lado.

Uno de los agentes se sentó tras el escritorio, mientras el otro se mantuvo un tanto apartado, recostado de la ventana.

—Grabaremos esta sesión —le informó el agente tras el escritorio y procedió a encender una cámara. Zoe asintió—. Bien, señora Collins, relátame cuando fue secuestrada por Patrick Ferguson, comenzando por los momentos previos. ¿Por qué estaba en el estacionamiento en el que la secuestraron?

Zoe miró a Andrew, este asintió instándola a hacer lo que le pedía el agente, entonces ella comenzó a narrar toda la historia. Mientras hablaba, en algunas partes, el agente le hizo una que

otra pregunta para tener un mejor contexto de la situación que ella describía. Zoe explicó con detalles todo lo que había hablado con Ferguson hasta que finalmente llegó al momento en que vio aparecer a Susan en el sótano.

—¿La detective McHale estaba con ella? —le preguntó el agente.

—No de inmediato, apareció unos segundos después que Susan —respondió.

—¿Tenía un arma?

Zoe no quería responder, pero estaba obligada a hacerlo.

—Sí —respondió con la mayor impasibilidad que pudo. No quería parecer nerviosa.

—¿Le apuntaba a la esposa de Ferguson?

—Sí.

Hubo unos segundos de silencio en la oficina. El detective que hacía las preguntas miró fugazmente a su compañero que permanecía recostado del marco de la ventana.

—Continúe —le pidió el detective después.

Zoe así lo hizo, confiaba en que si los agentes cruzaban alguna línea, Andrew intervendría. En ese momento agradecía que se hubiera quedado a su lado. Ella continuó narrando el cruce de palabras entre Madison y Ferguson hasta que oyó la detonación del primer disparo.

—Antes de que le disparara, ¿la detective McHale le apuntaba a Susan Ferguson? —intervino de nuevo el agente.

—No. Madison le apuntaba a Ferguson. Él se dispuso a matarme...

—¿Cómo lo sabe? —la interrumpió.

Zoe se tomó unos segundos para medir sus palabras.

—Madison le dijo que lo dejaría ir si me soltaba, entonces él, Ferguson, se tensó. Ella se dio cuenta cuando me aferró con más fuerza. Yo me desesperé, tuve miedo, sabía lo que él haría. Me mataría. Él movió la mano donde tenía el bisturí hacia mí, fue cuando Madison le apuntó a su esposa. Estoy segura que lo hizo para distraerlo y así fue.

—¿Cómo lo sabe? —quiso saber de nuevo el agente.

Andrew quiso intervenir, pero tuvo que controlarse para guardar silencio, después de todo Zoe lo estaba haciendo bien.

—Porque cuando Madison le apuntó a esa mujer, él aflojó el agarre a mi cuerpo. Se distrajo.

—¿Y fue cuando la detective le disparó a Susan Ferguson?

—Sí.

—¿Recuerda lo que sucedió luego?

—Todo pasó muy rápido —respondió—, pero sí, lo recuerdo. Ella, Susan, cayó el suelo y entonces Madison le disparó a Ferguson. Yo caí con él.

—¿La detective le disparó a Ferguson estando usted cerca de él? —volvió a interrumpir el agente esta vez con un tono suspicaz.

—Sí, pero Madison sabía lo que hacía.

—La detective le disparó a Ferguson mientras la retenía, ¿no cree que puso en riesgo su vida?

—Ella es una víctima —intervino Andrew por primera vez—. Pasó por una situación traumática y, además, como acaba de decir, todo sucedió muy rápido.

—El único riesgo que corrió mi vida fue en manos de ese asesino, ¿qué más tienen que investigar? Si Madison no hubiese llegado, yo no estaría aquí. Él está muerto gracias a ella, ¿deberían agradecerlo!

—De acuerdo —intervino por primera vez el agente que se había quedado cerca de la ventana, pero ahora se movió hacia el escritorio—, mantengamos la calma. Por favor, continúe —le pidió a

Zoe con un tono que procuraba ser amable, aunque fue más bien rígido.

Zoe respiró profundo para calmarse y le dedicó una mirada fulminante al agente frente a ella.

—Después que Madison le disparó a ese hombre —retomó el hilo de su relato—, caí con él. Ella luchó por apartarme, entonces él intentó herirme con el bisturí, pero ella se interpuso. Por eso la hirió en el hombro.

—¿La detective volvió a disparar?

—¡No! No en ese momento —respondió Zoe con impaciencia—. Ella le disparó solo una vez. Después que él la hirió, ella me alejó y en ese instante soltó su arma. Entonces comenzaron a pelear. Se golpearon varias veces, pero al final, de algún modo, Madison volvió a tomar su arma. Ese hombre le dio una patada en el rostro, ella cayó. Estaba a punto de desmayarse cuando él logró tomar de nuevo el bisturí y fue hacia ella, fue entonces cuando volvió a dispararle. Él iba a matarla.

Cuando Zoe terminó su historia, la oficina volvió a quedar en silencio. Andrew, por primera vez escuchaba lo que había sucedido y solo podía imaginar a su compañera desesperada, enfrentada en una cruenta lucha con un asesino por salvar la vida de Zoe. Y casi le había costado su propia vida. Ese pensamiento lo hizo estremecer. Por suerte, Madison era fuerte y ahora se recuperaba, solo esperaba que la investigación concluyera rápido y la tonta acusación que quería hacer el FBI, no fuera más allá.

—La detective McHale me salvó la vida —dijo finalmente Zoe—. Y si me encontrara en la misma situación, querría que actuara igual.

—Bien, señora Collins, volveremos a hablar con usted si es necesario —le dijo uno de los agentes con un tono severo.

En ese momento Andrew se puso de pie e instó a Zoe a hacer lo mismo.

—Agentes —les dijo él a modo de despedida con una leve sonrisa y un tono mordaz, luego tomó a Zoe por el brazo y la dirigió hacia la puerta de la oficina—. Eso fue grandioso —le susurró cuando salieron.

—¿Qué cosa? —le preguntó ella confundida.

—Lo que dijiste al final. ¿Viste sus caras?

Zoe rio.

—Sí. Pero el resto, ¿lo hice bien?

—Así es. Ahora regresemos al hospital, Madison debe estar muy preocupada.

—Dios, solo quiero que se recupere rápido.

En ese momento un par de detectives detuvieron a Andrew para preguntarles por el estado de Madison. Él les aseguró que se recuperaría. Ellos se alegraron y les enviaron saludos. En el camino volvieron a detenerse un par de veces más por la misma razón; Zoe se dio cuenta que había verdadera preocupación por la situación de Madison y eso le gustó mucho.

—No sabía que Mad fuera tan apreciada —le comentó a Andrew cuando salían del edificio.

—Sí. Mad tiene su carácter, pero todos la respetan y reconocen su valía como detective. Es muy intuitiva e inteligente. Es la mejor.

—Estás orgulloso de ella.

—Sí, pero no se lo digas.

Zoe rio.

—Es la mejor, pero patear traseros.

Andrew soltó una carcajada.

—Sí, y también le gusta patear traseros —reconoció.

Poco después los ojos verdes de Zoe se encontraron con los marrones de Madison en cuanto abrió la puerta de la habitación. Durante unos segundos la mirada de la detective estuvo llena de incertidumbre, pero entonces Zoe sonrió y eso bastó para que ella respirara con alivio y le devolviera el gesto con la misma ternura.

Capítulo 32

Siete días después...

—Solo quiero saber porqué el médico tarda tanto —le susurró Madison a Zoe.

—No está tardando, es que eres impaciente.

Madison torció el gesto con evidente fastidio, ya estaba cansada de estar en el hospital, pero especialmente, de no poder hablar. Ese día esperaba por el médico que le daría un nuevo diagnóstico sobre el estado de su laringe tras varias pruebas que le habían realizado el día anterior y ella esperaba que la inflamación hubiera disminuido lo suficiente para que le quitaran la cánula que le atravesaba la garganta. En ese momento, Madison se encontraba sentada en una silla de ruedas de la que colgaba una bombona de oxígeno. Zoe ocupaba la silla para visitantes, cerca de la cama.

Madison se paseaba por la habitación de un lado para otro en la silla; incluso en su estado, era incapaz de permanecer en un solo lugar y eso le resultaba gracioso a la pelirroja.

—Mad, vas a cansarte.

Ella desechó su comentario con un gesto con la mano, pero en ese instante hubo un toque en la puerta y luego se abrió. Al alta figura de Andrew apareció bajo el marco.

—Buenos días —saludó. Madison torció el gesto—. Sí, también es un gusto verte —masculló su compañero.

—Está impaciente porque aún el médico no ha venido —le explicó Zoe, mientras se levantaba de silla y se acercaba a él para saludarlo con un beso en la mejilla.

—Ya no debe tardar —le dijo él.

—Eso ya lo sabe.

Pero Madison seguía con el gesto torcido, solo la llegada del médico podía cambiar su humor. Un nuevo toque en la puerta llamó la atención de los tres. Finalmente el médico llegó acompañado de una enfermera.

—¡Buenos días! —saludó con jovialidad. Zoe y Andrew respondieron el saludo al unísono. Y Madison movió la silla para acercarse al médico—. Bien, te tengo buenas noticias.

Zoe vio a la mujer que amaba respirar aliviada; se acercó a ella y la tomó de la mano para recibir las noticias.

—¿Le quitarán la cánula? —le preguntó al médico, sabía que era lo que Madison anhelaba escuchar.

—Sí —respondió el hombre de bata blanca—. La inflamación en la laringe ha disminuido lo suficiente para permitir el paso del aire, ya lo confirmamos ayer con la laringotraqueoscopia. Sin embargo, quería una segunda opinión y mis colegas concordaron con mi diagnóstico. Tuviste suerte que la fractura no fuera más traumática, eso ha permitido que tu sistema responda a los antiinflamatorios como esperábamos —comentó sonriendo—. Pero... —recalcó levantando el dedo índice—, debes permanecer con el cuello inmovilizado —le advirtió.

Madison torció los labios, provocando que todos sonrieran.

—¿Cuándo lo harán? —quiso saber Zoe.

—Comenzaremos con la evaluación hoy, si todo va bien, procederemos con la decanulación

mañana.

—¿De qué tipo de evaluación habla? —le preguntó Andrew.

—En primer lugar, evaluaré la deglución de Madison. Es frecuente que pacientes con traqueotomía presenten trastornos de deglución. Para ello comenzaremos realizando una endoscopia. Luego haremos una evaluación de su respiración —respondió el médico. Madison levantó el pulgar en señal de aprobación—. Bien, hagámoslo. Prepara el equipo —le pidió a la enfermera que lo acompañaba.

La enfermera asintió y salió de la habitación en busca del equipo, mientras Madison regresaba a la cama. Zoe la ayudó con la bombona de oxígeno. Andrew, por su parte, se encargó de alejar la silla de ruedas de la cama, dejándola en una esquina.

Cuando la enfermera regresó, el médico le pidió a los acompañantes que esperaran afuera. Madison hubiese preferido que al menos Zoe se quedara con ella, pero las órdenes del médico debían acatarse al pie de la letra.

—Necesito que te relajes —le dijo el médico.

Ella asintió levemente indicando que comprendía, entonces el médico comenzó a llevar a cabo el procedimiento.

Al día siguiente, de nuevo Zoe y Andrew se encontraban afuera esperando a que el médico realizara la decanulación. Las evaluaciones que le habían hecho a Madison indicaban que estaba lista.

Zoe caminaba inquieta por el pasillo bajo la atenta mirada de Andrew y los oficiales que continuaban custodiando la habitación.

—¿No prefieres ir a la sala de espera? —le ofreció Andrew.

—No —respondió ella al tiempo que se mordía la uña del pulgar derecho.

—Está bien. Iré por un café, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Para ti será un té.

—Sí.

Andrew sonrió percatándose que Zoe no le prestaba mucha atención. Finalmente se alejó por el pasillo para ir por el café.

El corazón de Zoe palpitaba fuerte en su pecho, si bien habían esperado esos días que Madison mejorara lo suficiente para que le retiraran la cánula de la garganta, en ese momento se sentía muy nerviosa. Temía que por alguna razón no pudieran retirar el tubo en el último instante o que Madison, al verse liberada, cometiera algún error que pusiera en riesgo su recuperación. Por suerte, la herida en su hombro estaba sanando sin problemas, aunque todavía limitaba un poco los movimientos de la detective.

Los minutos pasaban lentos para Zoe. “¿Por qué tardaban tanto?”, se preguntó en el momento en que vio a Andrew regresar llevando un par de vasos desechables.

—¿También vas a comerte el dedo? —le preguntó él con un tono divertido al ver que Zoe continuaba mordiéndose la uña.

Ella torció el gesto y apartó el pulgar de su boca. Andrew le tendió el vaso con el té y ella lo tomó.

—Gracias.

—Por nada. ¿Segura que no quieres ir a la sala de espera?

—Sí, estoy segura. Sabes que no quiero dejar a Mad sola.

Y era cierto, en esos siete días Zoe apenas se había apartado del lado de Madison para ir a su casa a cambiarse de ropa y descansar al menos un par de horas.

Los minutos continuaron pasando sin que hubiese señales de nada. Andrew comenzaba a preocuparse, ¿realmente quitar un tubo tomaba tanto tiempo? Aunque si lo pensaba, todo debía ir bien porque de lo contrario, la enfermera hubiera salido en busca de apoyo médico o de algún instrumento o medicamento. Zoe, por el contrario, se había tomado el té, pero estaba más inquieta con cada minuto que pasaba.

Pareció que había pasado siglos cuando la enfermera abrió la puerta.

—Pueden pasar —les indicó.

Zoe se apresuró a entrar y rápidamente se acercó a la cama. Ahora Madison no lucía la cinta de fijación de la cánula, sino un trozo de gaza sujeta con adhesivo sobre el orificio de la Traqueostomía. Madison, que estaba sentada en la cama, le sonrió al verla, luego se llevó la mano al punto de gaza y presionó un poco.

—Hola —le dijo con voz rasposa.

Zoe se llevó la mano a la boca por la sorpresa y en segundos sus ojos se inundaron de lágrimas que se derramaron libremente. La emoción la lanzó a los brazos de Madison que la recibió con los brazos abiertos y una enorme sonrisa.

—Cuidado con el cuello —le advirtió el médico. En ese momento Madison no llevaba el collarín que le protegía el cuello, así que debía ser muy cuidadosa.

Todos, Andrew, el médico y la enfermera, contemplaron la escena sonriendo. Era una escena conmovedora. Madison la abrazó con cuidado, pero con intensidad. Como solía hacer cada vez que la tenía entre sus brazos, aspiró el aroma de sus cabellos. Poco a poco el abrazo fue bajando de intensidad hasta que Zoe se separó, y ella le secó las lágrimas.

—¿Cuándo podemos ir a casa? —preguntó Zoe sin dejar de mirar a la mujer de ojos marrones.

—Quiero tenerla en observación al menos hasta mañana —respondió el médico—. Si no surge ningún problema con su respiración, podrás llevártela a casa en menos de veinticuatro horas.

Zoe sonrió y volvió a abrazarse a Madison.

Esas horas pasaron y, al día siguiente, Madison se encontraba lista para dejar el hospital; y no solo estaba contenta por el alta. A eso se le sumó que los dos oficiales que custodiaban su habitación fueron relevados por alguna razón que ella no estaba interesada en saber.

Durante el proceso del alta, el médico le dio instrucciones detalladas a Zoe de los cuidados que debían tener, pero especialmente, la paciente no podía quitarse el collarín. Ella prometió que lo llevaría cada segundo.

Benson, que había visitado a Madison varias veces, ese día acudió al hospital para ayudar, sabía que la prensa estaría ávida por saber los detalles del estado de la detective o al menos tratarían de obtener alguna fotografía. Andrew las acompañaba, pero un poco de ayuda nunca estaba de más.

Andrew condujo a Madison en la silla de ruedas, por políticas del hospital, hasta la puerta de salida. En cuanto los periodistas notaron que salía, se apresuraron a agolparse gritando y lanzado preguntas, pero fueron contenidos por algunos oficiales. La luz del día evitó que los flashes los cegaran, sin embargo, no cesaron de dispararse hasta que Madison entró en la patrulla que la conduciría a su casa. Luego entró Zoe y Andrew. Benson ocupó el lugar del copiloto. Un patrullero los llevaría a su destino.

—Vaya locura —dijo Zoe mirando a los periodistas ir tras la patrulla sin dejar de extender sus micrófonos ni dejar de grabar. Seguramente estaban transmitiendo en vivo para algún canal local. Madison le aferró la mano y le sonrió mirándola a los ojos. Pronto estarían en casa.

Capítulo 33

Andrew se adelantó para abrir la puerta de la casa para que los demás entraran. Madison entró en primer lugar y se encaminó hacia el sofá.

—No, vamos a la habitación —le dijo Zoe.

Madison hizo un gesto de negación con las manos; fue directo al sofá y se sentó. El collarín que le inmovilizaba el cuello presionaba la gaza en el orificio que le dejó la traqueotomía, lo que le facilitaba un poco hablar, aunque su voz era como un susurro.

—He estado demasiado tiempo en una cama, me quedaré aquí —dijo con determinación.

—Ya comenzamos —se quejó la pelirroja.

Benson sonrió por lo bajo y Andrew lo imitó, mientras dejaba el pequeño bolso con la ropa de Madison en el suelo, cerca de la puerta.

—Debes tener mucha paciencia —le dijo el capitán a Zoe, mientras tomaba asiento en uno de los sofás individuales.

Madison le dedicó una mirada desaprobadora por el comentario, pero no dijo nada al respecto.

—Y carácter, o hará lo que le dé la gana, como siempre —complementó Andrew también poniéndose cómodo en el otro sofá.

—Vaya compañeros —murmuró Madison.

Zoe se sentó junto a ella.

—No voy a permitir que se desate —les aseguró—, así que será una lucha de caracteres.

—Ya basta de hablar de mi —pidió tratando de desviar el tema—. Capitán, ¿ha logrado saber algo sobre la investigación?

—No —respondió Benson—. Todo está muy hermético. Lo que sí puedo decirles es que esos agentes tienen a los técnicos forenses trabajando bastante. Sobre todo en la primera escena.

—Deben estar tratando de comprobar cómo fue la muerte de Brooke —dijo Andrew.

—Eso es lo que creo también —apoyó el capitán—. El alcalde volvió a exigir claridad en la investigación. Él tampoco sabe mucho, a pesar de que está en constante contacto con el fiscal.

—Las declaraciones que hizo durante el sepelio de Brooke estuvieron teñidas de mucho dolor —comentó Zoe—. Me hubiese gustado acompañarlos.

Después de esas palabras la sala quedó en silencio, todos recordaron algún momento de los pocos que habían compartido con Brooke. Pero al final, su recuerdo se teñía de desconcierto y cierto resentimiento por su última actuación. Intentar ayudar a un asesino era algo deshonesto para cualquier agente de la ley.

—Bien, los mantendré informados de todo cuanto pueda averiguar —dijo Benson al tiempo que se ponía de pie—. Tengo un compromiso, así que ya debo irme. McHale, me alegra que estés en casa.

Madison le sonrió.

—Gracias, señor —le dijo con voz rasposa.

—Yo también me iré —lo secundó Andrew—. Deben descansar, ha sido una larga semana.

Ambos hombres se despidieron y luego salieron de la casa dejando a las mujeres a solas. La pelirroja, que acompañó a los hombres a la puerta, volvió junto a Madison.

—¿En serio vas a quedarte aquí?

Madison torció los labios.

—Solo uno minutos —le respondió haciendo pucheros.

El tierno gesto no le permitió a Zoe hacer ningún tipo de objeción.

—Eres tan desvergonzada —murmuró completamente desarmada por los encantos de la mujer de ojos marrones.

Madison rio, luego le tomó la mano y se la besó.

—Solo quédate a mi lado —le pidió pasándole un brazo por los hombros para acercarla a su cuerpo.

Zoe tuvo cuidado de acomodar la cabeza en su hombro sin tocar el collarín. El silencio se hizo presente, cada una perdida en sus pensamientos. Madison agradecía que ella estuviera a salvo y a su lado. Esperaba que algo como lo que acababa de suceder con Ferguson jamás se volviera a repetir. Sin embargo, sentía que tenía que pedirle perdón, después de todo, por ella había sucedido todo aquello.

Zoe, por su parte, se sentía feliz porque Madison se encontraba bien y recuperándose; estaba segura que muy pronto volvería a ser la misma de siempre.

—Zoe, en el tiempo que estuve en el hospital, no he podido hablarte.

La pelirroja se separó un poco de ella y levantó la cabeza para mirarla.

—¿Pasa algo?

Madison sonrió por el gesto de incertidumbre que se dibujó en el rostro de la mujer que amaba.

—No. Al menos no es nada malo. Yo... solo quería pedirte perdón.

Ahora Zoe se incorporó hasta quedar sentada frente a ella y la miraba con el entrecejo fruncido.

—¿Perdón?

—Sí —ella respiró profundo para darse unos segundos para ordenar sus ideas—. Ferguson fue por ti para vengarse de mí... Estuviste en peligro por mi culpa —susurró al pronunciar las últimas palabras. Apartó también la mirada de ella.

Zoe se quedó sin palabras. Madison estaba hablando completamente en serio; se mostraba verdaderamente apenada, y vulnerable como nunca antes la había visto y eso le estrujó el corazón hasta que sintió dolor.

—Madison —Zoe susurró el nombre mientras le tomaba el rostro entre sus manos para que la mirara. Cuando los ojos marrones se posaron en los suyos, ella le sonrió con toda la ternura que la detective le inspiraba. Sin decir una palabra, simplemente se acercó y posó los labios sobre los de Madison; cuando se alejó, la sonrisa volvió a aparecer—. Yo no tengo nada que perdonarte, Mad. Nada... —le repitió y volvió a besarla.

Madison se estremeció por la ternura que la envolvió con ese beso. Nunca antes se había sentido así y no pudo más que entregarse. Zoe la estaba liberando de la culpa que sentía, con su ternura, con su amor y ella la protegería y le entregaría su vida desde ese instante.

Zoe rozó una última vez sus labios, pero no se alejó, juntó sus frentes para que ambas respiraran el aire que las rodeaba.

—Vamos a la habitación.

Madison la miró sorprendida.

—Señora Collins, por si no lo recuerda, estoy convaleciente.

La pelirroja la golpeó ligeramente en el brazo.

—No es para eso, tonta. Solo quiero que descanses.

Madison torció el gesto.

—¿Pero podemos hacer otras... cosas? —preguntó con un tono seductor.

Zoe rio

—¡No!

—¿Por qué no? Me duele el cuello, pero puedo hacer otras cosas.

Zoe soltó una carcajada, Madison era incorregible.

—Vamos, levántate —la instó poniéndose de pie y luego tendiéndole la mano para ayudarla. Madison rio con picardía, pero se puso de pie y se dejó llevar a la habitación. El lugar estaba limpio y ordenado. Zoe la condujo hasta la cama y la hizo sentarse—. Buscaré ropa para que te cambies.

Mientras la pelirroja iba al closet, la detective se deshizo de las zapatillas y los calcetines; luego fue el turno de la camisa, que desabotonó y se quitó. En ese momento Zoe volvió a su lado.

—Con una camiseta estarás cómoda —le dijo y se la pasó con cuidado por la cabeza a Madison, luego esperó a que esta metiera los brazos.

—Sabes que puedo vestirme sola, ¿cierto?

—Lo sé, solo quiero asegurarme de que no hagas algún movimiento que te lastime.

—Mmmm...

La cercanía y el aroma de la piel de Zoe estaban despertando sensaciones en Madison, por lo que levantó las manos y las posó en sus muslos y fue subiendo lentamente, mientras se acercaba para besar su vientre por encima de la tela. Zoe detuvo el avance de las manos hacia sus caderas.

—Mad, estás convaleciente y yo no soy de hierro —murmuró con un tono de advertencia.

Madison sonrió contra su vientre cuando notó el matiz ronco en su voz.

—Solo quiero besar un poco por aquí —le dijo liberando sus manos, luego levantó la tela del suéter que Zoe llevaba puesto.

La pelirroja se estremeció cuando sintió los labios en su piel, luego un leve mordisco. Su respiración se estaba agitando rápidamente y el calor que provocaba sus besos en su vientre descendía lentamente a un punto muy sensible entre sus piernas. Sabía que debía detenerla, pero Madison siempre sabía dónde y cómo tocarla, y ahora una de sus manos bordeaba el triángulo entre sus piernas, presionando sobre la gruesa tela del jean, provocando fuegos artificiales en todo su ser. Cuando sintió la otra mano tratando de desabotonar el pantalón, Zoe tuvo que esforzarse por salir de las garras del deseo que ya se hundían en su cuerpo. De nuevo detuvo las manos de Madison y logró alejarse de ella.

Zoe tuvo que tomar varias inspiraciones para poder hablar.

—Eres una verdadera amenaza.

Madison sonrió con los ojos brillando de deseo.

—Fuiste tú la que te acercaste —arguyó con un tono sugerente. Su respiración también estaba agitada.

—Y además una maldita desvergonzada —murmuró con el rostro encendido por el deseo que recorría su cuerpo.

Madison soltó una carcajada.

—Tú me haces desearte, así que si eso me convierte en una desvergonzada, entonces lo acepto. Soy la mayor de las desvergonzadas.

—Quítate el pantalón —le pidió. Madison arqueó una ceja interrogante—. No para lo que piensas, idiota —la detective sonrió, pero no dijo nada. Se quitó el pantalón y luego se puso el short que Zoe le entregó—. Ahora acuéstate para que descanses.

—¿No me acompañarás?

—Por supuesto.

Madison contempló en silencio como la pelirroja se cambiaba de ropa, terminando con un pijama de algodón de pantalón corto. Ella la esperó en la cama, cuando la tuvo a su lado, la dejó descansar la cabeza en su hombro sano.

Madison no se durmió de inmediato, pero Zoe sí, así que ella se quedó en medio de la leve penumbra aunque era de día, solo sintiendo el calor del cuerpo que la abrazaba, el aroma de los cabellos y la piel de la pelirroja. Ese simple acto, estar así, juntas, sintiéndose, cuidándose, era lo más hermoso que había sentido en su vida. Y su corazón, fiel a lo que sentía, le pedía, le imploraba, que lo dejara vivir así por el resto de su vida.

Madison sonrió. En ese instante comprendía que vivir no era simplemente respirar... vivir era entregar el corazón. Vivir es amar y ser amado.

Capítulo 34

Cuando Zoe despertó se encontró sola en la cama; se incorporó hasta sentarse, aguzó el oído tratando de determinar si Madison se encontraba en el baño, pero no escuchó nada. Un largo bostezo la hizo espantar un poco el sueño que aún sentía. Finalmente se levantó de la cama y salió de la habitación.

Madison se encontraba sentada en la mesa y, frente a ella, tenía su computadora portátil. Estaba tan concentrada escribiendo que no se percató de la presencia de la pelirroja.

—¿Qué haces? —le preguntó Zoe.

Madison se sobresaltó levemente.

—¡Me asustaste! —se quejó torciendo un poco el gesto por el dolor que sintió en el cuello por el sobresalto.

—Lo siento —se inclinó y le dio un beso fugaz en los labios—. ¿Qué haces? —repitió al tiempo que se sentaba también a la mesa.

—Escribo un informe del caso —respondió dejando de escribir.

—¿Te lo pidieron?

—No, pero lo harán —dijo encogiéndose de hombros.

—No deberías estar trabajando. Haz ese informe cuando te lo pidan.

—Solo quiero adelantar un poco.

Zoe la miró con los ojos entornados, pero no dijo nada, solo hundió los dedos en sus cabellos para peinarlos un poco.

—Vaya que me dormí —comentó.

—Fueron muchos días en el hospital, necesitabas descansar.

—Hasta nos saltamos el almuerzo.

Madison sonrió.

—Ya casi es hora de cenar —le dijo.

—No hay mucho en el refrigerador, pero creo que puedo arreglármelas —comentó la pelirroja.

—No te preocupes. Andrew viene, así que le dije que trajera comida.

—Oh, perfecto.

Madison le guiñó un ojo. En ese momento, tocaron a la puerta.

—Espero a Andrew, pero ese toque no parece el de él —comentó.

Zoe frunció el entrecejo.

—¿Ahora adivinas quién está en la puerta por su toque?

—No puedo adivinar quién es, pero sé quién no es. Y no es Andrew.

Zoe rio y le sacó la lengua antes de levantarse e ir a abrir la puerta. Ella aún sonreía cuando abrió, pero el gesto se borró casi de inmediato.

Zoe la había visto solo una vez, en medio de un infierno, sin embargo, jamás la olvidaría.

—Hola —la saludó Susan con una sonrisa forzada y tímida.

La pelirroja tardó unos segundos en responder, los recuerdos de todo lo que pasó en el sótano se agolparon en su mente provocando que su corazón se agitara y su piel se erizara.

—Hola —respondió finalmente.

—Yo... quisiera hablar con Madison. Me dijeron que ya no estaba en el hospital.

—Adelante —la invitó. Susan mostró una vez más esa sonrisa que ocultaba su nerviosismo y entró a la casa—. Mad... —la llamó Zoe.

Madison se giró en la silla y en su rostro se dibujó un gesto de sorpresa.

—Susan... —murmuró el nombre al tiempo que se ponía de pie y se acercaba a ella.

—Hola —la saludó Susan.

—Hola. ¿Pasa algo? ¿Te encuentras bien?

Susan sonrió por la ironía que era que Madison le preguntara eso cuando era ella la que acababa de salir del hospital y llevaba un collarín.

—Sí —respondió con timidez—. Yo solo...

—Por favor, siéntate —la invitó Madison.

—¡No! —exclamó, pero luego moderó su tono de voz—. No tardaré. Yo solo... —Madison la miraba atenta— quería decirte que siento todo lo que pasó.

—Susan, no tienes que...

—No, por favor, déjame decir esto —le pidió y Madison, después de unos segundos, asintió—. Siento todo lo que pasó. Yo no tenía idea de lo que Patrick hacía. Sabía que algo no andaba bien, debí hacer buscar ayuda.

—Lo que hizo no es tu culpa —le dijo Zoe. Ella podía percibir la angustia de la mujer.

—Lo sé, pero tal vez si yo hubiese dicho algo, todo lo que hizo... no hubiese sucedido —alegó Susan.

Madison pensó que Susan tenía algo de razón, pero no iba a decírselo; ya era demasiado peso para ella cargar con lo que había hecho su esposo.

—Eso no hay manera de saberlo y tú no debes pensar en ello.

—Lo hago —dijo ella con la voz un poco ronca por el nudo en su garganta—. Y quiero que sepas que esos agentes me dijeron que puedo acusarte... ya sabes, por...

—Susan, yo lamento haberte disparado. No lo planeé, te lo juro. Yo solo... —Madison miró a Zoe—. Yo solo necesitaba ponerla a salvo —dijo tomando la mano de la pelirroja.

—Lo sé, y lo entiendo. Yo no voy a acusarte, eso quiero que lo sepas.

Madison sonrió levemente.

—Gracias.

El silencio se hizo presente inesperadamente por unos largos segundos.

—De acuerdo, ya debo irme. Solo quería decirte que me alegra que estés bien —le dijo Susan.

—Gracias. Y yo lamento la muerte de... tu esposo.

Susan sonrió con pena.

—Gracias. Ya debo... irme.

—Te acompaño —le ofreció Zoe aunque estaban prácticamente en la puerta.

Susan le agradeció el gesto con una sonrisa, se despidió de Madison con la mano y luego, en silencio, salió de la casa. Zoe esperó a que ella llegara hasta la acera para cerrar la puerta.

—Vaya —murmuró Zoe.

—No puedo imaginar lo que todo esto ha sido para ella —susurró Madison.

—Debe ser muy duro. Descubrir que tu esposo resultara ser un asesino y bueno, todo lo demás.

—Sí.

Ambas se quedaron en silencio por unos segundos, luego Madison tomó de nuevo a Zoe de la mano y la condujo hacia el sofá, donde se sentaron.

—No hemos hablado de lo que viviste —le señaló con tacto—. ¿Quieres hacerlo?

Zoe miró sus manos entrelazadas.

—Tuve mucho miedo —confesó—, pero sabía que irías por mí.
—No sabía dónde buscarte.
—Él me dijo tantas cosas, Mad. Vi en sus ojos su odio, su maldad, su monstruosidad. Es increíble cómo puede vivir alguien así entre nosotros.
—Son manipuladores, saben integrarse, actúan según su conveniencia y necesidad de camuflarse. Pero sobre todo, saben manipular.
—Es cierto. En algún momento él me hizo dudar.
Madison frunció el entrecejo.
—¿Dudar? —le preguntó.
Zoe asintió con timidez.
—Él decía que tú eras la culpable de que yo estuviera allí...
—Y llegaste a creer que era cierto —adivinó Madison.
Zoe asintió de nuevo.
—Dudé de ti —le dijo con la voz apagada.
Madison la miró con ternura.
—Por eso antes intenté pedirte disculpas. Me he sentido tan culpable por ponerte en peligro. En esos momentos solo me culpaba, pero es parte del juego de manipulación de personas como Ferguson. Dirigen su odio hacia otros; culpan a los demás de sus fracasos. En su caso, él me culpaba a mí por haber perdido a su esposa. Y ahora sabemos que Susan se alejó de él cuando sospechó que algo pasaba, aunque no sabía exactamente qué.
—Entonces creemos que lo que hicimos, o dejamos de hacer, fue la causa de sus locuras.
—Exacto. En ellos, en sus mentes, es donde reside la locura, la maldad. Nosotros solo debemos enfrentarlos para que no hagan daño.
—Y ese es tu trabajo.
Ella asintió.
—Y ese es mi trabajo —le confirmó.
—No me gusta que tengas que enfrentarte a personas como él.
Madison torció los labios.
—Lo sé. Y una vez más solo puedo prometerte que tendré cuidado.
Zoe bufó.
—¿Así como quitarte el collarín para ir a enfrentar a ese hombre?
—¿Cómo sabes eso?!
—Andrew me lo contó todo.
—Vaya compañero me gasto —se quejó Madison.
Zoe rio por su mohín, luego le dio un beso. En ese instante tocaron a la puerta y ellas se miraron con un gesto interrogante.
—¿Es quién es? —bromeó Zoe.
—Es Andrew, puedes apostar. Y va a usar su llave.
Zoe arqueó una ceja cuando oyó que la cerradura hizo click y, un segundo después, la puerta se abrió.
—¡Hola! —saludó Andrew con entusiasmo.
Zoe miró a Madison, quien le guiñó un ojo y rio por lo bajo.
—Hola —le respondió la pelirroja.
—Traje la cena —anunció él yendo hacia la cocina—. ¿De qué se ríen?
—De ti —le respondió Zoe mientras ayudaba a Madison a levantarse; se dirigieron juntas

también hacia la cocina.

—¿De mí? ¿Ahora soy un payaso?

—No ahora, siempre —le dijo Madison y se ganó una mirada de reojo de su compañero—. ¿Qué trajiste?

—Comida italiana.

—Sé más específico —le pidió Zoe echando un vistazo a una de las dos bolsa que Andrew dejó sobre la encimera.

—Para Zoe y para mí, lasaña de carne picada y bechamel. Para ti... —hizo una pausa para sacar el envase y dejarlo sobre la encimera frente a Madison con una sonrisa de suficiencia—, una deliciosa sopa de pollo y tallarines.

—¿Sopa? ¿Qué hay de esa lasaña?

—¿Recuerdas tu dieta líquida? —le preguntó Andrew sin abandonar la sonrisa.

Madison le disparó dardos con los ojos.

—Sabes que aún puedo patearte, ¿cierto?

—Sí, pero no delante de ella —le dijo con un tono burlón señalando a Zoe—. Ella no te dejará ni siquiera bañarte sola, mucho menos lanzar una patada.

Madison miró a Zoe, y esta frunció los labios asintiendo para darle la razón.

—Dame mi sopa —murmuró Madison torciendo la boca.

Zoe lo entregó el envase y ella se fue a la mesa murmurando algo que nadie en la cocina entendió.

Capítulo 35

—Esa lasaña sí que estaba deliciosa, ¿cierto Zoe? —chinchó Andrew a Madison mientras se frotaba el estómago.

Zoe solo rio mientras recogía los envases de la mesa. Si Madison pensó en decir algo al respecto, se quedó en intenciones, porque precisamente en ese momento, el teléfono de Andrew comenzó a sonar.

—Es el capitán —anunció tras sacar el teléfono del bolsillo y mirar la pantalla. Contestó la llamada—. ¿Señor?

—*¿Estás con McHale?* —le preguntó Benson.

—Sí, señor.

—*Enciende la tv, canal local* —le indicó el capitán y terminó la llamada.

Andrew se puso de pie de inmediato y se dirigió hacia la sala.

—¿Qué pasa? —le preguntó Madison.

—Hay algo en la tv —le contestó él mientras encendía el aparato.

Tanto Madison como Zoe se acercaron también a la sala. Andrew buscó el canal local. En la pantalla del tv los tres vieron a los agentes del FBI en lo que parecía una rueda de prensa desde el Departamento de Policías. Uno de los agentes hablaba tras el pequeño pódium, mientras su compañero permanecía a su lado.

—... *Dada la importancia de este caso, la oficina del forense utilizó gran parte de su equipo humano y recursos tecnológicos para reconstruir los hechos del día ocho de octubre. Día en el que la detective Brooke Brady resultó muerta...*

—¿Crees que ya cerraron la investigación? —le preguntó Andrew a Madison sin apartar su atención de la tv.

—Si lo hicieron, no hubo una notificación oficial.

—... *Tras analizar todas las evidencias, los forenses han determinado que la declaración de la detective McHale corresponde a los hechos sucedidos ese día. Por lo que se concluyó que no es procedente una acusación por homicidio en su contra...*

—¡Sí! —exclamó Andrew levantando el puño en señal de victoria.

Madison cerró los ojos con un gesto de alivio, y Zoe se abrazó a ella fuertemente.

—*En cuanto a la investigación llevada a cabo sobre la muerte del forense, Patrick Ferguson, hemos determinado que la detective McHale actuó siguiendo los lineamientos de su entrenamiento como una agente de la ley...*

—Imbéciles —murmuró Andrew.

—¿Eso quiere decir que todo acabó? —preguntó Zoe mirando con ansiedad a Madison.

—Eso parece —le contestó ella todavía mirando la tv.

El agente pasó a dar algunos detalles más sobre la investigación que ellos ya conocían, entonces Andrew apagó la tv.

—Esa historia no quiero escucharla —masculló—. Primero, se atreven a arrestar a Mad en el hospital y luego, declaran que actuó según su entrenamiento. ¡Son unos imbéciles! ¿Por qué no reconocen su error?

—Ya déjalo —le pidió Zoe—, lo importante es que todo acabó.

Madison la rodeó por la cintura atrayéndola más hacia ella y le besó la cabeza.

—Eso es lo importante —la apoyó.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntó Andrew a Madison.

—¿Qué harán ahora? —intervino Zoe—. No harán nada. O al menos ella no hará nada —aclaró mirándolo a los dos con advertencia—. Mad tiene que descansar para que se recupere. Hasta que el médico no le diga que puede volver al trabajo, ella no moverá su trasero a ningún lado.

Madison la miró con las cejas alzadas y la boca abierta.

—Oye, lo que no puedo es mover la cabeza, ¿de acuerdo? No estoy inválida —se defendió.

—No me importa si lo que no puedes es mover son las pestañas. Tú... —la golpeó con el dedo índice en el pecho— no vas mover ni una pluma.

Madison alzó más las cejas con incredulidad. Zoe estaba plantada frente a ella con una pose que no admitía discusión; ella arriesgó una mirada a Andrew en busca de ayuda, pero se encontró con su rostro enrojecido por el esfuerzo que hacía por no reír. Indefensa, solo le quedó frotarse el pecho donde Zoe la golpeó con el dedo.

—Auch... —se quejó con un gesto de dolor.

—Bien, yo me voy antes que este lío me alcance —dijo Andrew y en segundos salió de la casa dejándolas solas en medio de la sala.

—¿Vemos una película? —le ofreció Zoe a la detective con una enorme sonrisa.

Madison flipó. En ese momento no quedaba ni rastros de la actitud de enojo que la pelirroja acababa de mostrar.

—Emmm... ¿no estabas molesta?

Zoe frunció el entrecejo.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Porque hace unos segundos lo parecías. Hasta Andrew salió huyendo.

—¿En serio?

—Sí.

—Pues qué extraño —le sonrió con candidez—. ¿Te apetece la película?

Madison arqueó una ceja y frunció los labios.

—Sí, claro —aceptó finalmente.

Diez días después...

Tras las declaraciones dadas por el FBI, las investigaciones sobre la muerte de Brooke Brady y Patrick Ferguson fueron cerradas oficialmente. En los días previos a eso y en los posteriores, los titulares de la prensa solo hacían referencia al caso de *El disecado*. Todo fue develado en un reporte especial en el periódico más importante del estado de Virginia, en el que se dio a conocer la trágica historia familiar de Ferguson y de todas las personas que asesinó.

En los reportajes también se nombraba constantemente a la detective que había logrado, en poco tiempo, dar con el asesino en serie que por años fue buscado por la policía de Richmond. Madison McHale se convirtió, para la prensa, en una heroína. Ella leía las reseñas, pero creía que tal calificativo no era más que una exageración.

De esa manera, los días fueron pasando hasta que nuevos acontecimientos comenzaron a dominar los titulares, mientras Madison se recuperaba. Impaciente esperó el día en que le harían una nueva revisión y tal vez, o más bien ella esperaba que fuera así, finalmente le quitarían el

collarín.

Acompañada de Zoe, Madison asistió a la consulta del médico que la había atendido en el hospital. Tras realizarle una nueva laringoscopia, el médico determinó que el traumatismo laríngeo que sufrió había sido superado, por lo que le retiró el collarín. Zoe vio los ojos de Madison brillar, definitivamente se sentía liberada. Sin embargo, el médico le advirtió que aún debía conducirse con cuidado y que evitara las actividades que le exigieran fuerza física. Madison frunció los labios, pero se sentía bien poder mover la cabeza con mayor libertad.

—Debo reunirme con el capitán —le anunció a Zoe cuando salieron del hospital y se dirigían al estacionamiento.

Zoe detuvo sus pasos y la miró boquiabierta.

—Bromeas, ¿verdad?

Madison negó con la cabeza y sonrió.

—No. Benson me llamó temprano, me pidió que fuera a su oficina —le dijo retomando la marcha hacia el Volkswagen, pero se dirigió al lado del copiloto, aún no podía conducir.

Zoe se acomodó en el lugar del conductor.

—No iré a enviarte a las calles, todavía te estás recuperando —alegó mientras ponía el auto en marcha y salía del estacionamiento.

—No cariño, aún tengo unos días de licencia.

—¿Entonces qué quiere?

—No lo sé, es lo que voy a averiguar.

Zoe frunció los labios de una manera que hizo reír a Madison, le tomó la mano y se la besó.

—Te dejaré en el departamento de policías, debo ir a la oficina.

—De acuerdo, haré que Andrew me lleve.

Tardaron poco más de treinta minutos en llegar a su destino. En cuando Zoe se detuvo frente al distinguido edificio, vio a Andrew en la entrada. Él le sonrió y se apresuró a acercarse al auto.

—Nos vemos en casa —se despidió Madison y se inclinó para darle un beso en los labios, luego abrió la puerta y descendió del auto.

En ese momento Andrew las alcanzó.

—Hola —saludó a Madison de pasada y rápidamente se inclinó hasta la ventanilla para hablar con Zoe—. Hey, ¿ya te vas?

—Hola Andy. Sí, debo ir a la oficina.

—¿Tienes unos minutos? Quiero mostrarte algo.

Zoe frunció el entrecejo.

—¿Algo?

—Sí, solo tomará uno minutos.

Ella lo pensó unos segundos.

—De acuerdo. Me estacionaré.

—Te esperamos —le dijo Andrew sonriendo y luego se alejó del auto. De pronto, él se encontró con la mirada interrogante de su compañera.

—¿De qué se trata? —le preguntó Madison.

—Una tontería —respondió evasivo—. ¿Liberada? —la chinchó al verla sin el collarín e intentó también cambiar el tema.

Madison lo miró con una ceja arqueada, su compañero estaba actuando extraño, pero decidió no darle más importancia. Ella se pasó la mano por el cuello.

—Sí, definitivamente me siento liberada —le respondió sonriendo con cautela.

En ese momento Zoe los alcanzó.

—Listo —anunció.

—El capitán te espera —le dijo Andrew a Madison y la palmeó en el hombro invitándola a entrar.

Los tres recorrieron el pasillo de la entrada y poco después la detective notó que no había ni un oficial a la vista.

—¿Dónde están todos?

—Emmm... —Andrew miró a todos lados—, no lo sé.

Madison frunció el entrecejo, pero continuó adentrándose por los pasillos que se encontraban en absoluto silencio, apenas se oía en el fondo el ruido que producía el aire acondicionado. Finalmente Andrew abrió la enorme puerta que daba al área donde se concentraban los puestos de los detectives y, en cuanto Madison entró, explotó una ovación que estremeció los cimientos del edificio.

Capítulo 36

—Porque es una buena compañera, porque es una buena compañera, porque es una buena compañeraaaaaaa, ¡y nadie lo puede negar!

Un fuerte vitoreo recorrió los pasillos del edificio cuando los compañeros de Madison, detectives, oficiales y patrulleros, e incluso, el capitán Benson, corearon la popular canción como reconocimiento a su trabajo en el caso que casi le costó la vida.

Madison estaba tan sorprendida, que se quedó plantada en el mismo lugar, apenas con una leve sonrisa, pero con los ojos estallándole de emoción, aunque no con lágrimas. Benson, que lideraba el grupo presente, se adelantó y fue hasta ella. Con una reservada sonrisa, le tendió la mano. Madison la miró y, tras unos segundos, se la estrechó.

—Detective McHale —Benson pronunció el nombre con un tono severo—, buen trabajo —fue entonces cuando el capitán amplió la sonrisa, le soltó la mano y la abrazó fuerte y efusivamente.

Zoe contempló la escena con los ojos inundados de lágrimas. Todo el Departamento de Policías le daba un sencillo, pero valioso, reconocimiento a Madison como detective. En su pecho su corazón estaba inflamado de orgullo. Por caprichos del destino, ella se había enamorado de Madison, una mujer con un carácter irreverente y terco, pero inteligente, apasionada y honesta, y eso era como encontrar el tesoro que se esconde tras el arco iris.

Tras el fuerte abrazo, al que Madison correspondió, capitán y detective se separaron y los aplausos continuaron. Zoe fue la siguiente en abrazarla.

—Felicitaciones, mi amor —le susurró al oído y, al separarse, le dio un fugaz beso en los labios.

Zoe le dio paso a Andrew.

—Madison —él le tendió la mano—, eres la mejor —le dijo con evidente orgullo. Ella se la estrechó sonriendo y luego se fundieron también en un fuerte abrazo—. Ya quiero que regreses, compañera.

—No creo que eso sea cierto —le dijo ella riendo.

Andrew soltó una carcajada.

—Tienes razón.

Los presentes rieron y las felicitaciones y palabras de reconocimiento continuaron. Uno a uno, Madison fue estrechando manos y dando abrazos a los compañeros más allegados.

—Bien —alzó la voz el capitán—, este pequeño reconocimiento no puede estar completo sin un brindis y para eso, así que pueden tomar un vaso de café —los presente lo abuchearon cuando el café comenzó a ser repartido rápidamente, pero Benson solo rio—. A la salud de la detective McHale —él alzó su vaso y todos lo imitaron—. Y también porque deje de ser un maldito dolor en el trasero.

Todos rieron y luego bebieron el café como si fuera vino.

—Sueño, capitán —le dijo Madison y se tomó de un trago el café.

—Bien, ahora regresen al trabajo —les ordenó el capitán lanzando al bote de basura el vaso desechable tras estrujarlo en su mano.

En el lugar se oyó un murmullo quejoso y rápidamente todos comenzaron a dispersarse hacia sus respectivos escritorios.

—Ya se acabó la diversión —murmuró Andrew.

—McHale —la llamó el capitán—, a mi oficina.

Madison asintió, pero antes de ir, miró a Zoe que estaba a su lado.

—Debo ir —le dijo.

—Lo sé —ella se puso de puntillas y le dio un beso—. Felicitaciones de nuevo. Ahora sí, nos vemos en casa.

Madison le guiñó un ojo en respuesta y luego la dejó ir. Andrew acompañó a la pelirroja de regreso al auto, mientras la detective se dirigió a la oficina de Benson.

—Cierra la puerta y siéntate —le pidió el capitán en cuanto entró.

Ella obedeció. Benson esperó a que se sentara para el ocupar su lugar tras el enorme escritorio.

—Señor.

—Madison, en primer lugar, como capitán, quiero que sepas que reconozco el excelente trabajo que hiciste para resolver el caso.

—Gracias, señor.

—Y también como capitán y los años de experiencia que me han traído hasta aquí, quiero darte un consejo. Siempre sigue tus instintos como lo haces, no permitas que nadie, ni siquiera yo, te impida seguirlos.

Benson le habló con tal determinación y evidente orgullo, que Madison tuvo que respirar profundamente, aunque lo hizo con discreción, para deshacer el nudo que amenazó con oprimirle la garganta. Se tomó unos segundos para cambiar de postura, cruzando las piernas y entrelazando las manos en su regazo.

—Sí, señor.

—Estoy orgulloso de tenerte en mi equipo y, aunque la mayoría de las veces eres un desastre, no te cambiaría por cien detectives.

Madison tuvo que apretar los labios para no reír.

—Gracias, señor —dijo con la mayor seriedad que pudo.

—Lo segundo, y es la razón principal por la que te hice venir aquí, es que mis jefes quieren que apliques para sargento.

Madison pestañeó, solo se quedó mirando al capitán con el entrecejo fruncido, luego, con discreción, se giró levemente y miró hacia atrás.

—Señor, ¿habla con alguien más?

—McHale, no te hagas la idiota.

—¿Que aplique para sargento?

—Sí.

—Señor, usted me reprende cada vez que respiro. El FBI me arrestó... ¿y, aun así, los de arriba me quieren como sargento? ¿Acaso se han vuelto locos?

—No McHale, es que reconocemos el talento cuando lo vemos. Eres una detective excepcional, eso está a la vista. Tienes un brillante futuro en el departamento. Incluso, tal vez, un día ocupes este mismo lugar —le dijo Benson golpeando los reposabrazos de la silla que ocupaba.

Madison bufó.

—No creo que logre lidiar con todos esos detectives que... se creen que pueden hacer lo que quiera.

Benson sonrió.

—No es un trabajo fácil, pero creo firmemente que un día llegarás aquí.

Madison supo que el capitán realmente lo creía por el tono con que pronunció las palabras.

—El tiempo lo dirá, señor.

—La solicitud de aplicación para sargento viene con algo más —le informó Benson—. Si lo pasas, estarás a cargo de un equipo de inteligencia.

Madison alzó las cejas, sorprendida.

—¿Qué?

—Tendrás tu propia oficina y un equipo de cinco detectives.

—¿Andrew estará?

—Si lo quieres, por supuesto.

Madison guardó silencio, pero en ningún momento dejó de mirar a Benson. “¿*Esto realmente está sucediendo?*”, se preguntó. Tuvo el impulso de mirar por la oficina para buscar una cámara escondida, pero se contuvo, seguramente el capitán terminaría riéndose de ella. Después de todo, él estaba siendo bastante formal.

—¿Estás de acuerdo o quieres pensarlo? —le preguntó Benson tras el largo silencio.

—La verdad es que no lo esperaba tras todo el alboroto que hubo con el FBI, pero no estaría nada mal tener una placa de sargento.

—Perfecto. Entonces haz la solicitud en cuanto regreses al trabajo.

—Sí, señor.

—Bien, ahora saca tu trasero de mi oficina.

Madison rio.

—Sí, señor —dijo poniéndose de pie.

En silencio, ambos se estrecharon la mano fuertemente, luego ella salió de la oficina sintiendo que acaba de estar en otro universo. Un universo donde sucedían cosas increíbles, como ser sargento y liderar su propio equipo de investigación. Vaya alucinación.

Madison vio a Andrew en el pequeño escritorio que solía ocupar junto al suyo.

—Hey —lo saludó.

Él levantó la cabeza y le sonrió.

—Hey. ¿Todo bien?

Madison asintió.

—Sí, todo bien. ¿Estás ocupado?

—No.

—¿Puedes llevarme a casa?

—Por supuesto —le dijo poniéndose de pie y tomando su chaqueta del respaldo de la silla—. ¿Pasa algo?

—No vas a creerlo —le respondió mientras recorrían el pasillo que conducía a la salida del edificio.

—¿No me digas que van a suspenderte? —le preguntó Andrew cuando salieron a la calle.

—No. Quieren que aplique para sargento.

Andrew se detuvo en el instante.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste.

—¿Y lo harás?

Madison se encogió de hombros.

—Por supuesto. Es un avance en mi carrera, significa también un mejor sueldo.

—¡Wow! Felicidades —le dijo palmeándola en el hombro.

—Felicítame cuando pase le examen.

—Lo harás, no tengo dudas.

Madison bajó la cabeza unos segundos sintiéndose intimidada por la confianza que tenía su compañero en ella.

—Gracias.

—Debemos celebrarlo. Te invito una cerveza.

—¿No tienes que regresar?

Andrew torció el gesto. Hablaban mientras caminaban hacia el estacionamiento.

—Sí, pero será solo una cerveza.

—De acuerdo.

—Además, no creo que Zoe quiera que te embriagues en plena recuperación.

Madison sonrió.

—Así es. Oye, hay algo más. Si paso el examen, estaré a cargo de un equipo de inteligencia. Te quiero conmigo —le dijo con determinación.

De nuevo Andrew se había detenido ante la buena noticia. Él sonrió entusiasmado.

—Por supuesto. Cuenta conmigo —le dijo estrechando su mano—. Te lo mereces, Mad. Será un orgullo estar bajo tu mando.

—¿Hablas en serio? Porque no tengo idea de cómo liderar un equipo —confesó la detective rascándose la cabeza.

Andrew soltó una carcajada y luego reanudaron el paso.

—Lo harás bien. Te aseguro que todos querrán estar en ese equipo.

—Tendrás que ayudarme con eso. No sé qué cualidades buscar en un detective.

Andrew rio por la inseguridad de su compañera.

—Te ayudaré, no te preocupes. ¿Vamos por Zoe para darle la buena noticia? —le preguntó Andrew cuando ya estaban acomodados en el auto.

—No. Creo que tenía algo que hacer, luego se lo diré —le respondió.

“Y creo que un helado puede ser una buena opción para celebrar con Zoe cuando llegue el momento”, pensó Madison para sí.

Capítulo 37

Zoe estacionó el Volkswagen en la cochera exactamente a las seis de la tarde; a pesar de que no había planeado permanecer en la oficina mucho tiempo, tuvo que atender algunas tareas de última hora. Tomó su cartera del asiento del pasajero, abrió la puerta y descendió del auto. Se dirigió a la puerta que conectaba la cochera con la casa. El lugar estaba a oscuras y en absoluto silencio. Frunció el entrecejo, ¿Madison habría salido?

—¡Mad! —la llamó al tiempo que encendía una luz.

Solo el silencio le respondió. Torciendo levemente los labios, se dirigió a la cocina, dejó la cartera sobre la mesa al pasar. Tenía un poco de sed, así que fue al refrigerador; en cuanto lo abrió, lo notó. Junto a la jarra de agua había un pote de helado de vainilla, estaba segura en la mañana no se encontraba ahí. Zoe se quedó parada contemplando el helado con el entrecejo fruncido.

—¡Mad! —volvió a llamar elevando un poco más la voz y esta vez le pareció que recibió una contestación. Algo sorprendida, cerró el refrigerador y se dirigió hacia la habitación. Ahí también estaba oscuro, pero la luz del baño se encontraba encendida—. ¿Mad?

—¡Aquí!

Zoe fue al baño. En cuanto se asomó a la puerta la vio. Madison estaba en la bañera, cubierta por un montón de espuma; el lugar olía a esencia de vainilla.

—Hola —la saludó Zoe sonriendo con deleite. La imagen que tenía ante sí despertó en su piel un millar de sensaciones. Los hombros de Madison estaban húmedos, con algunas burbujas resbalando por su piel.

—Hola —le respondió la detective con un tono sensual.

—Hay helado en refrigerador, ¿es para ti?

Madison sonrió enigmática.

—Para las dos, en realidad. Lo compré para una ocasión especial.

—¿Una ocasión especial?

—Mju...

Madison volvió a sonreír y luego estiró el brazo hacia un lado y fue cuando Zoe notó la copa de vino.

—¿Relajándote? —le preguntó con una ceja arqueada y una sonrisa de medio lado.

Madison sonrió tras la copa antes de dar un pequeño sorbo.

—Mju. ¿Quieres acompañarme?

El corazón de Zoe dio un vuelco.

—Mmmm... no sé si sea conveniente para ti.

—Oh, sí que es conveniente.

Zoe rio negando con la cabeza.

—Tus ojos están especialmente... brillantes —comentó entrando al baño, pero sin mirarla. El olor a vainilla era exquisito y embriagante.

—Tal vez ese brillo es provocado por la mujer que tengo delante —murmuró Madison, todavía sosteniendo la copa entre sus manos—. ¿Vas a acompañarme o no?

Zoe se mordió el labio inferior. Sí, iba a acompañarla, de eso no había dudas, pero el juego que

se traían entre manos era sensual y muy provocativo. Y también sabía que no resistiría mucho, así que, ¿por qué negarse a lo que su cuerpo anhelaba?

Zoe se sostuvo del lavabo mientras se quitaba los zapatos. Madison la miraba desde la bañera, sus ojos estaban incendiados. El deseo entre ambas era evidente, no se habían tocado en lo que parecía un millar de días. Y ya eran demasiados; Madison ya se encontraba bien, aunque siempre era cuidadosa con los movimientos de su cabeza, y ella... ella la estaba deseando como nunca antes.

Las manos de Zoe fueron a los botones de su camisa, uno a uno los fue desabrochando y con cada tramo de piel que exponía, una punzada torturaba los sentidos de la detective. Cuando la camisa cayó al suelo, el torso medio desnudo de Zoe fue devorado por los ojos marrones. Ambos corazones latían con fuerza, el deseo danzaba incendiando cada rincón del lugar.

Fue el turno de la falda. Zoe la desabotonó y bajó el cierre. La prenda fue a hacerle compañía a la camisa.

—Torturadora —murmuró Madison.

Zoe sonrió complacida.

—¿Demasiado lento?

—Demasiado perfecto.

Las mariposas volaron en el estómago de Zoe. Madison sabía desarmarla y con esas palabras hizo ruborizar su cuerpo. “*Demasiado perfecto*”, ella sabía que no solo se refería a su figura, sino al momento, a la espera, a lo que había entre ellas. Desde el primer encuentro, que ahora parecía muy lejano, en aquel hotel, cuando apenas se conocían, su unión estuvo colmada de deseo; pero también de algo más que, con el paso del tiempo, juntas fueron descubriendo. Así era el amor entre ellas, perfecto, demasiado perfecto. Y a veces le daba miedo perderlo, pero le bastaba ver los ojos marrones así, como en ese momento, no solo deseosos, también ansiosos, llenos de amor, de necesidad, para comprender que ese temor la hacía humana. Y mujer.

Las manos de Zoe se perdieron tras su espalda, luego fueron a sus hombros para deslizar los tiros de su brassier. Ella se quitó la delicada prenda sin apartar los ojos de los de Madison. La vio humedecerse los labios y tomar aire.

—¿Estás bien? ¿Tu respiración está bien? —le preguntó con un tono de preocupación.

—Estoy bien, pero vas a matarme si no terminas de entrar aquí.

Zoe sonrió.

—Tu impaciencia ha subido de nivel —bromeó.

—¿Impaciencia? —le preguntó con un tono irónico—. He estado viéndote cambiar de ropa, duermes pegada a mí, me besas que matas y te atreves a decir que soy impaciente. Zoe, soy un volcán en erupción y si no terminas de venir, voy a ir por ti y te arrastraré hasta aquí.

Zoe soltó una carcajada.

—¿Ves que eres impaciente? —la chinchó.

Madison hizo la copa a un lado, se levantó un poco sacando su cuerpo del agua y la tomó de la mano. Zoe soltó un grito cuando fue halada hacia la bañera; riendo, entró a la bañera con cuidado con la ayuda de Madison, quien se sentó para que la pelirroja quedara sobre su regazo y la rodeara con sus piernas por las caderas.

—Hola —murmuró Madison pegada a sus labios.

—Hola.

Las bocas se unieron en un beso ansioso y necesitado. Ambas gimieron cuando las lenguas se encontraron y enredaron. Las manos de Madison subieron recorriendo la espalda de Zoe,

humedeciéndola, estremeciéndola, llenándola del más exquisito deleite. Una mano subió hasta la nuca, acarició ahí con el pulgar haciendo círculos y luego descendió lentamente por la columna mientras la pelirroja se retorció sobre Madison. Las respiraciones agitadas calentaron el aire y las bocas se separaron en busca de un poco de frescor.

—¿Estás bien? —le preguntó Zoe a la mujer entre sus brazos.

—¿Vas a preguntarme eso cada vez?

—Sí.

Madison sonrió y le dio un beso rápido en los labios.

—Estoy bien —le aseguró mientras le apartaba algunos cabellos de la frente—. Dios, Zoe, eres tan hermosa —susurró.

—Tú no te has visto en un espejo —le dijo también en voz baja, luego se acercó y le mordió el labio inferior.

—Me basta con mirarme en tus ojos.

Ahora fue Zoe quien sonrió. El silencio cayó entre ellas cuando juntaron sus frentes para respirar el aire de la otra, para grabar en sus mentes el calor de sus cuerpos, la suavidad de sus pieles. Las manos de Zoe subieron por los brazos de Madison hasta posarse en sus hombros, entonces una de sus manos sintió las cicatrices que ahora llevaba ahí. Zoe se separó un poco para mirar las marcas, luego las acarició con los dedos.

—No pienses en ello —le pidió Madison.

—No lo hago.

La mano de Zoe se movió del hombro a la base del cuello de Madison y ahora acarició la cicatriz que le había dejado la traqueostomía.

—¿Te duele?

Madison negó con la cabeza antes de hablar.

—Solo si presionas fuerte —ahora fue ella la que levantó la mano y le rozó la cicatriz en su barbilla. Luego se acercó y se la besó.

—No sabía que te gustaba esto.

Madison frunció el entrecejo.

—¿Qué cosa?

—La bañera, las espumas y esas esencias.

Madison sonrió.

—De vez es cuando hay que relajarse, pero solo me preparaba para celebrar.

Zoe se echó hacia atrás un tanto sorprendida.

—¿Celebrar?

—Sí.

—¿Qué vamos a celebrar?

—Pues, los jefes quieren que aplique para sargento —soltó como si nada.

Zoe pestañeó, sus ojos miraban a los de Madison, luego, poco a poco, una sonrisa de orgullo se fue dibujando en su boca.

—¿Para sargento?

—Sí.

—¿A pesar de todas las maldiciones que le haces decir a Benson?

Madison rio.

—Sí.

—Tus jefes deben estar locos.

—Eso creo también.

Zoe también rio y la abrazó fuertemente.

—Dios mío, mi amor, felicitaciones —le dijo dándole un beso.

—Bueno, todavía no soy sargento, debo pasar un examen —le aclaró.

—Lo sé, lo entiendo, pero que quieran que lo hagas significa que reconocen tu trabajo. Y eso es grandioso.

Madison se quedó mirándola durante unos segundos con tanto aturdimiento, que provocó que el rostro de Zoe se tornara carmesí.

—Sí, lo es —susurró distraídamente.

—Deja de mirarme así —le pidió Zoe con la voz contenida.

—No puedo.

—Tonta —le dijo y volvió a besarla.

Los labios se unieron esta vez en un beso lleno de ternura, de tanta delicadeza que ambas se sentían flotar sobre las burbujas que la rodeaban. Sus manos exploraban sus cuerpos con absoluta devoción, como solo se puede tocar cuando se ama.

Zoe interrumpió el beso.

—Sabes que no pasaremos de besos, ¿cierto? Aún estás convaleciente —le aclaró, aunque su propio cuerpo ardía.

Madison frunció los labios.

—Pensé que podía convencerte.

—Pues no lo harás.

Capítulo 38

Un mes después...

Una vez más, Zoe llegó del trabajo y encontró a Madison en el baño, solo que estaba vez no se encontraba cubierta de espumas, sino que se duchaba. Verla desnuda encendió sus sentidos y Madison no perdía oportunidad de tratar de seducirla. Los días que llevaban sin hacer el amor se habían acumulado en el calendario y Zoe no tuvo fuerzas de resistirse cuando Madison la metió debajo del agua incluso con la ropa.

En medio de candentes besos y caricias, ella la desnudó y ahora Zoe sentía cada centímetro de su piel arder. Su cuerpo estaba tendido en ese momento sobre la cama después que Madison la condujera hasta ahí en medio de un beso que amenazó con dejarla sin alma. Su corazón martilleaba con fuerza, no sabía lo que la detective se traía entre manos, pero la anticipación absorbía cada uno de sus sentidos. Desde la cama ella vio la sombra en el pasillo y, tan solo unos segundos después, Madison apareció bajo el marco de la puerta; sus ojos marrones irradiaban tanto deseo que ella lo sintió recorrerle el cuerpo.

Madison estaba recostada del marco de la puerta con una actitud relajada y tenía en una mano el pote de helado que un mes antes Zoe había visto en el refrigerador.

—¿Cuánta resistencia tienes al frío? —le preguntó desde la puerta.

—¿Uh?

—¿Qué si te gusta el helado?

La pose de Madison era tan sensual que Zoe no podía pensar, verla así, desnuda como estaba, con la luz contrastando desde atrás contra su figura, era la imagen de alguna diosa mitológica. Una diosa que la miraba también con deseo y que amenazaba con amarla hasta el cansancio esa noche.

—Ssss... sí, me gusta —respondió finalmente, tras tragar saliva para humedecer su garganta.

Madison sonrió complacida.

—Mmm... me alegra —dijo mientras caminaba hacia la cama.

Una vez más, Zoe recorrió su cuerpo desnudo. Sus senos redondos y tersos, eran tan deseable como sus labios. Su abdomen era perfectamente plano y fuerte; y su cintura estrecha invitaba a perderse una y otra vez en sus curvas. Ella se mordió el labio inferior sin poder evitarlo.

Con la elegancia de los movimientos de una pantera, Madison subió a la cama. Zoe permanecía tal como ella la había dejado, acostada justo en medio de la cama y completamente desnuda. Los ojos marrones recorrieron a placer su cuerpo, deteniéndose en los lugares que ella sabía eran más sensibles. A medida que sus ojos descendían por la figura de Zoe, su boca se iba torciendo con una sonrisa extremadamente sensual.

—Vas a matarme, McHale —susurró la pelirroja.

Madison se movió entonces hasta colocarse de rodillas a sus pies.

—No, solo quiero jugar un poco —le dijo abriendo el pote de helado. Lanzó la tapa a un lado y dejó el envase un tanto apartado, pero a su alcance.

—¿Jugar? Sé muy bien cómo puedes jugar.

—Entonces debes saber que lo vas a disfrutar —la miró a los ojos en el momento en que sus manos le rodearon los tobillos del pie derecho. Con una sonrisa, le levantó la pierna hasta que su

pie tuvo apoyo justo debajo de su clavícula izquierda.

Zoe inspiró fuertemente.

—Mad...

—Shhhh... solo voy a besarte —le dijo, bajó la cabeza y, con sus ojos fijos en los verdes, rozó con los labios la parte externa de su tobillo.

Zoe se estremeció ante el cálido contacto, cerró los ojos y se perdió en la caricia que le hacía Madison hipnóticamente con el pulgar en el lado interno. Los labios le dieron paso a la lengua, que jugueteó dibujando el pequeño hueso. La pelirroja sintió un leve movimiento en la cama, pero no abrió los ojos, su cuerpo estaba ya perdido en las sensaciones que le proporcionaba la mujer que amaba.

Madison estiró el brazo hasta alcanzar el pote de helado, tomó una pequeña porción con el dedo índice y lentamente se lo untó en el tobillo. Zoe respingó, soltó un sonoro gemido de protesta y los ojos verdes aparecieron completamente sorprendidos; Madison sonrió complacida por la reacción y rápidamente su boca se ocupó de deshacerse del helado lamiéndolo.

—¿Mejor? —le preguntó.

—Ahora entiendo a lo que te referías con celebrar con helado —murmuró Zoe cuando sintió como la detective ponía otro poco de helado en su tobillo y lo extendía subiendo por su pierna. Luego lo recogió lamiendo y besando, proporcionándole calor. Era una perfecta mezcla de frío y calor que provocaba que su cuerpo se excitara sin pudor.

Ahora Madison se movió, empujando la pierna de Zoe. Tomó un poco más del helado y esta vez lo extendió desde la rodilla, bajando hasta la mitad de la pierna; luego, con absoluto deleite, lamió la piel de la rodilla y su lengua le recorrió la pierna bajando hasta donde encontró helado. Zoe se retorció, ya ansiando que Madison llegara a ese lugar que ardía por recibirla. Se sentía húmeda y el ardor entre sus piernas era tan doloroso como exquisito. Sus manos se aferraron a la sábana cuando sintió a Madison subir un poco más y acomodarse entre sus rodillas.

—¿Quieres que continúe? —le preguntó con la voz ronca.

Zoe la miró. Sí, estaba disfrutando el pequeño juego de Madison, pero ella también lo hacía, se notaba en su mirada. Y sabía que estaba tan excitada como ella, su cuerpo tenso y mirada ardorosa se lo gritaban. Ella elevó las caderas por puro instinto, ansiaba cualquier contacto que le diera un poco de alivio. Finalmente asintió y Madison sonrió.

—Me alegra, porque aún queda mucho de esto —le dijo mostrándole un poco de helado que llevaba en sus dedos índice y medio, luego lo untó en su rodilla, pero esta vez bajó por su muslo en el mismo instante en que se inclinó para besar su abdomen.

Las manos de Zoe se movieron rápidamente y se hundieron en los cabellos de la detective, se retorció bajo sus labios y sus caderas se elevaron una vez más. Entonces Madison se deslizó hacia abajo hasta llegar a la rodilla y, de nuevo, comió el helado directamente de su piel. El frío le erizaba la piel y, segundos después, la calidez de la lengua, de los labios de Madison, le devolvían el ardor que la sumergía en el más puro deseo. Los gemidos de placer y de protesta llenaron la habitación. Las caricias, los besos, las respiraciones agitadas, eran testigos de la entrega, del amor que las unía.

El cuerpo de Madison ardía tanto como el de Zoe, y estaba a punto de perder la calma que había mantenido hasta ese momento; lo único que deseaba era tomarla y unir sus cuerpos, hacerlos uno solo, que se perdieran ambas en la pasión que sentían, pero se tomó unos segundos para encontrar calma. Tanto como deseaba amarla con desesperada pasión, también anhelaba entregarle tanta ternura como pudiera después de todo el infierno que tuvieron que vivir.

Una mano de Zoe alcanzó la de Madison que subía por su muslo.

—Ven aquí —le imploró y la atrajo hacia arriba, hasta su boca.

Los gemidos de ambas rebotaron por cada rincón de la habitación, los labios se fundieron en una lucha desesperada, poderosa. Madison cubrió su cuerpo entero llenándose con el calor de la mujer que amaba. Ambas se encontraron y danzaron al unísono abandonándose al deseo. Madison apenas tenía voluntad para ceder, la boca de Zoe la estaba consumiendo, enredándola en su pasión y ella no deseaba más que entregarse, pero no lo haría tan fácilmente. A pesar de que las manos de Zoe la aferraban con fuerza por la espalda, Madison estiró el brazo, alcanzó el helado y recogió un poco con los dedos; luego apartó las caderas de entre los muslos de Zoe y lo hizo, hundió los dedos entre sus pliegues húmedos, untándolos con el helado.

Zoe soltó su boca con un fuerte gemido al sentir el frío en su sexo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó. Su cuerpo se irguió elevándose sobre el colchón.

Ese momento lo aprovechó Madison para escapar de sus brazos y bajar hasta su entrepierna. Segundos después el cuerpo de Zoe cayó pesadamente en el colchón cuando la boca Madison la tomó y todo perdió sentido. Los pensamientos de Zoe estallaron en pedazos; su cuerpo ya no era suyo, sino de la boca que la recorría tan lentamente que parecía que le arrebatava la vida gota a gota. Pero con cada gota de vida que le arrancaba, le entregaba placer del más puro, del que solo se siente cuando se ama verdaderamente.

Las caderas de Zoe se elevaron entregándose a Madison. Los labios de su boca se encontraron con los de su intimidad, y luego se les unió la lengua para danzar tan lentamente como si de las primeras notas de *Writing's on the wall* se tratara. Era una danza lenta, delicada, pero que inyectaba de fuerza y del más puro placer cada gota de sangre el cuerpo entero de Zoe. La lengua se movió por sus pliegues, saboreando el sabor a vainilla del helado, bebiendo de su esencia de mujer, recorriendo sus senderos que ya conocía bien, pero que solían parecer desconocidos, como si fuera la primera vez que los exploraba.

Siempre había una nueva manera de amar, un peldaño más que subir en la pasión que sentían la una por la otra, un deseo distinto al entregarse, una mirada secreta que descubrir. Así había sido desde la primera vez.

Las manos de Madison aferraron con fuerza las caderas de Zoe, los gemidos se oían cada vez más agitados, sus caderas se elevaban ansiosas y sus manos le empujaban la cabeza pidiendo, exigiendo. Ya su clímax se acercaba, pero sería ella misma la que se conduciría a ese final que ansiaba. Madison jugueteó un poco más con el sensible clítoris y luego, se deslizó hacia abajo hasta hundirse en su hendidura. Sintió el calor envolverle la lengua, pero ni por un segundo dejaría ese lugar que era suyo.

Capítulo 39

Zoe pensó que moriría de placer en ese instante. Sus caderas habían tomado vida propia y danzaban frenéticamente contra la boca de Madison; ella se mantenía entre sus piernas resistiendo los embates de su pasión. Cada una de las entrañas de su vientre se estremecía con ese ardor doloroso y placentero que eleva al cielo, segundos antes del final.

Zoe gimió fuertemente cuando las pulsaciones golpearon su vientre con fuerza; sollozó de placer mientras Madison continuaba entrando y saliendo de ella, extendiendo su gozo hasta que ya solo hubo nada. El cuerpo de Zoe cayó inerte, convertido en una masa, pero exquisitamente debilitado. Un leve gemido de protesta escapó de su garganta cuando la lengua de Madison se deslizó fuera de ella, pero no tuvo fuerzas siquiera para pensar.

Madison se quedó entre sus muslos, besando esos delicados labios que formaban un triángulo, a pesar de que ardía por satisfacer su propio deseo. Los segundos pasaron y poco a poco las respiraciones se fueron calmando, mientras ahora, los muslos de la pelirroja eran colmados de besos.

—¿Te das cuenta que es la primera vez que comemos helado juntas? —preguntó Madison desde su posición cuando notó que la respiración de Zoe estaba relativamente calmada.

Zoe rio, pero mantuvo los ojos cerrados; aún se sentía débil.

—Sí, me doy cuenta.

—Debimos hacerlo antes.

—Bueno, es que tienes gustos variados. Es difícil adivinar lo que te apetece. Frutas, cerveza... es probable que un día de estos quieras comer algodón de azúcar de mí.

Madison levantó la cabeza.

—No es mala idea —dijo alzando las cejas con un gesto lleno de picardía.

Zoe rio y ella también, luego besó un poco más los muslos antes de incorporarse, pero esta vez quedó sentada a horcajadas sobre las caderas de la pelirroja.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Aún queda bastante helado.

Zoe alzó las cejas.

—¿Qué? —Madison no respondió, solo se estiró para alcanzar el pote de helado—. ¿Mad?

—Jugué allá abajo, es hora de pasearme un poco por estos lados.

Zoe la vio tomar más helado con los dedos y esta vez lo dejó caer sobre su abdomen.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró cuando sintió de nuevo el frío en su piel—. ¡Mad!

—Shhh... —se inclinó sobre ella y comenzó a comer el helado de su abdomen—. Está delicioso —susurró tras saborear un poco el sabor a vainilla.

Zoe se retorció debajo de ella; aunque todavía se sentía un tanto débil por el poderoso orgasmo que acaba de estremecer su vientre, ya su piel comenzaba a encenderse de nuevo, apenas con la idea de Madison desandando por su torso desnudo. La detective hundió la lengua en su ombligo para extraer los últimos restos de helado.

—Realmente... sabes... como... servirte... —gimió Zoe cuando la lengua jugueteó dibujando la hendidura de su ombligo.

Madison rio por lo bajo.

—Es cuestión de saber dónde comer.

Un nuevo estremecimiento evitó que Zoe pudiera hablar, era imposible que sus pensamientos pudieran enlazar palabras para decir algo coherente. En su lugar hundió los dedos en los cabellos de Madison una vez más, los deslizó hasta envolver su nuca y terminar aferrándose con fuerza a sus hombros, mientras su espalda se erguía bajo el calor de la lengua que le arrasaba la piel como una llamarada de fuego.

Madison se incorporó de nuevo y recibió un gemido en protesta.

—Qué impaciente eres —le devolvió sus palabras con un tono seductor.

La voz ronca de Madison erizó cada fibra de la piel de Zoe. Otro poco de helado fue extraído del pote, pero ahora la detective tenía un par de blancos en la mira. Ella buscó los ojos verdes antes de hacer su próximo movimiento; sin dejar de mirarla, untó un poco de helado primero en un pezón, cubriendo toda la areola. Una vez más Zoe gimió y se retorció, cerró los ojos al sentir el frío en ese lugar tan sensible. Complacida por la reacción, Madison contempló admirada cómo el helado se escurrió rápidamente hacia abajo.

—Estás ardiendo —le susurró con un tono salpicado de dolor y placer.

Sin perder un segundo, Madison volvió a inclinarse y detuvo con la lengua el recorrido que hacía una gota de helado que se escurría por la curva del seno de la pelirroja. Lo recogió y recorrió el sendero andado por el helado hasta llegar a la cúspide y cubrir con la boca el pezón. La calidez en su seno fue devastador, Zoe gimió fuertemente, pero Madison no tuvo piedad; comenzó a succionar con ansias la piel fruncida. La dureza del pezón en su boca amenazó con volverla loca, lo dibujó con la lengua y volvió a succionar con más intensidad hasta provocar que las manos de Zoe se aferraran a la sábana debajo de su cuerpo y su cadera se elevara. El encuentro de sus pelvis hizo tambalear el poco control de la detective. Desesperada, abrió más la boca, deseaba tomarla por completo, fundirse en ella hasta que se convirtieran en un solo latir.

El deseo tomó el control del cuerpo de Madison, ansiosa de tenerla por completo, abandonó el seno y fue en busca del otro, olvidándose del pote del helado que cayó al suelo, mientras se perdía en el placer de tener a Zoe debajo de ella. Sus cuerpos ya estaban sudorosos, la danza de sus pieles habían caldeado el aire y ahora sus respiraciones agitadas solo respiraban el deseo que las tenía entre sus garras. Desde abajo Zoe deslizó las manos entre ellas hasta alcanzar los senos de Madison; esta se separó de ella para sentirla. La pelirroja contempló a la detective con los ojos cerrados con fuerza, su boca estaba ligeramente entreabierta; se encontraba perdida en las sensaciones que le provocaba los pulgares frotándole los duros pezones. Madison era muy hermosa y así, en medio del trance, entregada al placer, era la definición de lo divino hecho humano.

—Oh, Dios, Zoe —murmuró.

La pelirroja ardía y ya estaba una vez más al límite; como pudo, separó las piernas hasta dejar a Madison entre ellas, luego elevó las caderas y ese primer contacto fue el inicio de la locura que se desató después. Algo sorprendida, Madison abrió los ojos y sin perder un segundo, se acomodó más entre sus muslos hasta que sus sexos abiertos, sus carnes calientes, húmedas y completamente expuestas, se unieron.

El placer fue tan exquisito que, por unos segundos, el cuerpo de Madison, completamente erguido, se quedó muy quieto. Ambas, solo se quedaron absorbiendo lo maravilloso de esa unión que las hacía una sola mujer, pero después Madison comenzó a moverse sobre ella. Los sexos se friccionaban con dureza, rompiendo las cadenas que por días mantuvo sus cuerpos separados. En la habitación solo se oían los gemidos de placer, los chasquidos que provocaba la humedad de los sexos unidos, las respiraciones agitadas y los jadeos por el esfuerzo para mantener la cadencia de

sus caderas.

La fricción de sus sexos incrementó el calor y desbordó la pasión. El deseo se abrió paso entre sus vientres, desatando el ardor en sus entrañas, aflorando ese deleite que precede al orgasmo y conduce avasallante al clímax. Sin dejar de moverse sobre Zoe, Madison se tendió sobre ella cubriéndola con su cuerpo, abrazándola. Sus ojos se encontraron segundos antes que el orgasmo las alcanzara. Entonces Madison buscó la boca de la pelirroja en el mismo instante en que sus cuerpos palpitaron al unísono. Sus gemidos se ahogaron en sus gargantas, pero la unión era absoluta, completa. Sus bocas, sus pieles, sus sexos, era un solo ser. Ambas se derramaron sin pudor, una en la otra; la cadencia de las caderas alcanzó la cúspide, se detuvo absorbiendo todo el gozo de la unión y se desplomó dejando los cuerpos jadeantes y exhaustos.

Madison quedó tendida sobre el de Zoe, ambas respirando agitadamente... ambas extasiadas. Poco a poco las respiraciones alcanzaron su ritmo normal y el calor de sus pieles disminuyó hasta hacerse una tierna calidez. Sus corazones inflamados de felicidad también volvieron a latir pausadamente después del azote de la tempestuosa pasión que los agitó.

Madison tenía el rostro hundido en Zoe, justo donde el cuello y el hombro se unen. La pelirroja podía sentir su respiración pausada chocar contra su sensible piel; el brazo de la detective cruzaba justo por encima de su pecho, así que ella deslizó su mano con delicadeza, acariciándoselo. El leve contacto hizo estremecer a Madison y segundos después ella acarició la piel de su brazo completamente erizada.

—¿Mad?

—¿Mju?

Zoe volvió a recorrerle el brazo, solo que subió más, siguió la línea de su hombro y descendió acariciándole con los dedos la columna hasta llegar a su cadera. Entonces volvió a subir y deshizo el camino de vuelta.

—Te amo... —susurró finalmente la pelirroja.

Madison levantó la cabeza para mirarla a los ojos. La intensidad de la mirada marrón era tan poderosa que Zoe no tuvo cabida para pensar en que alguna vez podría vivir sin mirarse en ellos.

—Yo también te amo...

Capítulo 40

Madison se movió hasta dejar parte del cuerpo de Zoe libre de su peso; se apoyó en su codo y descansó la cabeza en su mano.

—¿Te sientes bien? —le preguntó la mujer de ojos verdes.

Madison sonrió con ternura.

—Sí —le respondió mientras le apartaba algunos mechones rojizos que se le adherían a la frente por el sudor.

—¿Si no fuera así me lo dirías?

Madison asintió antes de responderle.

—Sí. No debes preocuparte, soy cuidadosa.

—Hace unos momentos atrás no lo parecías. Erguiste la cabeza con mucha tensión. Me pareció ver un gesto de dolor.

Ahora la detective rio.

—Créeme, no era de dolor —le aseguró y le dio un beso en la punta de la nariz.

La respuesta hizo que la pelirroja se sonrojara. El rubor enterneció tanto a Madison que buscó su boca. Se unieron en un beso delicado que terminó cuando Zoe mordisqueó el labio inferior de la mujer que amaba.

—¿Cuándo volveremos a comer helado?

Madison soltó una carcajada.

—Me doy cuenta de que te gustó.

—Un poco.

La detective alzó las cejas.

—¿Un poco? A mí me parece que bastante —Zoe rio, pero no dijo nada—. La verdad es que compré ese helado para celebrar la propuesta de que aplicara para sargento.

—¿Cuándo serás teniente?

Madison frunció el entrecejo.

—¿Por qué preguntas eso?

—Para saber cuándo será la próxima celebración.

Madison soltó otra carcajada.

—Pues tendría que ganarme también ese ascenso, pero no es necesario esperar a ello —le respondió—. Tú y yo podemos celebrar a diario.

—¿Y qué celebraríamos?

Madison se encogió de hombros.

—No lo sé, que estamos juntas. Que puedo besarte. Que puedo dormir a tu lado. Yo tengo mucho que celebrar. Incluso que no me hayas arrancado el labio.

Ahora fue Zoe la que rio traviesa, luego se movió empujando a Madison hasta tenderla en la cama y cubrirla con su cuerpo.

—Es que no sabes cuánto me gusta ese labio —le dijo pegada a su boca, luego le mordisqueó el labio inferior una vez más.

Ambas recordaron cuando se lo dijo por primera vez en la cocina. Madison rio contra su boca y terminaron fundidas en un beso salpicado de ansias. Sus manos terminaron aferrándose a las

caderas de la mujer sobre ella y de nuevo el calor se incrementó levemente. Fue Zoe la que rompió el beso.

—Mad, aún no me recupero, así que deja las manos tranquilas.

Madison sonrió con malicia.

—Oye, eres tú la que está sobre mí —se defendió.

—Porque quiero sentirte.

—Bueno, entonces puedes sentirme de otra manera, ¿no?

—No, en serio debo recuperarme —insistió moviéndose hasta imitar la posición que momentos antes tenía Madison, apoyándose en su codo para poder mirarla.

El encuentro de las miradas atrajo al silencio entre ellas, después de todo no hacían falta las palabras. Zoe le sonrió con ternura y Madison le correspondió dibujando su quijada, acariciando su cuello, deslizándose entre sus senos, grabando en sus dedos la suavidad de esa piel que había tocado decenas de veces y que anhelaba besar hasta que se le desgataran los labios. Zoe era hermosa, pero era su ternura, su delicadeza, su fortaleza, la que la elevaba por encima de las demás mujeres. Y era esa conjugación la que había conquistado el corazón de la detective hasta encadenarlo... y liberarlo al mismo tiempo.

—Zoe —la voz le tembló, no porque tuviera miedo, sino porque la mujer que tenía a su lado, se había convertido en su vida, en su mayor necesidad—, no puedo imaginarme sin ti. De hecho, no puedo recordar quién era yo antes de ti.

La solemnidad de las palabras de Madison golpearon el corazón de Zoe y sus latidos se desbocaron como decenas de caballos salvajes en plena llanura. Ella tragó saliva, el nudo en su garganta la dejó sin palabras, pero solo para darle paso a sus sentimientos, al amor que sentía por esa mujer. Zoe no dijo nada, cerró los ojos cuando unió su frente a la de ella. Segundos después sintió la mano de Madison en su mejilla y luego se deslizó hasta rodear su nuca, entonces la atrajo hacia ella hasta que quedó tendida sobre su cuerpo.

—Voy a cuidar de ti hasta que ya no tenga vida —le susurró al oído.

Madison movió la cabeza para besarla en la frente, fue en ese momento cuando sintió la humedad en sus labios. Ella le levantó la cabeza, una lágrima descendía por la mejilla de Zoe. Los ojos marrones la interrogaron en silencio.

—Yo tampoco puedo imaginarme sin ti —susurró la pelirroja con la voz ronca.

Madison lo entendió entonces. Zoe tenía miedo por su trabajo. Ella la abrazó con fuerza para transmitirle seguridad. La detective hubiese querido prometerle que nada pasaría, pero la pelirroja tenía razón, ella no podía hacer ese juramento. Su corazón se agitó dolorosamente y solo pudo abrazarla. Abrazarla hasta que Zoe sintiera al menos un poco de seguridad.

—He estado pensando —habló Madison después de un largo rato— que busquemos otra casa.

Zoe levantó la cabeza para mirarla.

—¿Otra casa?

—Sí.

—¿Por qué?

—Esta casa prácticamente fue hecha para una persona. Quiero más espacio en la habitación para que estés más cómoda.

Zoe alzó las cejas.

—¿Hablas en serio?

—Sí. ¿No te gusta la idea?

La pelirroja miró alrededor como pensándolo.

—Un poco más de espacio no estaría mal —aceptó.

—Si paso el examen y me ascienden a sargento, tendré un mejor sueldo. Puedo vender la casa de Mike y esta. Buscaremos un lugar con seguridad, con sitios de interés cercanos.

De pronto los ojos de Zoe brillaban de ilusión.

—¿Desde cuándo has estado pensando en ello? —le preguntó con sincera curiosidad. A veces Madison era tan reservada con las cosas que pensaba que en ocasiones ella sentía que estaba frente a un muro impenetrable y luego, así de la nada, confesaba lo que pensaba y creaba ilusiones que ella deseaba hacer realidad a su lado.

Madison volvió a encogerse de hombros.

—Pensé en ello cuando Andrew entró a la casa y nos interrumpió en la cocina.

Zoe lo recordó. Andrew llegó con Brooke cuando ellas estaban a punto de... terminar desnudas en la cocina. Entonces bufó.

—Como si no fueras a darle la llave de nuevo —le dijo rodando los ojos.

—Se la di para casos de emergencias —se defendió.

—Pues debiste ser más clara.

—Lo seré la próxima vez. Entonces, ¿lo haremos?

—¿Estás segura que quieres hacerlo?

—Sí. ¿Tú no?

Zoe pudo morir de ternura en ese mismo instante al ver la inseguridad apoderarse de Madison. De vez en cuando, sobre todo con ella, la detective mostraba su lado menos duro y entonces solo deseaba abrazarla y borrar con besos cualquier duda que pudiera tener.

—Madison, contigo lo quiero todo —le respondió y le plantó un fugaz y ruidoso beso en los labios.

La mujer de ojos marrones respiró aliviada.

—Entonces lo haremos. Aprovecharemos estos días que me quedan de licencia para ver algunos lugares.

—Quiero un bonito jardín.

Madison sonrió.

—Por supuesto. Y una cochera con dos puestos.

—Puedes cambiar tu auto.

Madison arqueó una ceja.

—¿Mi Volkswagen?

—Mju.

—No, nada de eso. Él y yo somos inseparables.

Zoe sonrió.

—¿Imaginas a una sargento llegando a una escena en un escarabajo?

Madison frunció los labios.

—Debo pasar un examen.

—Mad, deja de decir eso, sabes que lo harás. Serás sargento, de eso no tengo dudas.

La detective se ruborizó intensamente. Zoe rio y buscó su boca. Como solía pasar, de la unión brotaron chispas cuando las lenguas se encontraron y la llama del deseo encendió sus cuerpos. Esta vez no hubo nada que detuviera la fuerza de la pasión.

La noche se hizo larga. Afuera las estrellas brillaban, mientras en la habitación sus cuerpos se entregaban con necesidad, saciando sus ansias, descubriendo nuevas sensaciones e intensificando las ya conocidas. Sus pieles eran el medio para elevarse más allá de las nubes con cada nueva

entrega. Sus bocas tomaban y entregaban de sí mismas. Sus miradas se encontraban, gritando sus más inconfesables secretos hasta que sus almas completamente desnudas exudaban la pureza de sus sentimientos... Del amor que, antes que ellas misma lo supieran, se profesaban.

La noche se hizo larga con la promesa no pronunciada de eternidad. Y así, mientras el alba despuntaba afuera, dentro de aquella habitación, los besos se desgataban, los cuerpos exhaustos se rendían ante el Dios de los sueños.

El día descubrió en la cama los dos cuerpos desnudos, uno sobre el otro, unidos en un abrazo que hablaba de posesión, de entrega. Las piernas entrelazadas. Sus bocas casi unidas. Las respiraciones pausadas.

El día escribió con tintas de ternura y pasión el poema de amor más hermoso que pluma alguna ha sido incapaz de crear, pero lo guardó con celo en su lugar secreto. En ese sitio donde ningún mortal puede acceder, porque así son los secretos que esconden la noche y el día, inaccesible para los mortales.

Capítulo 41

Madison no quiso perder tiempo. Al día siguiente contactó a un abogado para poner en orden los documentos de la propiedad que perteneció a su hermano. Ella no tuvo que pensarlo, después del daño que Mike le hizo, lo mínimo que podía sacar de ello era construir algo bueno de lo que dejó.

Juntas, Madison y Zoe, buscaron la casa perfecta para ellas. La ilusión de una vida juntas las conducía hacia el camino del olvido. No sería fácil borrar por completo lo que pasó, pero al menos estaban juntas para seguir adelante de la mano e ir en busca de la felicidad que prometía la fuerza de su amor.

Los días transcurrieron uno tras otro, devolviéndolas a la rutina. Zoe asistía cada día a su trabajo, mientras que Madison, aún de licencia, visitaba algunas propiedades. En las noches, mientras cenaban, hablaban de sus días o salían al cine o a comer en algún lugar de moda. De vez en cuando Andrew las acompañaba, entonces la ansiedad de Madison por volver al trabajo se elevaba a niveles estratosférico y pasaba días enfada; y Zoe tenía que llenarse de paciencia hasta lograr que volviera a sonreír.

Finalmente llegó el día en que Madison presentaría la prueba para ascender a sargento. Ese día la detective exudaba nerviosismos, pero Zoe estaba segura que ella lo lograría.

—Cuando te den la placa de sargento, te dejaré celebrar con helado de nuevo —le dijo la pelirroja con un guiño.

Madison gimió tan solo con la idea, luego sonrió.

—Eso sí que es un buen incentivo —ronroneó y su boca se torció con sensualidad.

Zoe tuvo que sacarla de la casa antes de que terminaran desnudas en medio de la sala. Horas después, cuando Madison regresó, su serenidad le confirmó que esa prueba había sido pan comido, pero tendrían que esperar para conocer los resultados.

Uno de esos días, mientras esperaban, finalmente la casa de Mike fue vendida a una inmobiliaria. Madison obtuvo menos dinero del que esperaba, pero al menos podría hacer una oferta si encontraban una casa que les gustara a las dos.

Y los días continuaron pasando. Madison ya se preparaba para volver al trabajo. Se sentía nerviosa, le confesó una noche a Zoe. Si ascendía a sargento, tendría más responsabilidades; lideraría un equipo y, aunque llevar la voz de mando estaba en su naturaleza, también sabía que siempre se dejaba guiar por sus instintos y eso complicaba las cosas en un equipo. Una vez más, Zoe la tranquilizó; su confianza en ella le daba no solo sosiego, también confianza en sus habilidades.

—Te amo tanto, Zoe.

—Y yo a ti, mi amor.

Esa noche se amaron como solo ellas podían hacerlo. El futuro se vislumbraba hermoso y sabían que juntas podrían superar todos los obstáculos que encontrarán en su camino. Estaban dispuestas a ir de la mano a cualquier lugar a donde la vida las condujera; siempre de la mano.

La mañana del día en que Madison debía regresar al trabajo, llegó. Ese día se había levantado

temprano, en silencio fue al baño y se dio una larga ducha. Cuando ya estaba vestida, Zoe despertó.

—Haré un poco de café —le dijo Madison tras darle un beso.

Minutos después, Zoe llegó a la cocina; recostada de la pared contempló en silencio a la mujer que amaba tomando café mientras miraba distraídamente por la ventana. Madison vestía unos jeans ajustados y una camisa blanca perfectamente planchada; unas botas a media pierna complementaban su imagen. La pelirroja sabía que sobre la camisa ella se pondría luego su habitual chaqueta de cuero negra, entonces su imagen sería recia, como solo Madison podía serlo.

—Buenos días.

Madison se sobresaltó levemente.

—Buenos días —le respondió cuando se dio la vuelta para mirarla.

Zoe fue hasta la cafetera y se sirvió un poco de café, luego se recostó de la encimera con una pose que Madison encontraba en extremo sensual.

—¿Nerviosa?

—Ya no —respondió dejando la taza en la encimera y se acercó a la pelirroja—. ¿Te he dicho que me gusta cómo te queda ese traje?

Zoe sonrió complacida.

—Sí. Y me has demostrado también cuánto te gusta.

Madison frunció los labios para no sonreír.

—Tenemos algo de tiempo —le dijo acercándose para olisquearle el cuello mientras le quitaba la taza de las manos y la dejaba en cualquier lugar.

—No, no tenemos tiempo. Es tu primer día.

Pero Madison ignoró sus palabras y rozó la base de su cuello, luego subió dejado algunos besos en su camino. Zoe tuvo que controlarse para no dejarse llevar, como pudo escapó de las manos de la detective.

—Es mi primer día y te pones ese traje que sabes que es mi debilidad. Me tientas y luego huyes —se quejó Madison.

Zoe sonrió por lo bajo.

—No huyo, pero puedes imaginar quitándome el traje mientras trabajas —le dijo guiñándole un ojo.

Madison hipó.

—Quieres volverme loca, ¿cierto?

Zoe se acercó a ella, a su boca.

—No —le respondió dibujándole la mandíbula con el dedo—, solo quiero que pienses en mí —susurró pegada a su boca y luego la besó.

De inmediato Madison la rodeó por la cintura y, cuando el beso se hacía más intenso, Zoe volvió a escapar de sus manos.

—Es hora de irnos —le dijo tomando su chaqueta y lanzándosela.

Madison la agarró en el aire, pero le dedicó una mirada de pocos amigos. Zoe aún reía cuando abrió la puerta y salió de la casa. Madison la alcanzó en la cochera; poco después se despidieron con un beso frente al bufete donde la pelirroja trabajaba.

Madison puso el Volkswagen en marcha y pronto también llegó al edificio del Departamento de Policías. En cuanto cruzó las puertas, a su paso, fue recibiendo la bienvenida de algunos oficiales y compañeros.

—Benson te espera en su oficina —le anunció Andrew al verla asomarse.

Madison torció los labios.

—Ya comenzamos —murmuró dirigiéndose hacia la oficina del capitán.

Benson la vio acercarse a través del cristal de la puerta y le indicó con una seña que entrara.

—Buenos días, detective. Llega tarde —la reprendió.

Madison rodó los ojos.

—Había un poco de tráfico —mintió sin pudor.

Benson la estudió y ella tuvo que soportar el duro escrutinio. Después de unos segundos, el capitán se puso de pie, abrió una de las gavetas del escritorio y extrajo algo, pero Madison le sostenía la mirada, así que no supo de qué se trataba.

—Estamos comenzando mal...., sargento —le dijo en el instante en que le lanzó su nueva placa.

Madison reaccionó a tiempo. Atrapó la insignia en el aire; sorprendida, miró la reluciente placa en su mano. Tuvo que pestañear varias veces para darse cuenta que lo que brillaba en la palma de su mano era real.

Finalmente, Madison miró a Benson y le sonrió con orgullo, luego se quitó la placa de detective del cinturón del pantalón y la reemplazó por la de sargento. Del mismo modo, ella le lanzó la placa de detective.

—Gracias, señor.

Benson no pudo evitar mostrar su orgullo cuando le sonrió, pero luego volvió a su papel de capitán. Ahora sacó una carpeta de la misma gaveta y la dejó caer sobre su escritorio, delante de Madison.

—Tienes un poco de tiempo antes de elegir a los miembros de tu equipo. Mientras tanto, hay un nuevo caso —le informó señalando la carpeta.

Madison la tomó y la abrió. Leyó por encima el informe.

—Sí, señor —dijo cerrando la carpeta.

—Entonces saca ya tu trasero de mi oficina.

Ella sonrió.

—Sí, señor —respondió y, sin perder más tiempo, salió tal como se lo ordenó Benson—. ¡Andrew! —llamó a su compañero—, tenemos que ponernos en marcha.

Andrew le sonrió, se puso de pie de inmediato y tomó su chaqueta. Él la siguió por el pasillo.

—¿De qué se trata? —le preguntó.

—Todo está aquí —le respondió tendiéndole la carpeta.

Fin

Libros publicados

Tus ojos míos (2016): Kaylie Taylor, es una talentosa fotógrafa que ha hecho su vida lejos de su familia, en Francia. Tras un fuerte tropiezo en el amor, regresa a su país dispuesta a continuar adelante con su vida y su exitosa carrera. Cuando se ve obligada a ir a las heladas tierras de Alaska por su hermano, se encontrará con unos profundos ojos azules que la cautivan y que, sin que ella lo imaginara siquiera, la han observado desde hace mucho tiempo.

A Kate Evans la acechan oscuras sombras del pasado, las siente cernirse sobre ella; por eso se aleja de todo lo que puede parecerse a una relación, pero le tocará luchar contra lo que siente cuando Kaylie llega, mientras intenta descubrir quién es el asesino que trata de acabar con su mundo y su vida.

Enamorarme de ti (2017): Después de varios años tratando de superar su trauma, Joey Allen, comienza a sentir que ha llegado la hora rehacer su vida; tal vez, junto a Jason Fox, un viejo amigo de la universidad que siempre le ha profesado su amor.

Inesperadamente, Hayden McNamara, llega amenazando con acabar con la empresa de los Allen y el reciente matrimonio de Denise, con quien estaba comprometida. Joey le propone resolver la situación de una manera muy particular, a fin de cuentas, no le importa el sacrificio si eso implica que su familia estará tranquila.

Eso las llevará por un camino desconocido para las dos. Lo que no esperaba Joey, era que eso la hiciera descubrirse, mientras que Hayden se olvidaba por completo de la mujer de la que estaba enamorada. Juntas tendrán que enfrentarse a un enemigo oculto tras las sombras.

Sombras oscuras (Detective McHale 1) (2018): Madison McHale es una detective de la comisaría de Richmond, en Virginia. Tiene un carácter que la mete en problemas a cada minuto, y una imagen irresistible para las mujeres. Pero de pronto comienzan a aparecer muertas algunas mujeres con las que se ha relacionado. Los asesinatos tienen algunas características especiales que la hacen darse cuenta que las muertes tienen que ver con ella. Junto a su compañero, el detective Andrew Steinfeld, tendrá el reto de investigar quién está detrás de los asesinatos.

Zoe conoció a Madison de una forma inesperada; entonces la detective se vio obligada a ayudarla, lo que las llevará por un camino donde el deseo jugará sus cartas sin percatarse que el peligro las acecha bajo las sombras oscuras.

Veinte años (2018): Miranda Kinard se marchó a Canadá junto a Kelly siendo aún muy joven para alcanzar su felicidad junto a ella, lejos de los prejuicios de madre, pero los años pasan inexorablemente, llenando de dolor y soledad su vida, cambiándola para siempre. Pero el destino también juega sus cartas, tras veinte años lejos de San Diego, Miranda regresa por la muerte de su madre y encuentra en ello la oportunidad de una hacer nueva vida.

McKenzie vive al ritmo de sus sentimientos, lucha por lo que quiere e incluso está dispuesta a enfrentarse a su madre por estar al lado de la mujer que ama.

Alma oscura (Detective McHale 2) (2019): Después de cuatro meses de estar sentada tras un escritorio, Madison ansía volver a las calles, pero no sabe cuáles son los planes de su capitán. De pronto, una antigua amante le pide desesperadamente que encuentre a su hija que cree desaparecida. Lo que la detective no esperaba era encontrarse frente a un caso que años atrás puso en jaque a los detectives de Richmond, mientras tiene que lidiar con una nueva compañera y las dudas de Zoe sobre su relación.

Madison tendrá que entrar en la mente de un asesino con un alma oscura y usar su instinto para encontrarlo antes de que la hija de su ex amante sea su próxima víctima. Andrew y su nueva compañera la acompañarán en la vertiginosa búsqueda donde nada es lo que parece.

Tus besos de café (2019): Jade necesita un cambio en su vida, así que nada mejor que mudarse a otra ciudad y comenzar de nuevo. Pero lo último que esperaba al llegar a Manhattan era encontrarse con unos impresionantes ojos avellana tras una barra en el bistro-café de su amiga Hillary.

Melany es una exitosa barista y catadora de la ciudad, pero su corazón está lleno de miedos que le dejó un pasado doloroso y algunas inseguridades que le causan otros prejuicios sociales.

Juntas tendrán que saltar prejuicios y el acoso de un hombre que amenaza con acabar con su futuro. Juntas descubrirán que los besos tienen sabor a café.